

Jaula de oro

Una historia de infelicidad

ALFONSO GÁLVEZ SÁNCHEZ

Jaula de oro
Una historia de infelicidad

(Edición de Andrés Mencía)

libros
cronopio

Ilustraciones, diseño de portada y colección
de Manuel Santiago
Las fotos del autor
de Ana Isabel Jiménez

marzo de 2008

Ó Alfonso Gálvez
Ó Colectivo de Escritores Patrañas
Edita: Patrañas Ediciones
C/ Dinamarca, 5, Esc. 1ª, 7º Ctro.
28916 - LEGANÉS (Madrid)
Tlf. 91 686 34 82

I.S.B.N.: 978-84-935810-1-5
Depósito Legal:
Imprime: Gráficas URGEL, S.L.

A todos los que solicitáis plaza en centros del IMSERSO como este, en el que yo resido.

Queste parole di colore oscuro
vid'io scritte al sommo d'una porta,
per ch'io: "Maestro, il senso lor m'è duro".
(Dante Alighieri: *La Divina Commedia*)

Presentación

Alfonso Gálvez escribe cuentos de terror. Siempre me intrigó la personalidad de los autores de estos cuentos porque los cuentos de terror son, quizá, el mejor testimonio del fracaso de nuestro mundo, de nuestra civilización. Son los mitos para una sociedad sin salida. El primer cuento de terror fue *La Ilíada* y los cuentos de Alfonso Gálvez son continuación de aquella exaltación militarista. Soy su asistente de escritura desde hace muchos años, honor que comparto con Manuel Herrera, y conozco todos estos cuentos. Antes de embarcar a su autor en el presente proyecto de biografía, pensé en publicarlos. Los asesinos en serie son los protagonistas favoritos de Alfonso Gálvez. Los viste, los peina y los sigue, pero se olvida de acabar con ellos, con lo que el mundo da cada vez más miedo. Sus asesinos andan sueltos por Nueva York y por ahí, acompañados de algún que otro cuatrero que sobrevivió de sus incursiones por la novela del oeste. En los escenarios que nos propone Alfonso Gálvez no hay justicia. Ni siquiera venganza. Fuerzas azarosas gobiernan la voluntad de sus personajes de pesadilla. No hay buenos ni malos. Sólo perdedores y, si acaso, algún ganador que nunca descubrirá cuál fue su mérito. No pierdo la esperanza de publicar estos cuentos, pero me interesaba más la personalidad del autor, le propuse que me dictase su vida y he sido testigo de su esfuerzo de concentración y de memoria durante estos dos últimos años,

hasta dar fin al compromiso.

Pero el caso es que Alfonso Gálvez no es un autor al uso de cuentos de terror, porque él ni es alcohólico ni ha desaparecido en México ni está loco ni es teólogo o un simple buscavidas. A los once años le sorprendió su cuerpo, sin embargo, con las primeras manifestaciones de la *ataxia de Friedreich*, una naturaleza que hoy, después de treinta y tres años de aquellos primeros trompicones, lo mantiene postrado. Si acaso, fue esta naturaleza lo que lo equipara con alguno de los más ilustres autores de cuentos de terror. Se ha pasado treinta y tres años deseando otra vida, según propia confesión, y envidiando la vida de los otros. A todo llegó tarde -incluso llegará tarde también a los antioxidantes. Lo más original del autor ha sido, sin embargo, vivir durante los últimos veinticinco años en las residencias del IMSERSO. Vive institucionalizado desde los veinte años y no ha sido feliz.

Alfonso Gálvez no es feliz y lo demuestra cada día, aunque los que le conocemos un poco sabemos que aún no ha perdido la esperanza de lograr aunque sólo sea una pizca de paz. Los amigos sí la estamos perdiendo. Cuando él también la pierda, el infierno que tanto teme se habrá apoderado de Alfonso sin remisión. En este libro nos cuenta su vida, ese fue el trato, y el testimonio es demoleedor. La *ataxia de Friedreich* es la única fidelidad que ha conocido. Todo lo demás le ha abandonado, familia, amigos, paisajes. La residencia es su otra fidelidad, la otra maldición. Treinta y tres años haciendo de paciente, medicalizado, y ya para veinticinco de vida en residencias, de vida institucionalizada, de vida dimitida. Ha sido su relación con la medicina todavía más destructiva que el matrimonio mal avenido. Nada en la vida de Alfonso Gálvez es

extraordinario salvo esta reducción al rol de paciente y dimitido. Tan desdichado se siente que ni sabe explicarse lo que le ha podido ocurrir, la razón de una vida vivida tan en la oscuridad. De sí mismo dice que es infeliz y a los demás no nos perdona que lo hayamos consentido. Doy fe de que Alfonso es angustiosamente desdichado. Su cerebro se mantiene lúcido y conectado a una realidad que siempre lo expulsó y que lo margina.

Alfonso Gálvez comenzó a contarnos su vida sin mucha esperanza de que en ella se encierre lección alguna, pero entre el sinfín de contradicciones que siempre lo envolvieron -la menor de las cuales no será su confusión entre los problemas propios de su naturaleza diferenciada y los que provoca el comportamiento de los responsables de su bienestar-, contradicciones por demás que a todos nos acompañan, el relato le ha revelado la gran verdad de su existencia, la causa más profunda de su infelicidad, que no es otra que la imposibilidad de decidir sobre su propia vida. Renunciaba a esa posibilidad al ingresar en la residencia y nadie le advirtió entonces hasta qué punto, con ello, su cuerpo y su alma perderían el motor para siempre, el motor que es la vida en las propias manos, la gestión de la propia vida. Por descontado que es una lección que a todos sirve.

Y no hay más misterio en estas páginas. Si acaso, también el gozo de contemplar al protagonista disfrutando por fin de algo, disfrutando por fin de la escritura o de sus propios recuerdos. Y si no encontramos más felicidad en ellas era porque no la había.

Andrés Mencía

25 de abril de 2006

¿Quién soy yo? ¿Quién es Alfonso Gálvez Sánchez? Andrés Mencía, mi asistente en el difícil oficio de la escritura, me exige que conteste a estas preguntas como pago al tiempo que estamos quemando juntos. No quiere que escriba de otra cosa en el presente libro. Yo me entiendo mejor, cuando escribo, con Manuel Herrera, que es mi otro asistente y maestro desde hace por lo menos seis años. Con Manuel Herrera escribo lo que se me ocurre. Él se deja sorprender y yo siempre encuentro algo que contar cuando se lo dicto a él. Cuando escribo con Andrés Mencía, en cambio, que también lo hago desde hace muchos años, más que escribir, discuto. En pocas cosas estamos de acuerdo. En realidad, no estamos de acuerdo en nada. Andrés Mencía dice que yo, cuando escribo, miento mucho. No sé qué quiere decir, no entiendo estos juicios suyos tan cerrados. Dice que miento, sobre todo, cuando hablo de mí mismo. Él tiene un modo de expresarse muy diferente al mío y yo creo que miente tanto o más que yo. Lo cierto es que los dos decimos cosas diferentes la mayoría de las veces. Con todo, he prometido contestar a sus preguntas y con esta promesa comienza hoy nuestra colaboración. No creo que llegemos a las manos, aunque con Andrés nunca se sabe. Y conmigo, tampoco. Lo cierto es que no sé si sabré contestar. No

conozco a nadie que, al intentar explicar a otro quién es, no haya mentido. Si puedo, no mentiré. Al menos, no mentiré más que mi propio asistente. A mí mismo me intriga lo que pueda salir de estas sesiones de escritura que hoy comienzo con su ayuda. Ya me duele la cabeza y no hemos hecho más que empezar. No es tan fácil soportar a Andrés Mencía. Cuando levanta la voz para contradecirme, me suenan mil grillos en la cabeza.

26 de abril de 2006

Aunque me enteré pronto de que los Reyes son los padres, he de reconocer que nunca tuve mejores juguetes que los que me traían los Reyes Magos de verdad. Después, con el desastre del engaño, todo fue mucho peor. Yo nací en Orihuela y con frecuencia me vienen a la memoria aquellos días de Reyes, cuando todavía los Reyes eran mágicos y buenos, en la humilde casa familiar, una casa blanca y pequeña. Allí pasamos yo y mis hermanos alguna Navidad bonita. Terminaríamos siendo cuatro, pero durante los primeros Reyes que tengo en la memoria todavía éramos tres. Y el más pequeño, yo. Tomás me sacaba tres años y José Antonio era mayor que nosotros. Los padres nos contaban, como a todos, que esta noche pasarían los Reyes Magos con los juguetes que habíamos pedido. Y mi padre, para pintar la magia con más realismo, esa misma tarde nos hizo ir a los tres hermanos a segar hierba al río y a comprar pienso a la tienda que había al lado de mi casa. Cebada no les pusimos mucha en la ventana a los camellos, que salía un poco cara, pero de hierba tuvieron que empacharse, porque segamos unas buenas brazadas entre los tres. El mucho hambre que traerían del

largo viaje de seguro que la calmaron un tanto. Al día siguiente descubrí, con toda la angustia que la incertidumbre puede producir en un niño, que a mí me habían traído un mercedes, el único mercedes que he tenido en mi vida. El único coche, en realidad. Lo más parecido a aquel mercedes que yo he conducido fue mi silla eléctrica. Hasta que me la quitaron, aquí, en el CAMF de Leganés. Aquel mercedes funcionaba a pilas, como la silla, y estuve toda la mañana jugando con él. A Tomás le trajeron otro mercedes, pero no de color rojo como el mío. Y a José Antonio, el mayor, una ametralladora, que nada más verla, de tan bonita como era, un color entre gris y marrón, ya no hacía más que matar con ella, se lo pasó disparando toda la mañana. Fue un día grande. Pocos días como aquel he vivido.

27 de abril de 2006

Lo que sucedió fue tal como lo cuento. Mi padre volvía a casa después de trabajar en la fábrica. El día era estupendo y el sol no molestaba todavía como en verano. En el camino tuvo el accidente. No se dio cuenta de que el sendero que seguía con la bicicleta estaba cortado por un surco reciente. Tal vez iba distraído mirando alguna labor, el caso es que la rueda del manillar se le cruzó y cayó de cabeza en la acequia. Menos mal que en el momento de caerse la acequia estaba seca, porque se dio un golpe en la cabeza y estuvo como una hora sin conocimiento allí tirado. Por aquellos parajes no pasaba mucha gente. Tal vez estuvo más de una hora sin que nadie lo auxiliara. Cuando por fin lo encontraron en la acequia había pasado largo tiempo. El que lo encontró fue un

campesino, que lo primero que vio fue la bicicleta en el sendero. Al instante descubrió a mi padre caído con los ojos abiertos, pues ya había recobrado el conocimiento, pero no se podía mover y continuaba tirado allí abajo. El hortelano fue en busca de ayuda y se trajo a su hijo, que estaba trabajando cerca. Mi padre continuaba sin poder levantarse. Lo intentaba, pero el dolor se lo impedía. Menos mal que el agua estaba desviada. Al poco llegó el hortelano con el hijo y bajaron a la acequia y entre los dos consiguieron sacarlo. Enderezaron el manillar y, montando en la bici a mi padre, malherido como iba, lo acercaron hasta la casa. La mujer del hortelano improvisó una primera cura y el hombre ordenó a su hijo que cogiese la bici y fuese a llamar al médico. El chico no tardó mucho en hacer el recado. El facultativo, después de reconocer a mi padre y observar que tenía partido el hombro derecho, decidió llamar a la ambulancia para que se lo llevase al hospital de Murcia, que era el más cercano. Después de aquello fue cuando mi padre, que se pasó mucho tiempo de baja a causa del accidente, empezó a irse de bares. Contra más duraba la baja, más cada vez se aficionaba mi padre a ir a los bares. Y resulta que también comenzó a beber, hasta tal punto que llegaba a casa borracho. Me pregunta Andrés si mi padre no se caería en la acequia porque ya se mamaba antes del accidente, pero yo he preguntado en mi familia y todos me decían que mi padre era un buen hombre y que el accidente destrozó su vida.

2 de mayo de 2006

Uno de los argumentos de mi vida sin duda que ha sido mi padre. Siempre lo he querido y no puedo repro-

charle nada. Pero el otro es mi silla de ruedas, o sea, mi ataxia de Friedreich, una sintomatología y una naturaleza que me acompañan desde mi infancia. Andrés Mencía me repite con demasiada insistencia que no soy feliz, que yo soy muy desdichado, y que ello no puede ser bueno para mi salud. ¿La ataxia me ha hecho infeliz? No sabría responder a esta pregunta. Yo he sido feliz en algunos momentos de mi vida. Si ahora no lo soy, la causa no es mi ataxia, creo yo. Por ejemplo, yo no estoy de acuerdo con la manera que se lleva este centro, este CAMF de Leganés. Desde que estoy aquí no tengo más que problemas. Y sé de lo que hablo. Mejor dicho, sólo hablo de lo que sé. Cuando llegué a Leganés, los cuidadores comenzaron a bañarme. Protesté. Hasta aquel día yo me duchaba solo. Venía del CAMF de Alcuéscar y allí tenía instalada en la ducha una silla clavada a la pared. Me transfería al taburete desde mi silla de ruedas, me ataba con una correa para no escurrirme y me duchaba yo solo frotándome todo el cuerpo con una manopla. Fui a hablar con la terapeuta. Contestó a mi propuesta de una silla para la ducha diciendo que me había llegado el momento de recibir ayuda y que desde ahora me bañarían los cuidadores, puesto que ya no podía hacerlo solo. Insistí en que sí podía, en que aún podía, en que me dejaran continuar intentándolo, pues lo había hecho ayer mismo. No hubo manera. A pesar de mi insistencia, nunca me instalaron la silla y nunca he vuelto a ducharme solo, cuando a mi me daba la gana. Fue el primer conflicto en este CAMF de Leganés, el mismo día que ingresé en el centro. Estas cosas son las que me hacen infeliz.

3 de mayo de 2006

No he vuelto a Orihuela desde hace treinta años (desde la última visita que con mi amigo el Chacopino hiciera a mi padre, que ya vivía abandonado) pero la mitad de mi memoria continúa siendo oriolana. Orihuela era un pueblo grande, aunque todas las calles daban al campo. El sol calentaba fuerte y la tierra amarilleaba y el polvo del camino acompañaba a los rebaños de cabras y ovejas, que se dispersaban por el pasto en todas direcciones. Abundaban los rebaños, dibujando postales muy pintorescas. Las cabras dan siempre bien en las fotos. Se veía a los hombres, oscuros de intemperie y de sol en esta orilla del Mediterráneo, con el azadón al hombro caminando al encuentro de los limoneros, de las huertas o del algodón. Yo prefería seguir a las mujeres, que salían en grupos del pueblo y se dirigían a las orillas del río. La que primero llegó ya ha sacado del balde la ropa que había ido a lavar, se ha arrodillado al borde del agua y comienza a frotar la prenda sobre la taja. Ahora restriega una pastilla de jabón contra la tela y vuelve a golpear la prenda. Lava ropa blanca, sábanas y prendas de hombre, alguna blusa y algún vestido negro, un delantal gris, pantalones de mahón. Todas las mujeres golpean ya la ropa sobre la taja. Después de enjabonar bien la colada, la aclaran, dejando espumosa el agua del río, que la corriente se encarga de renovar. A veces el río Segura arrastraba el cadáver de algún animal, a veces el neumático de un coche que algún desaprensivo tirara aguas arriba. Yo iba mucho con mis hermanos al río, a un soto cerca de un algarrobo grande. Nos desnudábamos y nos metíamos en el agua los tres, José Antonio, Tomás y yo. Pero pasan los años, se desdibujan los cuadros y a los hermanos que más recuerdo de aquellas

correrías son Tomás, yo y el pequeño, Toni. Yo siempre era el único que no sabía nadar. Envidiaba la habilidad de mis hermanos para mantenerse a flote cuando se metían donde cubría. Yo me quedaba en la orilla contemplándoles. Esta sensación de contemplar la vida desde la orilla se me repite en muchos recuerdos. En las horas tardías del día se veía a veces el tronco de algún árbol flotando en el agua, corriente abajo. Su paso era inquietante y misterioso.

4 de mayo de 2006

Con mis hermanos los días se llenaban de disparates. En todas las postales de mi infancia están ellos presentes. Tomás apenas tendría ocho años, y a él y a mí se nos metió en la cabeza esta tarde bajar hasta el río. Cogimos a Toni, el más pequeño, y nos fuimos al Segura. Bajaba seco completamente, debía de ser al final del verano, en septiembre. Encontramos en el lecho del río un aro de hierro y estuvimos haciéndolo rodar casi toda la tarde. A mí me llamaban especialmente la atención las piedras lisas del fondo del cauce, sobre las que botaba el aro al golpear. Tiraba piedras a mi hermano pequeño, pero Tomás no me dejaba. -Lo vas a descalabrar, Alfonso. Pudimos atravesar el lecho del río andando, estaba prácticamente seco, apenas un hilillo de agua sucia. En la otra orilla había unos olmos muy altos y gruesos, muy viejos. Y, cerca de ellos, una huerta muy bien cuidada. Nos dio por coger unas habas, que estaban bien granadas, y fruta para llevar a casa, para mi madre. Creo que había melocotones y peras maduros. Cuando mi madre nos vio llegar con mi camiseta (que Tomás había anudado para hacer de

ella un saco) llena de fruta, nos preguntó preocupada que de dónde habíamos sacado aquellos melocotones. Tomás, como era el mayor, había previsto la pregunta de la madre. -Hemos estado ayudando a Manolo en el huerto. Era un mentiroso que mentía muy bien. Manolo era un primo de la familia al que no veíamos nunca, que tenía el huerto cerca del río, en la curva que hay junto a la fragua del tío Antón. Mi madre no preguntó más porque no podía imaginar que sus hijos se dedicasen a mangar.

9 de mayo de 2006

La fragua era un caserío blanco con tejados pardos donde el tío Antón herraba a los mulos, a los caballos y a los bueyes. Lo que más destacaba en la fragua era el martillo golpeando contra el yunque el hierro al rojo vivo. Siempre estaba por medio un perro pequeño sobre el que caían todas las chispas que saltaba el martillo del tío Antón. El herrero le tenía mucho cariño a aquel perro, siempre a su lado, aunque bien chamuscado. No recuerdo cómo lo llamaría, pero aún oigo el martillo golpeando el yunque y veo el fuego ardiendo en la fragua, en la boca del fuelle, y el hierro cambiando de color entre las ascuas del carbón hasta hacerse transparente. El sonido de aquellos tochos de hierro encendidos al entrar en el agua fría se parecía mucho al que hacen las locomotoras que frenan en la estación. Y con los hierros se enfriaba también la tarde, se enfriaba el sol, se enfriaba el fuego y todavía se enfriaba mi vida recordándolo. Volviendo a la madre, que se lo creía todo de sus hijos, nos terminó felicitando. -Hacéis bien ayudando a Manolo. Tomás había dejado la fruta sobre la mesa de la cocina. Mi padre estaba a punto de

llegar, de vuelta del trabajo. Todavía trabajaba en la vieja fábrica de algodón, manejaba una máquina empaquetadora que hacía los rollos de algodón que después terminaban en los hospitales y en las farmacias. Llegaba muy cansado. La jornada había sido larga y dura. Tomás, que en ese momento estaba en el corral junto a la conejera, fue el primero que lo vio y siguió con la mentira. -Nos lo ha dado el primo Manolo, y señalaba la fruta sobre la mesa. Y Toni, el más pequeño, jugaba con el gato. Era un gato que parecía salvaje, con unos dientes y unas uñas afilados con saña. De vez en cuando mi madre tenía que echarle polvos para desparasitarlo, porque se juntaba con lo peor del gatuforio de la vecindad y se llenaba de pulgas y garrapatas.

11 de mayo de 2006

Tenía hermanos mayores en el colegio y nadie podía pegarme. José Antonio ya era de los más mayores cuando yo entré. Pero también estaba Tomás. El caso es que, al principio, me manteaban casi todos los días. Siempre me manteaban a mí, o casi siempre. -Es que eres el más pequeño, me decía Tomás, que estaba entre los que me manteaban. Yo creo que era por eso, porque Tomás estaba por medio, por lo que José Antonio no intervenía. Porque José Antonio no dejaba que nadie me pegase. La verdad es que la sensación no me disgustaba del todo. Me cogían entre seis u ocho chicos mayores que yo, me tiraban en la manta y me estaban manteando durante cinco o diez minutos, hasta que se cansaban. Aunque ellos se reían y se lo pasaban en grande, yo tampoco me lo pasaba del todo mal. Cuando me mareaba se lo decía, pero no me hacían

mucho caso. A mí me gustaba ese vértigo de subir y bajar en la manta. Aquellos manteos eran la montaña rusa de los pobres antes de Terra Mítica. Ya digo que ellos se tiraban un buen rato manteándome. Lo hacían debajo de un olmo y recuerdo cómo se acercaban y alejaban las ramas del árbol ante mis ojos. Después, estaba mareado hasta que daba la hora de volver a clase. Alguna vez ya me hicieron potar. Todos íbamos a la misma clase. Serían unos cincuenta pupitres. En la pared delantera, detrás de la mesa del maestro, había dos pizarras. De vez en cuando, el maestro desenrollaba un mapa de España bastante grande y lo colgaba sobre las pizarras. Recuerdo a mi hermano mayor, José Antonio, buscando en el mapa una ciudad de Andalucía, lo recuerdo ahora como si fuera una foto. En el recreo yo me volvía loco, no me preocupaba más que de saltar. De mí sólo puedo decir que era un mocoso. Fue al maestro al que se le ocurrió ponerme un día de portero en un partido de fútbol. Como yo estaba tan loco, me tiraba por la pelota como un gato y lo paraba casi todo. Era difícil meterme un gol. El maestro me daba palmaditas en la cabeza, era su manera de animarme. Yo sonreía satisfecho después de cada parada, pero terminaba con los codos y las rodillas hechos una llaga.

16 de mayo de 2006

El de las pellas siempre era Tomás. José Antonio no nos acompañaba nunca o casi nunca. El colegio estaba cerca de casa, no más de quinientos metros. En ese trayecto era cuando a Tomás se le ocurría que estaríamos mejor en el río Segura y para allá que nos íbamos los dos. Buscábamos un sitio donde podernos bañar y nos pasába-

mos la tarde en el agua. Pero aquel día el río bajaba desbordado y casi toda la vega estaba inundada. Tanta era el agua que venía, que no encontrábamos un sitio adecuado para dejar la ropa y las carteras, y el baño se nos hizo imposible. Tomás me propuso dar una vuelta por las huertas y para allá que nos fuimos. En una de las huertas que había cerca del río (el dueño se llamaba Juan López) fuimos testigos de una de esas escenas que jamás se le olvidan a un niño. Para llegar a su huerta y a su casa había que cruzar un puentecillo sobre un arroyo que bajaba también con mucha agua. Vimos a Juan sobre el puente con un perro, al que tenía atado de una cuerda. Juan López llevaba puesto un gorro tirolés, con la pluma bien visible. Parecía gracioso el tipo y yo me acercaba si temor. Era muy moreno, con la nariz un poco aplastada y los ojos saltones. Los dientes de la boca los tenía muy amarillos, se ve que fumaba mucho. Pues cogió al perro, atado como lo tenía del cuello, y lo tiró por el puentecillo, pero sujetando bien fuerte por el otro extremo de la cuerda, lo suficientemente corto el cabo para que el perro colgase sin tocar el agua siquiera. Y colgando estuvo el perro del pretil hasta que se murió asfixiado. -¿Por qué hace eso?, le pregunté yo a mi hermano Tomás. Los dos nos habíamos quedado mirando, fascinados, durante la media hora o más que duró el espectáculo. -No es el primero que ahorca, me contestó mi hermano. Yo continuaba con la boca abierta como un imbécil, los ojos fijos en el perro colgando del puente. -Pues que no se te ocurra nunca mangar fruta de esa huerta, le dije a Tomás cuando nos alejábamos de allí.

18 de mayo de 2006

Serían sobre las ocho cuando mi hermano Tomás y yo, Toni era todavía muy pequeño, nos levantábamos para ir al colegio. Mi padre ya había desayunado y estaba preparando algo, la tartera supongo. Terminó la tarea y salió al corral a por la bici, pero cuál no sería su sorpresa cuando vio que la bici no estaba en su sitio. Nos preguntó por ella y, pasados unos minutos, se dio cuenta de que alguien se la había mangado. Se cabreó como nunca lo había visto antes. Ahora no podría ir a trabajar, tendría que denunciar el robo. Por aquel entonces mi padre no me daba miedo ni cuando se cabreaba. Llegaría tarde al colegio, pero le pedí que me llevase con él al cuartelillo de la Guardia Civil a poner la denuncia. No estaba muy lejos de nuestra casa, pero yo nunca pasaba por allí desde los tiempos en que me inicié en el latrocinio de fruta. La bandera española colgaba de la puerta y eso era una amenaza muy seria. Subiendo unas escaleras a la entrada del cuartel vimos al primer guardia civil, de pie y con cara de sueño, el bigote descomunal y las manos guardadas debajo del capote, con el cetme colgado a la espalda. Me dio la impresión de que estaba allí para nada, o sea, para asustar. Mi padre, nada más verlo, me dijo: -Voy a preguntar a este guardia. Y el guardia, mirando a mi padre con cara de pocos amigos, gritó: -Ahí dentro, a la derecha, está la oficina de demandas. Entramos hasta la oficina y mi padre me mandó que esperase en los bancos del pasillo mientras él ponía la denuncia. Me dijo que no iba a tardar mucho, pero aquel ha sido el rato más largo de mi vida. Estaba solo en el banco y, de repente, comencé a oír unas voces que salían de uno de los cuartitos que había al lado de la oficina donde había entrado mi padre. Las voces no se oían bien,

pero los gritos de dolor sí que los entendí de sobra. La curiosidad era más fuerte que el miedo y me fui escurriendo pared adelante hasta ver. La puerta del cuarto estaba abierta y se veía todo. Dos guardias civiles pegaban a un hombre. Y le daban tan fuerte que yo cerraba los ojos a cada culatazo del chopo. Me asustó tanto aquella escena que, volviendo al banco, estuve contando los segundos a la espera de que saliera mi padre. Se me hacían minutos cada segundo que contaba. Tardó muchísimo en salir. Cuando salió, me dijo que esperaba que apareciera pronto el cabrón que le había mangado la bici. Entonces yo, acelerado, le relaté lo que acababa de ver y él me respondió con cara muy seria que algo habría hecho el delincuente. -A ver si le desloman también al que le robó a tu padre, para que aprenda. Y me mandó para el colegio, que no estaba muy lejos, y él se fue a trabajar.

23 de mayo de 2006

Andrés no se cree lo que yo le cuento sobre el trato que recibimos los internos aquí, en el CAMF. Dice que juzgo el comportamiento de los cuidadores y del personal de dirección de forma muy poco objetiva, que sólo miro a mi ombligo. Pero yo me río, porque sé lo que me digo, él no vive aquí para saberlo. Ya conté lo que me pasó con la ducha. Cuando ingresé en este centro en el 91, yo era independiente también para acostarme y estuve acostándome sin ayuda durante muchos años. Podía acostarme a la hora que quisiera. O sea, podía salir a pasear o al cine después de cenar, volver a casa y acostarme, lo mismo que hacéis tú y tú, como cualquier persona. El poder acostarme sin ayuda me permitía una gran autonomía y mucha

libertad de horarios. Con el tiempo necesité, para subirme a la cama y para bajarme, la ayuda de un triángulo que cuelga al final de un brazo anclado a la pared. Lo solicité, pues se lo había visto utilizar a otros compañeros, me lo instalaron y, agarrándome de mi triángulo, me acostaba y me levantaba cuando yo quería. Lo primero que hacía, al acostarme, era acercar mi silla eléctrica al enchufe de la pared y poner a cargar su batería. Conseguía completar esta instalación sin demasiada dificultad con la ayuda de un cable que me había comprado. La batería de las sillas eléctricas se carga durante toda la noche y a mí nunca se me olvidaba la tarea, pues con la batería descargada no me podría mover mañana, no podría salir a pasear. A continuación, desde mi silla y sentado como estaba, subía primero una pierna a la cama y después la otra. Agarraba en esta postura el triángulo con la mano derecha y la silla con la izquierda y, haciendo fuerza en la dirección adecuada, conseguía poner mi culo sobre la cama y, detrás del culo, todo lo demás, a pesar de mi ataxia. Me quitaba la ropa, el pantalón y el jersey, no sin esfuerzo, y a dormir.

24 de mayo de 2006

Pues pasó que un día, al levantarme, me descuidé más de lo que aconseja la prudencia y me caí de la cama. Los movimientos para levantarme eran más fáciles que para acostarme, pues exigían menos fuerza. Se trataba de acercarme al borde de la cama después de haberme puesto los pantalones. Me apoyaba con la mano izquierda en el reposabrazos izquierdo de la silla y, ayudándome para hacer el impulso con la mano derecha sobre la cama, dejaba caer mi culo sobre el asiento. Me descuidé aquella

mañana, me puse demasiado cerca del borde y cuando quise agarrarme al brazo de la silla ya había dado con mis huesos en el suelo. ¿Qué pasó? Que me tuvieron que levantar con la grúa los cuidadores. Dieron parte del incidente y la terapeuta decidió que en mi cama tendría que instalarse barandilla también en el lateral izquierdo, por el que me acostaba. En el lateral derecho hacía tiempo que la tenía instalada. O sea, que con aquella barandilla ya no podría acostarme solo. Perdía mucha de la autonomía que aún disfrutaba. Pedí explicaciones a los cuidadores, pues les daba más trabajo, pero me contestaron lo de siempre, que eran órdenes. Hablé al día siguiente con la terapeuta, pero tampoco sirvió de nada. Me dijo que, en mi estado, era un peligro hacer aquellas maniobras, que era un milagro que no me hubiese pasado nada en la caída, que cualquier día me rompía la columna... En fin, que había pensado en mí para prohibírmelo, que ya no podría acostarme solo y que tendrían que acostarme los cuidadores. Otra vez tomaban ellos las decisiones que me corresponde a mí tomar. Yo aún podía acostarme solo, aunque no hubiera sido más que durante otros cuatro días, o años, por qué no. -Porque, si te deslomases al caerte, culparías a los cuidadores de ello, o al director, tú o tus familiares, que para visitarte no tienen tiempo, pero para criticar a los que te asisten les sobra, que es lo que suelen hacer las familias con mala conciencia. Esto me lo dice Andrés Mencía, pero no tiene razón, pues yo no culpo a los cuidadores de mi caída, sino por no dejar que lo intente. -Sí, son intereses contrarios los que defendéis el centro y tú, la terapeuta pretende que no te descalabres y tú te empeñas en descalabrarte. Y Andrés y yo hemos terminado a voces, no es la primera vez. Él tampoco me entiende. Las voces

se oían en el parque y en la avenida Alemania. Y no tiene gracia, porque Andrés Mencía grita más fuerte que yo.

30 de mayo de 2006

La semana pasada, Andrés no vino el jueves y lo estuve esperando. Se me ha ocurrido decirle hoy que sospecho que no vino por la bronca, para demostrarme que es él quien manda aquí, en este proyecto, y me ha mandado a la mierda. Otra vez de bronca toda la tarde, pero esta vez no hemos escrito. Hemos discutido, dice que mi problema es que no me acepto como soy, que sospecho que todo cristo la tiene tomada conmigo para eludir mis responsabilidades y que, así, difícilmente pueda explicar a nadie quién soy.

31 de mayo de 2006

Hoy es miércoles y los miércoles suele venir un pastor evangelista al centro a hacer la oración con nosotros. Le había pedido a Andrés que no viniese los miércoles, pero él me dice que para rezar vale cualquier momento, pero que a la escritura tendré que echarle muchas horas si quiero sacar algo en limpio y que no podemos perder una tarde porque dios se ponga celoso. Y con las mismas me ha preguntado por mis creencias. Pues otra vez de bronca hemos estado toda la tarde. Tampoco está de acuerdo con mi fe, ya es el colmo. Porque yo creo en la vida eterna. Sin dios y su promesa de otra vida yo no encuentro sentido a esta vida que vivo. Es así y así lo tengo que decir. Creo en dios y creo en la vida eterna. Andrés me dice que para qué quiero otra vida si no sé sacarle partido a esta. No sé para

qué la quiero, pero la necesito. Necesito de la vida eterna. -Pues dios no es un buen asistente personal, según la teología, no va a tener tanta paciencia contigo como los cuidadores, te vas a tener que despabilar un poco y ser menos hinchapelotas. Esto lo dice Andrés, ya le vale. Andrés Mencía me ha explicado que las viejas creencias del hombre relacionadas con la inmortalidad tienen el mismo conmovedor y estúpido origen que sus modernas creencias en el progreso, que ambos son mitos producidos por el mismo miedo a una realidad que perdió y a un presente que ya no consigue percibir. Dice que la razón es el mito que explica los otros mitos y se explica a sí mismo, y dice también que, si acaso, el miedo hay que tenerlo al mito de la razón más que a la muerte, que la muerte ya sólo me asusta a mí, que la muerte nos libera y nos devuelve al mundo del que siempre hemos formado parte, el presente del que nos separó la razón. Yo no le entiendo a Andrés. Mi vida en este mundo ha sido muy corta. Vivir sentado en una silla de ruedas, atrapado por una naturaleza tan poco amable como es la ataxia de Friedreich, no es la mejor vida imaginable. Yo necesito de la vida eterna, aunque sólo sea como ayuda para vivir esta vida que estoy viviendo, con tantas dificultades y tantas miserias. Yo alcanzo a entender que todo lo relacionado con los humanos es tan irracional como racional, hasta aquí ya llego. Pero no me importa no tener una explicación racional a mis creencias. Son mis creencias y son el motor de mi vida y de mi silla. Necesito de Dios y necesito de la vida eterna. Pilar Eva, que es una compañera atea y nos ha oído, tenía que decir la última palabra, como suele. -Pues yo, cuando muera, ya sabré yo buscarme la vida, dijo.

6 de junio de 2006 (6-6-6: El día de la bestia)

En mi vida, en lo que yo puedo decir que es mi vida, existe Satanás. El hombre es malo. Desde que nace hasta que muere el hombre está poseído por Satanás, eso es lo que yo creo. El hombre está poseído por el mal. El mal existe y sólo Dios nos libra del mal, pero hemos de negarnos a nosotros mismos, hemos de negar nuestra naturaleza satánica para ser socorridos por Dios. Esto es lo que yo creo. Andrés Mencía me ha confesado que le escandalizan mis creencias. A mí también me escandalizan las suyas. Él dice que hay dos clases de hombres, los que creen en el ser humano y los que lo odian, y que yo estoy en el segundo grupo, junto al papa y al emperador y todos los que creen en satanás. Que los hombres que odian al ser humano, los que no saben confiar en el hombre, son los causantes del mal en el mundo, del mal que ellos mismos provocan a causa de su odio. Nosotros somos satanás, dice. Y dice que los otros, los hombres que sí creen en el ser humano, están libres de pecado, dice que ellos no son responsables del mal en el mundo, que ellos son los malos señores de este mundo a los que Jesús deseaba ventura. Afirmaciones como estas de Andrés Mencía son un escándalo. Las mías sí que tienen apoyo bíblico. ¡Y todavía me aconseja él que lea el Libro de Job! Dice que cuando Job se convence por fin, después de tantas calamidades, de que no es el culpable, de que por el mero hecho de ser hombre él no puede ser culpable de su infortunio, entonces es cuando vence sus miedos y, con ellos, a Yahvé y a Satanás, y vuelve a ser afortunado, justo lo que yo no sé procurarme, dice. ¡Qué fácil le resulta hablar a Andrés de fortuna!

8 de junio de 2006

Otra tarde de novillos con Tomás por la zona de las huertas del río. Ahora recuerdo que Tomás a las pellas las llamaba hacer fuchina. En vez de ir al colegio como todos los niños, nosotros hacíamos fuchina, eso decía él. De primeras nos fuimos a buscar nidos, que ya había muchos. Pasamos por un campo al que recién habían sacado las patatas. Al lado había lechugas recién plantadas y naranjos con fruto todavía. En medio del campo había una columna de hormigón y Tomás observó que en un agujero había un nido de gafarrones. Mi hermano, nada más subir hasta el nido y ver lo pequeñas que eran las crías, no quiso cogerlas. Y a mí me dijo que otro día volveríamos por ellas, cuando tuviesen más plumas. Me quedé con ganas de llevarme algún pájaro para casa, pero mi hermano tuvo otra idea mejor al ponerse a rebuscar patatas con la intención de llevárselas a madre en un pequeño saco que nos encontramos por allí, bajo un naranjo. Entonces nos pusimos los dos a cavar con unos rastrillos y así pudimos sacar las suficientes, hasta casi llenar el mediasaco. También nos habíamos tropezado, es un decir, con una bota de vino bien surtida. El vino era muy dulce y a nosotros, ignorantes que éramos, nos dio por beber cada vez que se nos secaba la boca, de tal manera que nos emborrachamos mucho antes de terminar con las patatas de aquel campo. Mi hermano se echó al hombro el saco. -Con estas ya tenemos bastante, dijo. Y cogimos el camino de vuelta a casa, un buen trecho. Ninguno de los dos nos dábamos cuenta de que íbamos cargados de vino. Yo sólo era consciente de que estaba contento. Cuando entramos en el pueblo, íbamos armando tal escándalo de risas y cánticos

que las mujeres y hombres que vivían por allí se nos quedaban mirando. Todavía no era de noche. Y cuando llegamos a casa con el saco de patatas, más ruidosos que de costumbre, mi padre ya había vuelto del trabajo y, al vernos, empezó a darnos la charla. Pero terminó dándonos una zurra a los dos de las que no se olvidan. Y nos ordenó que nos fuésemos a la cama sin cenar. Se nos habían terminado las risas y nos fuimos lloriqueando. No sé qué hora sería pero recuerdo que mi madre nos levantó para cenar unas sardinas, que a Tomás no le gustaban mucho. Tomás le explicaba a mi madre que habíamos traído las patatas para darle una alegría. Yo me volví a la cama porque me dolía mucho la cabeza, pero mi hermano todavía se quedó comiendo algo.

13 de junio de 2006

Conforme pasaba el tiempo, lo de mi padre con el vino iba de mal en peor. Un día llegó a casa a las tantas de la noche y mi pobre madre lo estaba esperando. Solía hacerlo. Nada más verlo entrar por la puerta empezó con la bronca, que a mí me avergonzaba mucho que se pusiera así con mi padre. Comenzó pidiendo explicaciones, que de dónde venía a las tantas de la noche y demás. Si ella ya lo sabía. Mi padre, de tan caliente como venía, no decía más que tonterías, pero con mucha cara. -Vengo del bar de Diego, ¿qué? Y entonces mi madre le soltó: -¿Dónde has metido el dinero que cobraste hoy de la baja? ¿No te lo habrás gastado en ese bar? Y mi padre, muy macho, pero tambaleándose, le contestó que lo había perdido en el juego. Mi madre, que de tonta no tenía ni un pelo, no se lo creyó. -Te lo has gastado en la borrachera que traes.

El día que cobraba no era el único que mi padre volvía borracho a casa. Yo tendría entre seis y siete años por entonces y, cuando andaba por el barrio con mi hermano o solo, que me mandaba mi madre a algún recado, solía ver a mi padre en cualquier bar, ya fuera junto a la carretera o más cerca de nuestra casa. Yo le veía empinar el codo, que se bebía los chatos de vino uno detrás de otro hasta que se ponía caliente. Luego yo volvía para casa y se lo contaba a mi madre, para que lo supiera y no tuviera que estar preguntárselo a él por la noche, que lo había visto en el bar de la carretera y que estaba bebiendo. Porque por entonces nuestro papá ya no venía a comer y, la mayoría de las tardes, tampoco vendría a cenar. Mi madre era una buena trabajadora. Trabajaba en las casas de los ricos, limpiando, y así se pasaba casi todo el día. Fregaba el suelo de rodillas, yo la vi alguna vez, y luego preparaba la comida para los señores. También la veía que hacía la compra a las señoras donde trabajaba, la veía en las tiendas de por allí, del casco histórico de Orihuela.

15 de junio de 2006

Detrás del barrio donde vivíamos había una pared de montaña con cuevas. Recuerdo sobre todo una cueva que no era muy profunda, con una entrada muy alta. Una tarde los tres hermanos que andábamos siempre juntos, Tomás, Toni y yo, nos fuimos a jugar a la cueva. Mi hermano Tomás, que era el mayor, comenzó a subir por aquella pared vertical del monte. Quería llegar a lo alto, como siempre. Y yo, que tendría siete años, comencé a subir detrás de él. Toni nos seguía. Aunque aquella pared la habíamos subido muchas veces, para un niño de cinco

años, que sería la edad de Toni, tenía su peligro. Tomás se agarraba a los salientes y apoyaba los pies en las grietas o donde podía. Yo me fijaba en lo que hacía y repetía sus movimientos. Pero Toni no se fijaba en nada. Se puso a subir sin precauciones y llevaba un par de metros escalados cuando, sobrepasada ya la entrada de la cueva grande, tuvo la mala fortuna de resbalarse. Tal vez por descuido o por no fijarse bien dónde ponía los pies, el caso es que la caída fue tremenda y el golpe que se dio contra las rocas, descomunal. O sea, que se partió la chola, todavía oigo el rebote de su cabeza dura contra la roca. Se me grabó el accidente de Toni en la memoria como una foto, y lo recuerdo como si estuviese ocurriendo ahora mismo. Mi hermano Tomás y yo, al verlo sangrar tanto, nos quedamos atónitos. Empezamos a bajar rápidamente, pero tan asustados estábamos que casi nos accidentamos también nosotros. La sangre brotaba de su brecha como una fuente. Mientras yo me quedaba con mi hermano malherido, Tomás fue a pedir ayuda a las casas que había más cerca. La voz de lo sucedido se corrió rápidamente por el barrio y algunos vecinos acudieron en nuestro auxilio. Todo ocurría un sábado por la mañana y la noticia también llegó a oídos de mi padre.

20 de junio de 2006

Cuando bajábamos la calle que nos llevaba a casa, después de que mi hermano fuera auxiliado por un vecino y llevado al hospital, íbamos hablando Tomás y yo de lo que había sucedido. Estábamos asustados y muy preocupados con las consecuencias del golpe en la cabeza del pobre de Toni. Al llegar al final de la calle vimos a mi

padre en el bar de Diego, a tres casas de donde vivíamos. Yo me quedé nota al ver al viejo por la ventana que daba a la calle. Después de lo sucedido a su hijo, él estaba, lo veía al otro lado del cristal y no me lo podía creer, empujando el porrón y charlando con los amigos. Se reía como si no hubiera pasado nada. Yo sabía que estaba avisado del grave accidente. Los vecinos que nos habían ayudado nos habían dicho que lo habían avisado. Lo que no nos dijeron fue dónde estaba y cómo. Mi padre estaba muy tranquilo allí dentro, en la taberna. Gracias a dios que los vecinos pudieron localizar también a mi madre, que estaba trabajando. La avisaron de que su niño estaba con la cabeza abierta a causa de un accidente y ella lo primero que hizo fue salir corriendo. Después recordó que no se lo había dicho a los señores y tuvo que llamarlos por teléfono. Se fue directamente al hospital para enterarse bien de lo que había sucedido. Nada más entrar por la puerta le dijeron la habitación en la que se encontraba mi hermano y pudo hablar con el médico que lo había reconocido. Como mi madre no sabía lo que había ocurrido y estaba muy preocupada, el médico la tuvo que tranquilizar. Le dijo que lo que había sucedido tenía arreglo y que no se preocupara, que todo había quedado en un susto. -Y acompañe a su hijo, que yo voy a atender a otros pacientes, concluyó el médico a modo de despedida.

22 de junio de 2006

Mi madre se quedó sola con mi hermano, que estaba echado en la cama. Le comentó que padre no había querido venir y que ahora, cuando volviera a casa, tendría una charla con él. Se pasó toda la tarde con Toni. Después

de la cena del hospital, muy de noche, que mi hermano se había quedado dormido, madre lo dejó a cargo de las enfermeras y se volvió para casa. A esa hora no había nadie por la calle y se tuvo que ir andando para nuestro barrio, en San Isidro, muy lejos de San Bartolomé, que es donde estaba el hospital comarcal. Cuando llegó a casa, nada más abrir la puerta, ya la oí gritarle a mi padre. Tuvo una buena charla con él. Alguien le había dicho lo del bar de Diego y estaba indignada. -¿Pero en qué te has convertido ? -gritaba- Ya te interesa más el vino que la vida de tus hijos, te has pasado todo el día en el bar, ni se te ha ocurrido ir al hospital, ni siquiera fuiste capaz de acudir en auxilio de tu propio hijo, te tiras en el bar las horas como un borracho. Mi padre contestaba lo primero que se le venía a la cabeza, una mentira detrás de otra, que los vecinos no le habían avisado, que se había pasado el día trabajando, cosas así. -¿Trabajando ? -gritaba mi madre fuera de sí- Sí, en el bar de Diego. Mi padre ya no sabía qué decir y comenzó a insultar a mi madre, como hacía siempre que ella le levantaba la voz. Yo me había despertado al oír la puerta de la calle y fui a la cocina por un vaso de agua. Así fue como escuché toda la conversación de mi madre y mi padre. Más que conversación, era una bronca. Yo me hacía el tonto y, para cortar aquello, le pedí a mi madre que me diera el agua. Recuerdo que, al darme el vaso de agua, estaba tan enojada que le temblaba la mano y casi se le cayó al suelo. Derramó mucha agua. Mi hermano Tomás y el otro, el mayor, José Antonio, seguían durmiendo en su cama. O por lo menos no se levantaron ni hicieron ruido. Pero después de aquella bronca todo siguió igual en nuestra casa.

27 de junio de 2006

Al día siguiente era domingo y Tomás y yo nos pasamos la mañana en la calle, como siempre. José Antonio creo que se fue con los primos, a casa de un tío, a otra pedanía. Tomás organizó una rifa con un camión muy bonito que guardaba de cuando teníamos reyes. Su camión era el premio. Ya no me acuerdo, pero sacó por lo menos diez pesetas o más. Le tocó el camión a Vicente. Y mi hermano le propuso de inmediato que se lo compraba y le dio un duro por él, o incluso menos. Se había sacado de la rifa unas perrillas y además había recuperado el camión. A Tomás se le daban bien estos negocios, y yo tomaba nota. Así pasamos la mañana. Mi madre se había vuelto al hospital muy temprano a ver a Toni. Volvió sobre la una a nuestra casa a hacernos la comida. Comimos paella, que a mí me gusta mucho. A Tomás tampoco le gustaba mucho la paella y yo terminé comiendo de su plato. Después de comer, mi madre nos llevó con ella al hospital. A Tomás no le hacía gracia la visita, pero yo iba contento. Pasamos la tarde con mi hermano Toni, que continuaba en la cama, en observación. -¿Te duele mucho la chola?, le pregunté yo nada más verlo. Toni me respondió rápidamente que no le dolía nada. Tenía la parte derecha de su cabeza cubierta con gasas y esparadrapo, y aún se le podía ver una mancha muy grande de mercromina por fuera del apósito. Tenía rapado la mitad del pelo. Toni incluso sonreía. Yo había llevado unos cromos y se puso a mirarlos. Reconoció en seguida los cuatro que yo había cambiado esta misma mañana y que él no había visto en la colección. Me puse contento, pues significaba que Toni estaba bien, que el golpe no lo había vuelto tonto. No

recuerdo más de aquella tarde. Mi madre nos acompañó a casa de vuelta y, después de dejarnos la cena preparada, se volvió al hospital con Toni, aunque ella sabía que el lunes, todo lo más por la tarde, le darían el alta.

4 de julio de 2006

Hoy hace tres años que me quitaron la silla eléctrica. He vuelto a hablar con el director, que fue quien dio la orden, y lo respaldaba la terapeuta, y me ha vuelto a decir que no veo lo suficiente como para seguir manejándola, que ni veo ni mis manos manejan con la suficiente celeridad para evitar los accidentes. He ido por lo menos cien veces durante estos tres años a su despacho para decir que yo no estoy de acuerdo con su diagnóstico y para preguntar por la ley que le permite privarme a mí de algo tan sagrado y tan necesario para ejercer mi libertad como es mi silla eléctrica. Él dice que sólo pretende protegerme de accidentes lamentables y proteger a los compañeros de mis atropellos, pero no me dice qué ley lo ampara. Dice que lo denuncie y que a ver a quién le da la razón el juez. Ni que lo tuviera comprado, así de seguro está. Andrés Mencía enferma cuando me oye hablar de la silla eléctrica. Él tampoco está de acuerdo conmigo. Le explico que aquí hay compañeros que ven lo mismo o menos que yo y que, sin embargo, continúan manejando su silla eléctrica. Andrés contesta que su naturaleza es diferente de la mía y que por eso no se la quitan. Ya le vale, todos somos diferentes, pero si ellos tampoco ven, tendrían que quitársela. -¿Es lo que tú deseas, que se la quiten también a ellos? -Yo lo que deseo es que me devuelvan la mía. Llevamos toda la tarde de bronca. Andrés tampoco me entiende. Dice

que soy yo, por mi tozudez, el que provooco que otros tomen las decisiones que sólo a mí competen, ya se trate de la silla de la ducha, de la barandilla de la cama o de la silla eléctrica. Sé bien que mi ataxia es progresiva, le explico, y que cada día que pasa estaré peor, pero yo soy también el que sabe mejor si puedo ducharme solo, si puedo acostarme solo o si puedo manejar la silla eléctrica. -¿Pero te has parado a pensar alguna vez en tus asistentes y en su angustia al verte estrellado o al verte en peligro? ¡Si ahora mi problema va a ser también la angustia de mis asistentes! -Siento que los cuidadores no me respetan, los trato a diario y siento que no me respetan, le grito a Andrés. -Tus asistentes son también tu vida y mejor harías ocupándote un poco de ellos, mejor te iría si comprendieras tu mundo un poco mejor, pues ellos forman parte de tu mundo. Discutimos y siempre terminamos hablando de lo que no es. Yo quería hablar de mi silla eléctrica y del atropello que se comete conmigo al prohibirme usarla, pero no de los cuidadores.

5 de julio de 2006

Sin la silla eléctrica me siento como un pájaro al que han cortado las alas, me siento como un preso, condenado. Así me siento. Sin mi silla ya no puedo salir a la calle por mis propios medios, ya no puedo buscarme la vida. He perdido la poca autonomía que tenía y ya no puedo mantener las relaciones que antes mantenía con la gente del barrio. Sin la ayuda de Manuel Herrera en los ratos que no escribimos, ya no podría tampoco vender lotería, por ejemplo, pues ya no puedo mover la silla manual, no tengo fuerzas. Pero tampoco puedo pasear, ver a los amigos,

hablar con ellos, salir al parque y distraerme un poco, tomar el sol. Estoy desesperado desde hace tres años. El día antes de quitarme la silla había llegado hasta ParqueSur y me había paseado por las tiendas. Entré en el Alcampo y compré gel, colonia Blume, Colgate, desodorante Tulipán Negro. No fui al cine, pero lo había hecho el miércoles, día del espectador. Me gustaba sobre todo ir a la sesión de las doce de la noche de los sábados. De vuelta a la residencia, de madrugada, a veces me encontraba con chicos que se ofrecían a acompañarme, pero yo les decía que no necesitaba ayuda, que muchas gracias. Me gustaba salir por ahí especialmente los días de lluvia. Esos días brumosos me recordaban los tiempos en que recogía caracoles por las huertas que rodeaban mi barrio en Orihuela, por eso me gustaban tanto. Me gusta la soledad de los días tristes, en el campo y también en la ciudad. Me siento muy a gusto en los días de lluvia, me encuentro conmigo mismo. Sin mi silla eléctrica ya no podré volver a disfrutar de esta felicidad de pasear bajo la lluvia. En una ocasión en que me refugiaba del temporal en un edificio en obras de la avenida Juancarlosprimero, fui a toparme con una chaqueta que me venía muy bien, pues no acostumbro a llevar mucha ropa encima. Había refrescado y la lluvia me había empapado. Me puse aquella chaqueta, que me quedaba a la medida, y volví con ella a la residencia lo más deprisa que pude. La chaqueta era del arquitecto de la obra, lo ponía en la documentación. Había pensado en devolverla al día siguiente, pero al conocer quién era su dueño, me entraron las dudas. Yo con los jefes nunca me llevo muy bien. En la cartera había trescientos euros. No sabía qué hacer. Como lo que yo necesitaba era la chaqueta, me quedé con ella y metí en un sobre la cartera y el

dinero, puse la dirección que figuraba en el DNI y lo eché todo al correo. Eso sí, sin franqueo. He vuelto hoy a hablar también con la terapeuta ocupacional, a pedirle que me devuelva la silla eléctrica, y me ha repetido lo mismo que el director, que hoy por hoy soy incapaz de manejarla porque no coordino bien las manos y soy un peligro para mí y para mis compañeros. Siempre repiten lo mismo, que puedo provocar un accidente. Le he dicho que no estoy de acuerdo, que veo de sobra y que nunca me ha ocurrido nada. Y además, que la decisión de dejar la silla tendría que ser, en todo caso, una decisión mía y no de otros, y que yo no veo motivos para dejar de usar mi silla eléctrica. Me están envenenando con esto, estoy rabioso, es la impotencia.

11 de julio de 2006

Estaba en casa de mi abuela María con mi hermano Tomás y, de pronto, se presentó mi tío Pepe con la familia. Mi tío Pepe tiene una hija de mi edad, que es la mayor. Nació el mismo día que yo. Pues allí estaba también la prima y con ella comenzamos a jugar. Cogimos la bici de mi abuelo, una orbea con muchos años y poca pintura, y con aquella bici bajó Tomás la cuesta, delante de la casa. Y luego la subió, que era todavía más difícil. El caso es que mi prima pidió la bici, una bici más grande que ella, y Tomás se la dejó, incrédulo. La prima se subió, metiendo su pierna derecha por debajo de la barra, y comenzó a dar pedales. Primero bajó la cuesta y después la subió y no pasó nada. Manejaba la bici como si fuese un lápiz. No me lo podía creer. ¡Y yo que no sabía andar en bici! Le pedí a Tomás que me enseñara ahora mismo. -Pero por encima

de la barra, como un hombre, y no como la prima, que anda por debajo. La lección me costó dos o tres caídas y algunas raspaduras en los brazos y en las rodillas hasta que conseguí mantenerme en equilibrio durante toda la cuesta abajo. Subir era más difícil todavía que bajar, pero terminé por hacerlo aquella misma tarde. Las heridas que más me dolían eran sin embargo las risas de mi prima cada vez que me caía. Tanta rabia me dio oír aquellas burlas que estuve a punto de pegarla. Tomás me calmaba repitiéndome que tendría que aprender si quería que la prima dejase de reírse, pero cada vez que oía su risa me sentía muy ridículo y me llenaba de rabia. Se borró mi malestar cuando por fin conseguí mantener el equilibrio y dominé la bici. Apenas llegaban mis pies a los pedales, pero conseguí por fin subir la cuesta como lo había hecho mi prima y mi hermano. Tengo cuarenta y tres años y todavía me emociono al recordar aquel momento exacto en que conseguí mantener el equilibrio sobre la bici. Lo recuerdo hoy, pero lo que de verdad echo de menos ahora mismo no es la bici o la cuesta, sino mi silla eléctrica. Tres años hace ya que me la quitaron.

2 de agosto de 2006

Había llovido un poco. Tomás y yo habíamos llegado a un bancal de alcachofas y coliflores. En los alrededores había un convento de frailes. Cortamos unas alcachofas para llevar a casa y añadimos al capazo una coliflor. Era un capazo que vimos en la huerta y lo cogimos también. Con el capazo lleno rodeamos la tapia del convento hasta llegar a la puerta principal. Allí nos encontramos a un hombre conocido, Juan, el Raíz, que se acercaba hasta

el convento a pedir caridad. Su aspecto era el de un hombre que no tiene donde caerse muerto, el pelo largo y despeinado y la barba de varios días. A mí me producía un rechazo tremendo. Yo era un niño, y el Raíz, de ese tipo de hombres a los que los niños apedrean. Vivía solo en una cueva que había por la carretera de Murcia, en una cuesta. Yo había estado allí, era una cueva muy pequeña llena de ropa vieja y maloliente. No me podía creer que un hombre viviese en semejante lugar. -¿Qué haces aquí, Raíz? ¿No tienes vino?, saludó mi hermano. -Tengo hambre. -Bocata ya te darán los frailes, porque lo que es para vino. Mi hermano se reía de él. -Ya no bebo, dijo el Raíz. Llamó a la puerta y le abrió un fraile, que preguntó qué quería. El Raíz confesó que tenía mucha hambre y el fraile lo hizo esperar. Cuando salió al fin con un bocata, dijo: -Alimentos tenemos, pero no nos pidas dinero porque somos pobres. Y el fraile cerró la puerta. Por esta parte del pueblo todas las calles estaban en cuesta. Dejamos el capacho de las alcachofas en casa, que no estaba cerca, y volvimos a salir a la calle. A la madre le venían bien nuestras rapiñas y no hacía muchas preguntas. Siempre decíamos que nos lo había dado el primo Manolo. Aquella misma tarde volveríamos a ver al Raíz. Iba carretera adelante, camino de su cueva, borracho como nunca. O mejor, como siempre.

8 de agosto de 2006

Mi padre vivió mucho tiempo completamente solo en la casa de Orihuela. Recuerdo en qué terminó convirtiendo la casa familiar y todavía siento vergüenza. Una sola vez volví allí, después de habernos ido. La había con-

vertido en una casa de pesadilla. En Alicante, mi madre vivía con un hombre, un camionero, que hacía de padrastro. Yo me llevaba fatal con él y el camionero me daba unas palizas tremendas. Ya me había largado de casa alguna vez después de las palizas, pero aquel día se pasó con la verga que llevaba en el camión y, además, me había golpeado la cabeza contra el suelo. Yo tendría por entonces unos catorce años y decidí largarme con mi padre a Orihuela. Salté por la ventana y me fui en busca de mi amigo Chacopino, que tenía en casa problemas parecidos a los míos y que también estaba deseando largarse. Antes de salir para Orihuela pasamos por el barrio chino de Alicante con el fin de comprar algo de costo, apenas una china de nada porque no teníamos dinero. Y los dos nos largamos en el tren. Era un viernes por la tarde e íbamos contentos e ilusionados. Llegamos a mi casa de Orihuela sobre las nueve. Y allí estaba mi padre, con una pinta y un mal olor que daban miedo. Nos saludó y me preguntó a qué había venido. Yo le contesté muy rápido que veníamos a pasar el fin de semana con él. No le mencioné la fuga ni el padrastro para nada. Él no dijo nada, se fue y ya no volvimos a verlo en todo el fin de semana. La casa olía peor que mi padre. Estaba llena de ratas. Había huras por todas partes. Yo no sé cómo podría dormir tranquilo sin ni siquiera una manta para taparse. No tenía nada para comer. Chacopino y yo nos fuimos enseguida de allí, a recorrer el pueblo. En una plaza del centro histórico, llena de chavalería, nos sentamos en uno de los bancos frente a una iglesia y nos pusimos a hacer un porro. Y al rato nos fuimos otra vez a andar. Finalmente regresamos a casa. La puerta estaba siempre abierta, lo mismo entraban los chicos del barrio que los vecinos. Una vez en casa, nos meti-

mos en la habitación más grande, la de matrimonio. Estaba todo sucio como es difícil de imaginar, todo roto, el colchón, los muebles, todo. A mí me daba vergüenza aquello, pero Chacopino amontonó ropa vieja sobre la cama, de la que había guardada en los armarios, y con ella nos hicimos sábanas y mantas y almohadas y pudimos dormir. Incluso el Chacopino, que sabía algo de electricidad, consiguió arreglar una lámpara y que se encendiese la bombilla. La verdad, no sé cómo lo pudo hacer. Y allí pasamos la noche.

9 de agosto de 2006

Ya digo que a mi padre no volvimos a verlo. A la mañana siguiente, nosotros nos levantamos tarde, sobre las doce. En la habitación en que habíamos dormido había un agujero de ratas que más parecía un túnel, de lo grande que era. El comedor estaba petado de botellas vacías, que se ve que mi padre coleccionaba. Y los cristales de las ventanas estaban todos rotos, no me puedo figurar cómo pasaría los días de frío. Chacopino y yo teníamos hambre y nos fuimos hasta la tienda de ultramarinos. Pero no teníamos casi dinero y nos lo gastamos todo en el companaje, no serían más de diez duros, unas cuantas lonchas de jamón york y de queso. Y enseguida nos volvimos para casa a comer las lonchas, sin pan. Nos pusimos en la mesa vieja de la cocina y nos repartimos el fiambre como pudimos. Esta fue nuestra comida, y nos quedamos con hambre, por supuesto. Ya se nos estaban quitando las ganas de fugarnos de casa. Nos fuimos a dar otra vuelta por el pueblo, nos fumamos los últimos canutos y, al hacerse de noche, nos paseamos por los lugares que yo

frecuentaba de niño con mis hermanos. Me lo llevé al Chacopino al cine de verano, que también tenía sala de invierno. Me acordaba de que, allí cerca, había una vieja panadería que repartía el pan que sobraba a los pobres. Le advertí a Chacopino, para que no se hiciese ilusiones, que hacía muchos años que no venía por allí a pedir pan, y a saber quién andaría ahora al frente del negocio. No estaba yo muy seguro de que nos fuesen a atender, pero como teníamos hambre, nos acercamos a probar suerte. Desde luego, los que nos atendieron no me conocían de nada ni yo a ellos, pero enseguida se percataron de nuestra hambre y un hombre con cara de haber visto mucho mundo nos dio un par de barras. Me pareció que lo hizo para evitarse problemas. Chacopino y yo nos comimos las barras calle adelante. Antes de llegar a casa, por supuesto, lo habíamos terminado.

14 de agosto de 2006

El sábado en Orihuela nos había ido fatal y el domingo por la mañana le propuse a Chacopino que nos fuésemos a casa de mi tío, un hermano de mi padre, y le contásemos el problema, que andábamos sin dinero y sin comida y con mucha hambre. Y para allá que nos fuimos. Resultó que mi madre me andaba buscando y había venido hasta Orihuela preguntando por mí. Se había venido desde Alicante a buscarme. Mi padrastro tenía coche y la había traído. Habían estado en casa de mi tío y le habían dejado el recado de que volviese pronto a casa. No sé si se pasarían por lo de mi padre. Desde luego, allí no había rastro de nosotros, salvo que nos encontrasen durmiendo. El consejo de mi madre de volver a casa no me pareció

tan mala idea. No era por obedecerla, sino por lo mal que lo estaba pasando, sin el apoyo que esperaba de mi padre y con un hambre del copón. Creo que fue mi tío el que nos dio dinero para volver en tren. Y decidimos regresar aquella misma tarde del domingo. También nos había dado de comer. Antes de irnos, volvimos a lo de mi padre. Yo aún tenía la esperanza de poder hablar con él para que me dejase vivir allí. En casa me lo encontré, pero tenía prisa por irse. -Yo quería hablar contigo, le pedí. -Mañana, que tengo mucha prisa. -No te irás a emborrachar otra vez. -No, ya no bebo. Pero no le creía. Es la última conversación que tuve con mi padre. Cuando, al cabo de unos años, volví a verlo, él ya no podía hablar. Me daba mucha pena dejarlo allí solo, en aquella casa, y me puse con mi amigo a limpiar. Me acuerdo todavía que le barrí todas las habitaciones y se las fregué. En un barreño que había en el patio rompí todas las botellas que había por allí. El barreño se quedó lleno de cristales y la casa con un poco mejor vista. Ahora que pienso, mejor hubiera sido tapar con las botellas los agujeros de ratas que había por las habitaciones. Aquellas huras aún me producen pesadillas.

22 de agosto de 2006

Tomás, Toni y yo habíamos salido una tarde con los amigos a comernos la mona de Pascua. Tomás nos llevó a todos a una vieja cantera abandonada, no muy lejos del barrio. Todavía quedaba por allí maquinaria. Nada más llegar a la cantera nos pusimos a jugar con una especie de cinta transportadora que, aunque no funcionaba, mi hermano Tomás sabía sacarle partido. Subiendo y bajando por aquella especie de tobogán nos pasamos media tarde.

Cuando nos entró el hambre, nos subimos a un montón de grava y, como no hacía mucho sol, sacamos allí mismo la mona que llevábamos en la bolsa y nos pusimos a merendar. Después todavía estuvimos jugando un rato al escondite y a la patada al bote. Nos movíamos por los alrededores de la cantera. Hasta que vimos a tres guardias civiles que iban a caballo. Nos asustamos, pues no sabíamos si se podría jugar allí, pero mi hermano Tomás los saludó con cara de tonto y los guardias nos preguntaron: -¿Vosotros no habréis visto pasar a un hombre sin afeitado y de muy mal aspecto? Mi hermano contestó por todos que no habíamos visto nada. Y los guardias se fueron y nosotros seguimos a lo nuestro, hasta que empezamos a notar que estaba oscureciendo y nos entró miedo. Entonces Tomás nos dijo a Toni y a mí que volvíamos para casa. Los demás amigos también se fueron, cada uno por su lado. Pero muy cerca de casa, a la entrada de la cueva donde se había caído Toni, vimos a un hombre que estaba como escondido. Observamos que respondía a las características que habían descrito los guardias. Cuando se dio cuenta el hombre de que lo habíamos visto empezó a amenazarnos. Los guardias se habían ido de los contornos y nosotros teníamos miedo, así que nos fuimos corriendo para casa. La casa familiar es el mejor refugio contra el miedo.

28 de agosto de 2006

El ejercicio de memoria a que me obliga la escritura llena mi cuerpo de una dulzura pocas veces experimentada por mí. Los recuerdos me asaltan como tesoros, como maravillas olvidadas. Recuerdo ahora a aquel pequeñajo

que era yo (con el pelo moreno, que cada invierno pasaba unas fiebres que me producían una calentura en el labio, motivo de risa para mi hermano Tomás) y no quisiera alimentarme de otra cosa, mientras penosamente empujo mi silla de ruedas camino del ascensor. Tomás tenía unos años más que yo y era muy guapo, rubio y de ojos azules. Yo siempre andaba con él. Cuántas tardes no nos habremos ido hasta el palmeral de San Antón. Era el campo que más me gustaba de Orihuela. Tomás se había subido muchas veces a las palmeras, era una ardilla. Pero aquella tarde, lo recuerdo muy bien, algo le pasó que se cayó desde lo alto de la palmera. No sé si sería por el susto o por el golpe, el caso es que de aquella caída tampoco se mató, pero se levantó del suelo apestando. La caída había sido espectacular, pero el espectáculo posterior fue de traca. Los amigos se reían de Tomás, deslomado y atufando, pero yo, repuesto del susto, me enfrentaba a los que hacían las burlas, y eso que era un enano más pequeño que todos ellos. Y acompañé a mi hermano hasta casa, que no estaba mi madre, y Tomás pudo cambiarse de ropa. Se quitó los calzoncillos y hasta el pantalón, cagados, se duchó bien y se puso ropa limpia.

29 de agosto de 2006

Yo tenía una foto de mi padre joven. Durante muchos años, en mi adolescencia, la llevé encima y me la sé de memoria. He perdido la fotografía, pero su imagen se ha fijado indeleble en mi memoria. Aquella foto era del año 52, lo recuerdo, y en ella aparece mi padre con su hermano. Los dos suben las escaleras del ayuntamiento de Orihuela, no sé qué irían a hacer allí. Mi querido padre iba

bien arreglado, tenía muy buena planta y estrenaba traje o poco menos, la camisa blanca, la corbata muy correcta, con el pelo cortado a cepillo y bien peinado hacia atrás. Mi padre le pasaba el brazo por el hombro a su hermano, con el traje más claro. Lo que más destacaba de los dos eran, sin embargo, sus zapatos de charol negros. Aquellos zapatos subían las escaleras para ser vistos, brillaban para todo el pueblo. Mi padre tendría a lo sumo veinte años por entonces. Y no bebía.

5 de septiembre de 2006

¡Cómo me gustaría no tener en la memoria otra imagen que esa foto! Aquel traje le sentaba como un guante a mi padre, y los zapatos de charol eran una decoración. Sin embargo, la imagen más recurrente que guarda de él mi memoria viste una camisa amarillenta sin uno o dos botones, siempre por fuera del pantalón, el cuello grande y siempre manchado y roto, y un pantalón de tergal también roto casi siempre, lo mismo por el culo que por la parte de los bolsillos, y calza unas zapatillas azules con la suela blanca y la cordonera con nudos, que ya casi no le da para hacer la lazada. Esta es la imagen que recuerdo, la de sus últimos años, allí, en la casa donde yo me crié y se criaron todos mis hermanos. Fueron unos pocos años de su vida que terminaron por borrar al deslumbrante joven de los zapatos de charol y al padre responsable que fue durante mucho tiempo. Lamento no haberlo conocido en aquel tiempo, cuando el traje le sentaba tan bien. Mis tíos me han dicho que era un hombre trabajador y muy eficiente. Y mi abuelo me decía que nunca paraba quieto, que siempre estaba con la vieja bici

de acá para allá, buscando trabajo y trabajando. Cada vez que pienso en aquel padre tan trabajador y tan guapo me entra la locura de no haberlo conocido y quererlo, sin embargo. Un buen hombre que mantenía con orgullo a sus hijos y a su mujer, y que fue aniquilado por el alcohol. El alcohol marcó para siempre la vida de toda su familia.

6 de septiembre de 2006

Estoy asombrado. No hay como azuzar a la memoria para que, por fin, te regale tesoros, agradecida. Tanto me esfuerzo estos días por recordar que he ganado una imagen fantástica de familia, la imagen de mi padre en traje a mi lado, maqueado como un señor. Fue así, un Viernes Santo en la procesión de las cofradías, en Orihuela. Ese día mi padre no trabajaba. Cuál no sería mi sorpresa cuando mi madre, recién terminados de comer, nos dijo, y delante de mi padre, que esta noche nos iríamos todos a la procesión. Yo no tendría ni siquiera cuatro años y lo recuerdo ahora como si lo estuviera viendo. A Toni le llevo dos años y todavía no andaba, lo llevaba mi padre en brazos. Mi padre ayudaba por entonces a mi madre a arreglarnos. Cuando terminaron con nosotros se metieron en su cuarto y se pusieron muy guapos. El traje gris de mi padre es lo que mejor recuerdo, con camisa blanca y corbata negra. Y los zapatos, limpios y brillantes de betún. Mi madre también iba bien guapa, con blusa y falda y zapatos de tacón. Cuando dieron las cinco o las seis salimos todos de casa y mi padre cerró la puerta con llave. Y para allá que fuimos toda la familia. Tengo pocos recuerdos de los cuatro hermanos juntos, José Antonio, Tomás, yo y Toni, el más pequeño. Este es uno de ellos,

casi el único. Teníamos que ir hasta la puerta del ayuntamiento, que estaba lejos de nuestro barrio. La madre había guardado en el ayuntamiento unas sillas pintadas de verde con el lacito amarillo. Mis padres, nada más llegar, cogieron las cuatro sillas y las sacaron a la acera, junto a la calzada, en un buen sitio para ver los pasos. Yo creo que aquellas sillas eran alquiladas, pero no sé, allí estaban para nosotros, para mis padres y mis hermanos mayores. A mi hermano Toni lo llevaba en brazos mi padre y a mí me sujetaba mi madre o me dejaba sentarme en sus piernas. No había silla para mí. Todavía tardaron un poco en venir los pasos. Al fin apareció una banda de música tocando. A continuación vimos pasar a los nazarenos. Algunos de ellos llevaban velones encendidos, pero otros iban cargados de caramelos, lo cual es bien raro en una procesión de Semana Santa, pero a los niños nos hacían felices. Un nazareno vestido de morado, con su capirote color negro y también con velón, que iba fuera de la fila, fue el primero que me llenó los bolsillos de caramelos. Luego pasaron más, la cofradía de tal y la de tal, y siempre había algún nazareno que me daba más caramelos. El último fue uno, vestido de blanco y rojo, de otro paso, que no llevaba la capucha puesta porque se le había roto y estaba intentando arreglársela para volver a la fila. Pues antes de volver todavía me dio un montonazo. Allí estuvimos hasta que terminó la procesión. Al final, mi madre ordenó a mi padre que guardase las sillas otra vez dentro del ayuntamiento. Serían las doce de la noche cuando cogimos el camino de vuelta. Todavía me duran aquellos caramelos, tuve para muchos días, pero lo que más me dura es la imagen de mi padre trajeado, protector, tranquilo, bueno.

12 de septiembre de 2006

Mi madre, ante la dificultad para sacar adelante a la familia, propuso a José Antonio, el hijo mayor, que se fuese a trabajar a Barcelona. El que lo largó fue mi padre, pero quien se lo propuso fue mi madre. Yo era muy pequeño y no me enteraba de nada, pero un día José Antonio desapareció de la familia. José Antonio tendría en aquel momento catorce años y se fue a Barcelona, a la vendimia, un momento del año con trabajo abundante para todos. Yo no sé si mi hermano mandaría alguna vez dinero a casa, pero nunca volvió. Y en Barcelona vive. Su mujer es andaluza, había llegado a Barcelona a trabajar por los mismos años que mi hermano. Mi hermano estuvo de pensión en casa de sus padres y terminó ligándose-la. José Antonio nunca ha tenido un trabajo fijo, una temporada trabajaba en las bodegas del cava y otra de peón en la construcción. A mi hermano siempre le ha gustado trasnochar y beber, su herencia de padre. La verdad es que no sé cómo mis padres llegaron a la decisión de enviarlo a Barcelona solo, con lo pequeño que era.

19 de septiembre de 2006

Estaba un día en la plaza cambiando cromos con un amigo, cuando me vio Jaime y se acercó corriendo. Jaime era un chico mayor que yo, pero un chico normal, nada camorrista. Venía a contarme que había visto a mi padre en el bar de Diego borracho como una cuba. Pero mientras me lo decía no paraba de reír. Yo le oía y sentía como una impotencia, como un vacío, por no saber qué hacer o qué decir. Sentía mucha vergüenza y disimulaba, hacía como que no escuchaba, pero Jaime no paraba de hablar

y de reírse. E imitaba a mi padre en el bar. Se ponía delante de mí haciendo burla y contaba lo que había visto. Decía que Diego le servía un vaso de vino y que los otros clientes que acompañaban a mi padre, cuando él se descuidaba, le vaciaban el vaso detrás de la barra y que mi padre se quedaba perplejo delante del vaso vacío y pedía otro a Diego, que se lo ponía. Y que así llevaban de pitoreo a su costa toda la tarde, riéndose de él. Jaime lo contaba también con guasa y burla y eso era lo que más me dolía y me desarmaba. En aquel momento quería desaparecer. No sé, quería partirle la cabeza a aquel chico y desaparecer. Pero Jaime era mayor que yo y me podía. Sólo hice que borrarne. Me fui para casa lleno de vergüenza y de rabia.

26 de septiembre de 2006

Mi madre, ella sola no podía sacarnos adelante. Su hijo mayor, José Antonio, se había ido a Barcelona, pero su marido iba de mal en peor. Y pensó que tal vez lo más sensato sería irnos todos para Alicante, donde había más oportunidades para ella, pues contaba con un hermano que la ayudaría. Su hermano, mi tío Pepe, se había ido unos años antes y tuvo la suerte de montar un bar, El Guapo, en el barrio de La Tómbola, que le iba bien. Con el tiempo el bar El Guapo se hizo muy conocido en la zona. A mi padre esto de irnos para Alicante no le hacía mucha gracia, pero lo tuvo que aceptar, pues mi madre también lo hacía por él, para que cambiase de amigos, encontrase trabajo de una vez y dejase de beber. Mi madre fue la primera en marcharse y los primeros días estuvo viviendo en casa de su hermano. Pero muy pronto consi-

guió alquilar un piso, pues su idea era traernos a todos con ella. Y a los primeros que trajo fue a los hijos. Creo que corría el año setenta y dos o setenta y tres cuando mi madre, nada más venir a Alicante, nos ingresó en un colegio de monjas a mi hermano Toni y a mí. Aquel colegio era de beneficencia, una especie de orfanato. Tomás se libró porque ya tenía casi catorce años y pronto encontró trabajo. El Hogar de José Antonio se llamaba aquello. Mi madre vivía en el barrio de Los Ángeles con Tomás, que por fin encontró trabajo en una serrería.

27 de septiembre de 2006

Yo creo que mi madre no estaba muy convencida de traerse a mi padre para Alicante, pero al fin, pasado un tiempo después de traernos a nosotros, se lo trajo a él. Mi madre tenía la esperanza de que dejase de beber, pero mi padre siguió igual que en Orihuela. Mi padre se instaló en el piso y mi hermano Toni y yo, a veces, los fines de semana, salíamos del internado e íbamos con la familia. Volvíamos a ser una familia. Yo estaba deseando que fuese sábado para salir del colegio y coger el autobús que nos llevaría hasta el barrio de Los Ángeles donde vivíamos. Pero resultó que mi padre, en Alicante, siguió igual que en Orihuela o incluso peor. Lo recuerdo en una cafetería que había al lado de nuestra casa diciendo tonterías y haciendo reír al dueño y a todos los parroquianos. Todos se reían de él. Y no sólo era en ese bar. Frecuentaba todos los bares del barrio. De hecho, en el barrio lo conocían por su nombre: -Ahí viene Pepe, el borracho, decían. Todavía recuerdo una noche que Toni y yo lo estuvimos buscando por los bares y lo encontramos completamente

bebido. Mi madre estaba trabajando y no podíamos entrar en el piso y lo buscábamos para que nos dejase las llaves. Las manos le temblaban y le costaba encontrarlas en el bolsillo. Pero no solamente bebía. Recuerdo que más de una vez la tenía con mi madre, y siempre era por celos. Cierto que mi madre terminó encontrando a otro hombre, pero eso fue más tarde, cuando ya no vivía con mi padre. Mi padre no tenía motivos para tenerla con ella, que era la única que se preocupaba de nosotros. Pero mi padre se enfurecía y terminó pegándola un día. Hasta ahí aguantó mi madre. Se lo dijo muy claro : -En esta casa ya no hay sitio para ti. Y lo echó para el pueblo. Un fin de semana, cuando Toni y yo volvimos del Hogar José Antonio, ya no estaba mi padre con nosotros.

3 de octubre de 2006

El Hogar José Antonio era un internado llevado por monjas. Los niños estábamos separados de las niñas. Había otro edificio dedicado al parvulario, y otro más, que no estaba muy lejos y era residencia de ancianos. A las mujeres acogidas las tenían por la zona de la enfermería. Aquello era lo que parecía, un complejo para perdedores. En medio de todos los edificios, cerca de la puerta de entrada, donde estaba también la oficina de recepción, había una pequeña capilla. Allí nos llevaban todos los días, no sólo los domingos y días festivos, a oír la misa, eso decían, a oír la misa. Las monjas encargadas de llevarnos a misa, si veían que te quedabas mirando a alguna chica, se acercaban a ti y sin avisarte te daban un pellizco a traición, justo lo que se llama un pellizco de monja. A mí me pellizcaron más de una vez. Yo entonces era muy peque-

ño, tendría entre nueve y diez años. La primera vez que me confesé en aquel sitio, fui a la capilla con otro compañero. El cura estaba dentro de una caseta de madera que parecía una jaula y yo me puse de rodillas delante de la rejilla. Y confesé el único pecado que había comprendido que allí era vergonzosísimo. No me salían las palabras. Confesé que las chicas me traían de culo. Me escuchó y, sin más explicaciones, el cura me mandó rezar diez padrenuestros y diez avemarías. Respiré al fin y me fui al lado del compañero, que estaba sentado en un banco cerca del confesionario mirando, supongo, a la virgen María. Nos cambiamos el sitio y yo me quedé rezando. Todavía estaba con el primer padrenuestro y pasaron dos chicas, acompañadas de sor Adelina, la monja más fina de dedos, la que tocaba el armónium. Las miré arrodillarse ante el altar y observé que una de ellas tenía la falda un poco corta y que se transparentaba. No había mucha luz para distinguir esto o aquello, pero yo me quedé pasmado. Y la monja me pilló mirando con la boca abierta. Se levantó con tanto disimulo que no me enteré. Se acercó y la muy estúpida me dio un pellizco que me hizo chillar. Después de haberme confesado, volvía al pabellón de los chicos con el mismo pecado sobre mi conciencia.

5 de octubre de 2006

En el pabellón vivíamos cien chicos y había un único vigilante durante las veinticuatro horas. El día que nos tocaba don Ramón era un mal día. Don Ramón era un sádico y su vara de fresno era su órgano del placer. Nunca se separaba de la vara. Jugábamos en un patio bastante amplio rodeado de columnas de cemento, y al lado

derecho estaba el comedor. Allí teníamos que entrar los cien niños. Estábamos tan apretados, cuatro por mesa, que sólo podías respirar sin empujar. La mesa del vigilante estaba al principio, junto a la cocina donde las monjas preparaban la comida. Los días de entre semana solían ponernos lentejas o habichuelas o garbanzos. Solamente nos ponían un arroz muy bueno los domingos o días festivos de comida especial. Y a veces hasta arroz con leche, con su canela y todo, o manzanas asadas. Don Ramón siempre te amargaba el arroz. Si empujabas a un compañero, porque empujabas. Si te habían empujado, por dejarte empujar. Siempre había alguien que la tenía con alguien y siempre terminaban los dos marcados por la vara de fresno de don Ramón. Te machacaba las manos o las piernas, según el día. O te ponía de rodillas con las manos en cruz y te marcaba el culo. Tenía recursos. Lo peor era cuando la bronca se montaba en la fila de a uno, obligatoria para entrar al comedor. Entonces cobrábamos todos del fresno hasta que aparecía el que se había colado, que terminaba el último y deslomado. Y lo mismo ocurría en el salón de la tele. Cualquier bronca en aquel salón, que también eran frecuentes pues eran muchas las cabezas que tenías delante, se resolvía con la vara silbando sobre nosotros, enfriando el aire. A mí don Ramón me hizo temblar de miedo más de una vez. Un día me hizo juntar las yemas de los dedos y me golpeó con el fresno en las dos manos con toda su fuerza. Había nacido para pegar a niños. No tenía perdón.

10 de octubre de 2006

Gracias a dios que no todos los vigilantes tenían

estos modales. Don Ramón te pegaba tanto que te hacía temblar de miedo. Sin embargo, había otros que no eran tan duros. Especialmente don Vicente, un buen hombre de carácter afable. Cuando estaba don Vicente más de uno sí merecíamos ser castigados, porque abusábamos de su bondad. Pero don Vicente nos toleraba la indisciplina y nunca castigaba. Yo, de hecho, cuando estaba él, me solía escapar del colegio. Don Vicente se hacía el loco y no decía nada. Yo me iba por la acera adelante lo menos a quinientos metros, hasta un quiosco de golosinas, y después de comprar pipas y chicles volvía a entrar por la misma puerta. Era una puerta de hierro que solía estar abierta para los camiones que traían al centro los víveres y yo aprovechaba esta circunstancia para escaparme. El vigilante no me podía ver porque estaba a cargo de más puertas, pero yo sólo me escapaba cuando estaba don Vicente, porque a don Vicente no le tenía miedo. Ni se me ocurría salir en el turno de don Ramón. Cuando nos íbamos a dormir (dormíamos en la parte alta del pabellón y el dormitorio estaba dividido en tres partes, una para los de nueve y diez años, otra para los de once y doce, y la tercera para los de trece y catorce), el vigilante dormía con nosotros. El primer año yo dormí en el dormitorio de los pequeños. Más de uno se meaba en la cama y aquello era de pesadilla. Yo no me meaba porque me levantaba e iba al servicio, pero los que se meaban era porque tenían miedo a recorrer los pasillos oscuros. Cuando estábamos todos los pequeños en la cama tapados, se podía ver a don Ramón dando una vuelta por entre las camas con la vara de fresno. La imagen de la vara te quitaba el sueño. Nos levantábamos a las ocho y el que se había meado (o vomitado, que siempre era así, siempre había alguna víctima)

recibía una paliza en la misma cama. Silbaba la vara y se la oía tanto al menos como los gritos de don Ramón insultando al crío. Tipos como don Ramón destruyen a un niño. Cuando no estaba don Ramón había buenos momentos también en el dormitorio. Un día de fútbol, el vigilante estaba viendo la tele, yo dormía en el dormitorio de los medianos y unos cuantos chicos empezamos a pegarnos con las almohadas. Armamos tal bronca que yo no he visto otra como aquella ni en las películas. Me lo pasé como nunca en mi vida. No nos cansábamos de reír, de brincar y de pegarnos.

11 de octubre de 2006

Ese día estaba don Ramón, y unos chicos de entre once y doce años la tuvieron antes de acostarse. Uno podía ser Vicente, el Cordero, pero el otro era Jaime, el Chorizo. Se estaban pegando porque el Cordero tenía unos cromos debajo del colchón y habían desaparecido. Al Chorizo, su vecino de cama, el Cordero lo había visto con alguno de los cromos que ahora echaba de menos. Y no hacía falta más para darse. Por la noche los descubrió don Ramón pegándose. Fue corriendo por el pasillo y los pilló enzarzados. Sacudiendo la vara de fresno que tenía en la mano, se dirigió al Cordero: -¿Qué? ¿Con ganas de recibir? El chico contestó medio llorando y asustado que el Chorizo era un ladrón que le había quitado unos cromos que tenía debajo del colchón. El Chorizo se defendía: -No me has visto, no puedes decir que yo te los he robado. Y el Cordero repetía: -No hace falta que te vea, te he visto con ellos esta mañana. Don Ramón no se conformó con separarlos. Al Cordero le dio una tunda que no paró

hasta que se refugió debajo de la cama. Era la primera parte, porque le hizo salir de su refugio y continuó con más saña. El Chorizo, que lo estaba viendo, de pronto dejó de verlo. Desapareció. Y lo más asombroso: nadie lo había visto desaparecer. El miedo nos soltaba la lengua a todos y, si alguien le hubiera visto esconderse, se habría chivado. No recuerdo ya dónde se escondería, pero no apareció hasta el día siguiente, cuando don Ramón dejaba el trabajo, en el cambio de turno. Así fue como el Chorizo se hizo mi héroe. Cuando escribo novelas del oeste, él es siempre mi prota. Cuando nos levantábamos, a las ocho, lo primero que hacíamos era la cama. Cuando ya estábamos preparados nos bajaban a misa. Y después, muertos de hambre, al comedor a desayunar. Siempre nos ponían café con leche y a veces nos daban unas galletas. Dependía del día, porque había días que nos daban rosquillas o un bollo. Yo me hice amigo del Chorizo y muchos días, antes de desayunar, nos escurriamos hasta la cocina y nos colábamos en un cuarto que había antes de llegar a los fogones, donde dejaban los paquetes de rosquillas y bollos que sobraban después de poner las mesas. Cogíamos todos los bollos que podíamos. El Chorizo se guardaba los bollos para merendar, pero yo me los comía por la mañana. Algunas veces mi amigo se ponía a vender los bollos en el recreo y sacaba unas perras. Algún domingo nos daban chocolate con churros en el desayuno y mangábamos los churros que sobraban.

17 de octubre de 2006

Por el tiempo en que Toni y yo coleccionábamos los cromos que salían en los Tigretones, por entonces ya éra-

mos externos y dormíamos en casa. Continuábamos yendo al colegio del Hogar José Antonio, pero no vivíamos bajo la vara de don Ramón. Por aquel tiempo todavía era yo el que defendía a mi hermano cuando se metía en líos con algún compañero, se acostumbró a pedirme ayuda. Mientras pude, siempre estaba dispuesto a sacarle de líos. A veces tuve que pegarme con algún chico por su culpa y lo hacía sin vacilar. Toni venía a buscarme, aunque yo estaba en otra clase, y con la mano me señalaba al culpable. Yo iba directamente al chico y lo cascaba antes de que llegara el vigilante y me largaba por donde había venido. En el Hogar había un zapatero remendón, el señor Felipe, que era muy tocón. Le gustaba meter mano a las chicas. Yo solía escapar a la hora del recreo y me pasaba un buen rato con el zapatero en su cueva, mirando cómo trabajaba, clavar las suelas con el martillo o cortar el material con una cuchilla afiladísima. Oía bien la cola. Y digo que era tocón porque una mañana, yo estaba con él, lo vi tocándole el culo a una chica pequeña que había ido a arreglarse el zapato que acababa de romper en el recreo. Yo que lo vi metiéndola mano, hice como si no viera nada y, pasado un rato, me volví al patio del recreo. La chica se quedó allí, esperando el zapato. Yo veía estas cosas y tomaba nota. En aquel colegio creo que no aprendí nada, nada absolutamente, salvo estas lecciones del señor Felipe. Entonces coleccionaba cromos, pero nunca he dejado de coleccionar. Ahora colecciono billetes de lotería sin premio. Para mí es importante poder tener algo en la mano que tenga una historia que contar. Por ejemplo, he llegado a coleccionar monedas y billetes, chapas de botellines que rebuscaba en los bares, llaves inútiles. Disfrutaba completando los álbumes de cromos. Los guardaba en una caja

que sólo yo podía abrir. Mis colecciones es lo único que he tenido mío en toda mi vida, lo único verdaderamente mío. Y, como es lógico, todas las he ido perdiendo. Para los que me asisten, esas colecciones son simples incordios en la habitación.

19 de octubre de 2006

Una tarde, en el Hogar José Antonio, jugaba con un interno a los bolinches, haciendo tiempo para entrar en la escuela. Ya era externo por entonces y jugaba con trampa. Y con trampa le gané los cuatro bolinches que tenía. Al perder el último, se enfadó mucho conmigo diciendo que era un tramposo, cosa que ya sabía yo. Pero no se conformó con tener razón y me dio una bofetada. Entonces sí que nos enganchamos los dos en una pelea a cuerpo limpio. Yo le puse el pie por detrás y lo tiré al suelo. Lo tenía a mi merced cuando llegó el vigilante de los internos y nos separó. Yo estaba muy serio, pero el otro, llorando, le dijo a don Vicente que yo era un tramposo. Y don Vicente me miró, lo miró, decidió que había que proteger al otro porque era el más débil y me hizo devolverle los cuatro bolinches. No se lo reprocho, don Vicente era un hombre justo. Me quedé pensativo en el banco de piedra del patio. Cuando al cuarto de hora o así tocaron el timbre para entrar a la escuela, comencé a sentir un gran cansancio y mareo de cabeza, mucho malestar. Creí que sería debido a la pelea que había tenido un momento antes y, como estaba frustrado, me dio por hacer fuchina. Cogí la puerta y me largué por el patio de los párvulos, que a las tres estaba vacío. Me fui en dirección a la enfermería del centro. Cerca de allí, a la derecha, atendían a mujeres de pocos

medios. Algunas de ellas estaban embarazadas. Bajando una escalera se alcanzaba una puerta que daba a la calle. Antes de salir por esta puerta, en un cobertizo que había allí mismo me dio por echarme a causa del cansancio. Desde las tres hasta las cinco me lo pasé dormido y, al despertarme, no estaba mejor. Aquel cansancio y aquel sueño me resultaban muy extraños. Cuando me desperté, salí de allí y caminé durante unos dos kilómetros. Antes de llegar a mi barrio pasé por la Residencia Sanitaria y recordé lo del sueño, porque no era normal que yo me hubiese quedado dormido así. Llegué a sospechar si no me habría sentado algo mal. Cuando por fin llamé al portero automático, mi madre me abrió. Subí hasta el cuarto piso por la escalera con mucha fatiga. Abrió en seguida y yo, todavía con la cara de susto, le conté lo que me había sucedido. Mi madre estaba preparando la cena.

24 de octubre de 2006

Mi madre dejó, preocupada, lo que estaba haciendo cuando le conté lo de mis molestias y mi dormida. Las molestias desaparecieron al día siguiente, pero mi madre estaba intrigada porque también le había contado que tuve mareos. Cuando a los pocos días volvieron los síntomas mi madre me llevó al médico y terminamos en la consulta de un neurólogo. A lo largo de mi vida he pensado muchas veces en aquella primera visita. Recuerdo que hasta aquel día yo había hecho lo que me daba la gana, todo lo que no puedo hacer hoy. He llegado a sentirme muy defraudado por la vida. La vida que nos ha tocado a algunos es injusta. Otros, sin embargo, merecedores de desgracias por su maldad, la vida los trata de maravilla. Lo

peor de todo fue que, a pesar de estar yendo al médico como un par de años o más, no daban con la causa de mis problemas. Aquel médico era un buen neurólogo, pero el diagnóstico no parecía sencillo. Me pregunto muchas veces cómo será la vida de los afortunados, qué tienen que a mí me faltó. Siempre he sentido mi ataxia como algo ajeno a mí y tal vez nunca asumí mi naturaleza por eso, lo que dice Andrés Mencía. En ocasiones, jugando con mi hermano Toni, pensaba por qué entre cuatro hermanos me tuvo que tocar a mí la ataxia. No sabía por entonces cuales serían los síntomas futuros o hasta qué grado podría afectarme aquello. Como niño que era, me preguntaba por qué mis hermanos jugaban, corrían y llevaban una vida normal y yo no. La diferencia me hacía sentir mal porque no tenía posibilidad de hacer lo que ellos hacían. Y me preguntaba por qué yo, que había nacido como ellos, estaba padeciendo esta limitación. Me acostumbré a llamar enfermedad a lo que me pasaba, pero ahora comprendo el error, pues no se está enfermo treinta años. Es otra cosa. Mi madre era la que me llevaba de médicos, pues era la única que se preocupaba de mí. Y gracias a eso terminé en la Residencia de la Fe, de Valencia, y allí pusieron nombre a mi problema. O a mi diferencia, no sabría decir. Allí estuve ingresado durante un mes y pude hacer amigos. Pero siempre que estaba hablando con alguno me llamaban para hacerme otra prueba. Recuerdo que me pinchaban con una aguja en los pies y me daban electricidad. Los análisis de sangre eran diarios. Después de este mes de pruebas fue cuando oí hablar por primera vez de ataxia de Friedreich. A mí no me lo comunicaron directamente. Se lo dijeron a mi madre. A los pocos meses ya lo sabía yo, pero nadie me dijo por entonces que era una

enfermedad (o síntoma o naturaleza) progresiva y altamente invalidante. Ya adelanté que el padrastro me maltrataba. Cuando mi madre le informó sobre lo de mi ataxia, desde aquel mismo día dejó de pegarme.

25 de octubre de 2006

El día que mi madre me llevó por primera vez al médico mi vida cambió, pero no para bien. Hasta entonces, yo me había sentido una persona como otra cualquiera. No tenía ni idea en aquel momento de lo que me esperaba ni sabía a qué respondían aquellos síntomas que me hacían tan singular. Repito que lo de la ataxia lo supe unos años más tarde. Los pasos vacilantes de mis piernas me producían inseguridad y me preguntaba qué me pasaría. Cuando salía con los amigos del colegio me sucedía algo extraordinario y raro. Siempre iba detrás del grupo, apoyándome en las paredes para caminar. Sentía que no era normal aquello en un chico como yo, pero no le daba importancia y recuerdo que disfrutaba con ellos de la calle y de la libertad. O sea, que a pesar de estar tomando pastillas y haciéndome análisis en ayunas y mareándome a la vista de la sangre y pese a perder el equilibrio, yo continuaba yendo a mi rollo y haciendo mi vida. Por aquel entonces el maestro del Hogar José Antonio me sacó el mote de Gallina. Como me temblaban las piernas al andar y apenas podía correr, yo pasé a ser Alfonso, el Gallina. Su inteligencia no daba más de sí. Después de terminar quinto curso, no me quiso pasar a sexto con los demás compañeros. Y el motivo fue que aquel maestro faltó de luces decía que yo era un demente. Era un maestro muy aburrido y muy pasmado, bastante viejo y muy serio. Solía cas-

tigarnos de rodillas con los brazos en cruz. A mí, cuando no hacía los deberes, me solía pegar y me ponía frente a la pizarra de rodillas. Cuando llegó junio no me quiso pasar de curso y me mandó con los párvulos. Allí estuve, con una monja que era la maestra, durante otro año. Ayudaba a la monja en clase con aquellos críos. Que me llamasen el Gallina no me gustaba, pero acabé aceptándolo porque todos en el colegio teníamos un mote. Pero que aquel maestro me separase de todos mis amigos del curso, que se iban a otro colegio, y me dejase en el Hogar con los párvulos (y sobre todo su argumento de que yo era un demente), todo eso me sentó muy mal. Incluso me separó de mi hermano Toni, que ya estaba en mi curso porque era muy inteligente y lo pasó también a sexto el mismo año que me mandó a mí con los párvulos.

26 de octubre de 2006

Una tarde había quedado con un amigo y no fui al Hogar. Su abuela tenía una tienda de chucherías y venían a comprar golosinas las chicas del Primo de Rivera. Yo me quedaba pasmado mirando a las chicas. Algunas ya estaban tremendas y otras no tanto. A todas me quedaba mirando como un bobo. Lo malo era que el desfile se terminaba en diez o quince minutos porque empezaban las clases a las tres y mi amigo y yo nos aburríamos sin ese aliciente. Cogió mi amigo una baraja que tenía por allí y empezó a repartir. La ansiedad del juego siempre seca la boca, y la abuela tenía en la tienda cartones de vino. Abrí uno y comencé a beber un poco. A mi amigo no le importaba. Como la sed no remitía me dio por seguir bebiendo. O sea, que sin darme cuenta terminé yo solo el tetrabrik.

Cuando quise irme de la tienda, mi amigo ya se lo olía. De hecho, empezó a reírse. Terminamos la partida aburridos sin duda, pero la diversión venía ahora. Serían más de las cinco cuando nos despedimos y mi cogerza era lamentable. En la cuesta abajo, camino de la parada del autobús, la acera se me quedaba pequeña y mis pies terminaban dando la vuelta en medio de la calzada. Para haberme atropellado un coche. Cuando el bus llegó a la parada del barrio me bajé totalmente mareado y me eché a dormir en un jardín, a unas manzanas de casa, en el césped, y allí estuve durmiéndola por lo menos hasta las tres de la madrugada. Cuando me desperté y vi que era tan tarde me asusté. Aún me quedaba caminar un poco hasta casa. Para mi desgracia me encontré con Joaquín, el padrastro, que iba a trabajar en el camión del pescado. -Tira para allá, que cuando vuelva del trabajo ya arreglaremos cuentas. Todavía me alcanzó un pescozón. Cuando llegué a casa, mi madre me abrió la puerta y me dijo, muy enfadada y chillando: -¿Pero te has vuelto loco? Con el sueño que yo tenía, me fui a la cama sin contestar. A la hora de comer volvió el padrastro del trabajo y se puso a zurrarme sin mas preámbulos. Me dio bien. Y como remate no se le ocurrió otra cosa que castigarme sin salir sábado y domingo. Yo no aceptaba su autoridad pero tuve que quedarme en casa. Estos golpes de autoridad que se permitía conmigo nunca pude aceptarlos. Nunca le quise al padrastro. Sentía mucho odio hacia él porque, simplemente, no era mi padre. Se las daba de hombre, pero no era más que un pobre ignorante. No me castigó una vez, sino muchas. Todo esto, en vez de apaciguarme, me producía mucho rencor y mucha rabia. A veces pienso que el comportamiento del padrastro, si no causa de la ataxia, sí era fuente

de malestar en mí, me envenenaba. No puedo decir que fuera consecuencia de ello, o de las desgracias de mi infancia y de mi familia, pues éramos cuatro los hermanos y sólo yo he desarrollado esta sintomatología, pero algo tuvo que ver sin duda.

31 de octubre de 2006

Una noche en el barrio estaba jugando con los colegas. Jugábamos al bote y me tenía que esconder. Es de las primeras veces que sentí que no podía correr, que las piernas no me hacían caso, y lo recuerdo muy bien. Estaba perdiendo la habilidad de andar. Hasta entonces notaba que no andaba bien, que no calculaba bien los pasos. Aquella noche me di cuenta de que lo mío iba en serio. Cuando el compañero le daba la patada al bote, todos teníamos que salir corriendo. Yo lo había hecho miles de veces, pero en aquel momento las piernas no me respondían y no pude esconderme como yo hubiera querido. Conseguí ocultarme cerca del bote, tras un camión, que iba a ser el primer lugar donde miraría el colega que tenía que buscarnos. Y allí me pilló, por más que yo intentaba ocultarme lo mejor que podía. Si nadie le daba otra patada al bote me tocaría a mí buscar a todos en la próxima ronda y sería un desastre con mis piernas en semejante estado. Un compañero lo consiguió y tuve otra oportunidad de esconderme algo más lejos. A pesar de ello, me tocó palmar. Ahora yo tendría que correr a recoger el bote, traerlo al círculo y buscar a todos los colegas. Pero no podía hacerlo, mis piernas no me respondían. Tuve una sensación de impotencia tremenda, no podía seguir el juego. Yo, que amaba la calle más que a mí mismo, descu-

bría que no podía jugar con los compañeros. Lo que más me afectaba era esto, ser diferente, no ser capaz de correr como ellos. Y nadie se iba a parar para llevarme de la mano. La vida comenzaba para ellos. Para mí empezaban los problemas.

2 de noviembre de 2006

Iba mucho con Toni por los alrededores de Campoamor, a la zona de los pisos viejos. Entrábamos en las casas abandonadas y, más que a robar, nos dedicábamos a explorar. Una vez entramos en una casa saltando una valla que no parecía llevar mucho tiempo cerrada. Y lo primero que encontramos fue el coche, lleno de ropa, de un vendedor del mercadillo de Campoamor de los sábados, que nosotros ya conocíamos. Pues no quisimos joderle el negocio y no desvalijamos nada. En cambio, encontramos también, dentro de la casa, una mesa con muchas clases de herramientas y yo me cogí algunas. Cuando oímos que alguien abría la puerta, los dos salimos de najas saltando la valla, pero yo no abandoné mis herramientas, aunque nunca supe bien para qué podrían servir. Entrábamos en muchas casas. La que mejor recuerdo era una con el cristal de una ventana roto. Por aquel hueco nos colamos mi hermano y yo. La ventana daba a un cuartito con el piso de madera, muy diferente al terrazo de las casas que habitábamos nosotros. Del cuarto aquel se salía por una puerta que daba a la oscuridad más absoluta. Toni se atrevió a cruzarla, mientras yo buscaba la luz. Por fin encontré un interruptor que encendía la lámpara. La sorpresa fue mayúscula: aquella oscuridad escondía una biblioteca, las paredes llenas de estanterías repletas de

libros. Era la primera vez que yo veía libros amontonados de semejante manera. Y tuve una reacción salvaje, brutal. Comencé a destrozar todo aquello con rabia, como si los libros me estuviesen diciendo algo desagradable, como si me estuviesen insultando. Disfrutaba rompiendo aquellas hojas y aquellas tapas. Estuvimos encerrados en la biblioteca como una hora o más y dejamos aquel lugar lleno de papeles, todos los libros rotos e inservibles, o casi todos. Este se puede decir que fue mi primer contacto con los libros. Aún mi hermano Toni recogió algunos y se los llevó para casa, para leerlos.

7 de noviembre de 2006

Juanito y Fernan tenían la cabeza rapada porque las monjas del Hogar José Antonio les habían encontrado piojos en el pelo. Vivían en el casco antiguo de Alicante, en una casa con mucha pobreza. Serían cerca de las cinco y a los tres, Juanito, Fernan y yo, nos dio por acercarnos al colegio Primo de Rivera, hartos ya de perder el tiempo en el Hogar. Íbamos a esperar a Toni, que salía a esa hora, y a los demás compañeros que estudiaban allí. En el Hogar sólo estudiábamos hasta quinto, y a Toni las monjas lo habían matriculado allí para que continuase con el graduado escolar. Al llegar al Primo de Rivera, vimos en el patio a una chica de unos doce años que también esperaba a una amiga. Yo me acerqué a ella y, con muy mala intención, le eché mano al culo, agarrándole la falda: -Si te mueves, te arranco la falda. La chica se asustó tanto que no se movió ni gritó para pedir ayuda. Aquella sensación de poder me gustó y seguí con la mano en las nalgas durante unos minutos, hasta que dieron las cinco en

punto y comenzaron a salir los chicos de las clases. Entonces retiré la mano y nos fuimos los tres a la otra punta del patio. Seguía pensando en la carne prieta de la niña cuando nos encontramos con Toni y decidí seguirla hasta su casa. Los amigos se fueron para sus barrios y Toni y yo nos quedamos solos. Seguíamos a la chica por la otra acera, ella iba por la derecha y nosotros por la izquierda, unos metro detrás. Se había despedido de su amiga y giró por una calle a la derecha que tenía sólo una acera. Nosotros nos retrasamos otro poco y la seguimos hasta el barrio de la Residencia Sanitaria. Pudimos ver en qué bloque se metía. Decidí esperar un poco, por ver si volvía a salir, y Toni estuvo de acuerdo. Nos quedamos allí, apoyados contra un coche, unas dos horas. Mi hermano ya estaba aburrido cuando la volvimos a ver. Yo no me aburría, me estaba convirtiendo en un furtivo. La niña salía con una botella de vino vacía y se dirigió a una bodega que no estaba lejos. Compró vino dulce, lo supe cuando le quitamos la botella y bebí un poco. Para volver a su casa tenía que pasar junto a una casa abandonada. En ese momento mi hermano se adelantó un poco y empujó a la chica dentro de la casa. La chica gritaba pero Toni tenía más fuerza y la pudo meter en la casa. Cuando ella, del susto, soltó la botella, yo la cogí y me acerqué más. Quería meterle mano, tocarle las tetas, que apenas nacían, y el culo. Me moría de curiosidad. Mi hermano la tenía agarrada con las manos a la espalda y con la mano izquierda le tapaba la boca para que no gritase mientras yo la palpaba. Y en estas que nos vio un chico mayor que nosotros desde la acera de enfrente y empezó a gritar. Soltamos a la chica, nos fuimos hacia la trasera de la casa, saltamos una valla y salimos corriendo hasta perder de vista el barrio. Era la

primera chica a la que yo me atrevía a meter mano y la sensación de fuerza y de poder me hacía sentir bien.

8 de noviembre de 2006

Al día siguiente, recordando lo que había hecho a la chica, les propuse a mis amigos que nos fuéramos al Castillo de San Fernando. Por aquel parque pasaban muchas chicas del instituto y podríamos aprovecharnos. En el Castillo vimos a una chica con pantalones. Tendría unos quince años. La asaltamos, quitándole el poco dinero que traía y, de paso, yo conseguí meterle mano y estuve magreándola durante unos minutos. Los demás también metían mano, que qué blando está esto, que qué buena estás, y la chica nada más hacía que llorar: -Por favor, dejadme ir. La buena suerte que tuvo fue que un compañero suyo del mismo instituto vio lo que estábamos haciendo y empezó a gritarnos desde lejos. Y corría hacia nosotros. Como se acercaba mucho, echamos a correr hacia los pisos que estaban más cerca para perderlo de vista por las callejas. El chico llegó a la altura de la chica pero no se paró, sino que siguió corriendo detrás nuestro. Aprovechamos la ventaja que teníamos, sin embargo, y lo perdimos de vista entre las casas.

9 de noviembre de 2006

Juanito, Fernan, Toni y yo íbamos mucho por el Castillo de San Fernando. Un día, desde lo alto del cerro, observamos a un grupo de chicos que pasaban la tarde jugando tranquilamente. A los cuatro nos dio por tirarles piedras. A alguno ya le dimos con la primera andanada,

pues oímos cómo se quejaba a gritos. Nosotros estábamos arriba y no corríamos peligro. Ellos no podían tirarnos y nosotros no paramos de lanzarles hasta que todos se escondieron. Alguno intentaba aún subir la cuesta, pero nosotros le quitábamos las ganas a pedradas. Esto a mí me gustó, disfrutaba como nunca de mi poder. Y al día siguiente convencí a todos para repetir. Subimos al cerro Tosal con precaución. Los mismos chicos estaban jugando en el mismo sitio y nosotros volvimos a apedrearles. Los habíamos vuelto a sorprender, pero ellos habían aprendido la lección. Se escondían de nuestras pedradas mientras subían al cerro. Cuando nos dimos cuenta ya estaban encima de nosotros, en mejor posición. Mi hermano y los otros echaron a correr. Pero yo no corría, mis piernas me fallaban. No me obedecían. Me intenté esconder detrás de unas rocas, en un desmonte, y allí estuve por lo menos cinco o diez minutos con la esperanza de que se fueran los chicos que habían tomado el cerro. Pero uno de ellos terminó por encontrarme y empezó a cascarme. Yo me defendía y él solo no podía sacarme de allí. Entonces fue a llamar a los compañeros, que ya estaban bajando el cerro. Aproveché para huir como pude (correr ya me resultaba imposible) por una carretera que había cerca, entre los coches. Así los perdí de vista. Los amigos me habían dejado tirado.

14 de noviembre de 2006

Hoy, catorce de noviembre de 2006, martes, declaro que me he pasado este último fin de semana rebozado en mi propia mierda, en la cama. ¿Que por qué?, me pregunta Andrés. Te lo explico. No me suelo cagar encima. O

sea, alguna vez me lo hago porque no me aguanto y no consigo mantener cerrado el esfínter, no me doy cuenta. Me ocurre muy de tarde en tarde, una vez al mes o así. Pues el sábado me lo hice encima durante la siesta y llamé a control. Vino una cuidadora a los cinco minutos y pedí que, por favor, me pusiesen en el servicio porque tenía ganas de hacer más. -Ya estás manchado, Alfonso, mejor será que continúes haciéndotelo en la cama y luego te cambiamos, cuando hayas terminado., razonó ella. -No, quiero hacerlo en el wáter, es donde tengo que hacerlo, razoné yo. Pero se fue y volvió con su compañero a las cinco. Volví a pedirles, ahora a los dos, que me pusieran al servicio, pero ellos insistieron en que me lo hiciese en la cama, pues ya estaba manchado. Y yo volví a insistir que quería hacerlo en el wáter. Volvieron a irse, para levantar a otro residente, y a los cinco minutos estaban de vuelta. Repetí que quería que me pusiesen en el servicio para continuar cagando. No me hicieron caso, me cubrieron con la sábana y se largaron de la habitación. Y no volvieron hasta las siete y media. Entonces fue cuando me negué a que me limpiaran y me levantaran. Esta del sábado era la segunda vez que me negaba a levantarme en semejante estado. La primera vez que tuve bronca por la misma razón o parecida fue un día de turnos normales, un día de entre semana, no durante el finde, que los turnos se adelgazan. Hará seis meses de esto. Otra vez ocurría que, sobre las tres, me daba un dolor de tripa y terminaba haciéndomelo en la cama. Me puse de lado para hacerlo mejor y llamé a control. La cuidadora vino al poco y le informé. Ella me respondió que ahora estaba ocupada porque tenía a otro residente en el servicio, y que a las cinco me cambiaría, al levantarme de la siesta. Me resigné

a esperar, puesto que no había más remedio. Pero el caso es que mi habitación está cerca del control y estuve oyendo a los cuidadores de charleta desde las tres y media hasta las cuatro y media. A esa hora se marcharon a levantar, supongo yo, al que estaba en el servicio. Y entonces fue cuando vinieron a limpiarme. Fue cuando me negué a levantarme. Desde las tres y cuarto, que se lo pedí, habían tenido tiempo más que de sobra para cambiarme, pues no tardan en hacerlo ni cinco minutos. Cuando a las diez entró el turno de noche, entonces permití que me cambiaran. En realidad me cambiaron a las once, cuando terminaron de acostar a toda la planta. ¿Que por qué no me dejo limpiar? El perjudicado soy yo, ya lo sé, en la cama toda la tarde, echado sobre mi propia mierda, pero ¿qué hago ?, Andrés, ¿qué hago yo para que mis asistentes me respeten ? Andrés contesta a esta pregunta, que no es retórica, sino de pura desesperación, diciendo que pruebe a escuchar las razones de mis asistentes y a valorar su trabajo, y que haga un esfuerzo, de paso, por entender sus problemas. ¡Sus problemas! Vaya respuesta. Pues lo de este fin de semana ha sido peor todavía, difícilmente puedo entender hoy sus problemas, que me han tenido dos días rebozado en mierda. Los que entraron el sábado en el turno de noche se negaron a cambiarme, pues el trabajo era del turno anterior. Y lo mismo hicieron los del turno del domingo por la mañana. Fue el domingo por la tarde que me bañaron por fin y me levantaron de la cama a cenar, los mismos que habían creado el problema, a eso de las siete y media. ¡Y Andrés todavía se extraña de que esté tan desesperado! Me pregunta si estoy escarado. ¡Pues no, no lo estoy!

16 de noviembre de 2006

Ayer, día quince de noviembre, de bronca con Andrés toda la tarde ante el ordenador. Y hoy, de bronca también. Andrés opina que no soy ni inteligente ni justo en mi relación con los cuidadores, que no valoro su trabajo como se merece y que me quito la razón las veces que acierto con mis críticas a su trabajo por montar broncas sin motivo suficiente más de una vez. Y me recuerda la silla en la ducha, la barandilla en la cama o la silla eléctrica que me han quitado, en su opinión, todas ellas broncas sin motivo. Incluso duda de que tenga razón en lo del fin de semana pasado, pues ha oído a enfermeros del hospital Severo Ochoa afirmar que los pacientes que allí reciben del CAMF llegan muy bien atendidos. No quiero discutir más, sólo reseñar algunas cosas que he recordado mientras porfiaba con Andrés. Por ejemplo, le he contado cómo nos tratan cuando llega la hora de comer. Tú estás en un pasillo, en recepción, en la cafetería, en cualquier parte que estés, si es la hora de comer, se acerca a ti un cuidador y, sin decirte nada, empuja tu silla y te lleva al comedor. Ocurre que estabas hablando con alguien, lo mismo da que sea importante o no, el cuidador te empuja y te deja con la palabra en la boca. Y esto ocurre tres veces al día a las horas de comer, pero que no haya teatro u otra cosa en el salón de actos, que te empujan para allá sin ni siquiera preguntar si quieres asistir y dejarán a tu interlocutor tirado como una colilla. El cuidador empuja tu silla como si empujase una carretilla, te trata como si fueses la aspiradora. Al desayuno yo suelo llegar unos diez minutos después de abrir el comedor, pues con la silla manual me muevo muy despacio, ¡y ellos me han quitado la silla eléctrica! Pues cuando llego a mi mesa todavía espero quince

minutos, y a veces veinte, hasta que algún cuidador viene a servir, ¡y eso a pesar de que alguno está allí mismo mano sobre mano! A la hora de la cena, a veces me toca una cuidadora que siempre llega tarde y comienza a darme la cena a toda leche. Un día, al cabo de cinco cucharadas, me descuidé un poco y se me dobló la cabeza. Cuando la levanté de nuevo observé que la cuidadora me había quitado el plato ¡y no había comido ni siquiera la mitad! Entonces protesté, pero con un ¡mierda! bien alto que oyó todo el comedor, y preguntando por qué me había quitado el plato. La cuidadora, sin decir ni media palabra, se fue y me dejó sin cenar. Al día siguiente hablé con la responsable. Yo creía que el incidente estaría solucionado pero, para sorpresa mía, dos o tres días después me sucedía esto: habían puesto para cenar algo parecido a caldo de pollo y me tocó la misma cuidadora. Sin decirme ni media palabra, volcó el plato en un vaso y pretendía que me bebiese la sopa del vaso. Por supuesto que volví a protestar y a gritar ¡mierda! Gracias a que al lado había otra cuidadora que vio lo que había sucedido, porque la cuidadora que me estaba dando de cenar ya se había marchado. Ella volvió a verter la sopa en el plato y tuvo la delicadeza de dárme la con la cuchara. Pues todavía dice Andrés que esta relación de hechos narrados es ambivalente, pues junto a cuidadores malos los hay buenos. Ya, pero yo estaré gritando ¡mierda! mientras pueda, e incluso gritaré cuando ya no tenga fuerzas para hacerlo.

28 de noviembre de 2006

Estábamos en casa y le propuse a mi hermano ir al rincón a fumar un cigarro. Bajamos y, al rato, en la parada

del bus encontramos a un colega. Sin cortarse ni un pelo, el colega sacó la cucharilla y la papelina y se puso a calentar el chute en la misma marquesina, con gente en la cola esperando el bus. Y se ató la goma al antebrazo derecho, se buscó la vía, se clavó la jeringa y se pegó el chute. Lo había hecho allí delante, con la gente casi encima. A los pocos segundos se le puso una cara de felicidad envidiable, como si estuviese en otro barrio de la ciudad en vez de en esta acera cutre. Le pregunté qué tal le iba y él me respondió: -Pues aquí flotando, tío. Y nos ofreció un pico a mi hermano y a mí. Yo, que no estaba muy convencido de las virtudes de la heroína, lo rechacé. A Toni no le parecía tan mala la idea, pero como yo no quise, dijo que pasaba de picarse. Cuando vino el autobús, mi hermano y yo nos largamos y el colega se quedó allí. Toni no sabía que el colega ya había pasado por el talego y por la Residencia, con sobredosis. Se lo conté de vuelta a casa. A Toni le gustaban los porros más que a mí y me ponía nervioso que hubiese vacilado cuando el otro nos ofreció el chute.

29 de noviembre de 2006

A nuestra madre le vendíamos lo que mangábamos. Esta vez había sido un pantalón y con la pasta que nos dio nos fuimos a la discoteca. Allí nos encontramos con la peña. Era la primera vez que entrábamos en la disco. Ponían música de Los cuarenta principales y yo, apoyándome en la pared para mantener el equilibrio, me puse a bailar. Bailaba solo, no me comí nada, pero me lo pasaba en grande. En un momento que me arrimé a unos asientos donde había una pareja pegándose el mortero, el chico

me echaba de allí porque no quería mirones. No le hice caso y seguí mirando. El chico se revolvió y me tiró el vaso que estaba bebiendo. No me acertó, pero el muy loco se me echó encima. Cuando llegó mi hermano Toni ya me había dado varias hostias. Al tipo yo le conocía. Andaba con una banda de chorizos que lo mismo pegaban tirones a las viejas que asaltaban a peatones descuidados o robaban coches. Los focos nos volvían locos. A la puerta, un chico nos había ofrecido unas pastillas que llevaba envueltas en papel de aluminio. Algún colega sin pasta preguntó el precio. "Una libra, y el bote, dos talegos", contestó el chico. Alguien pidió cinco pastillas. Y detrás de él, habíamos comprado todos los que teníamos dinero. Mi hermano compró cuatro, que los pantalones no daban para más. Yo sólo compré dos, y me parecía demasiado. Cuando las tomé, me sentí como un príncipe. Tenía la boca tan seca que no hacía más que beber cubatas, ya era un hombre de verdad. Del colocón, empecé a alucinar y a creerme que todas las chicas eran mías y que, además, babeaban. El miedo se había ido y me enrollaba con todo el mundo. La vergüenza había desaparecido. Al final, todos los demás tuvieron su rollito. Yo fui el único que no pilló cacho.

30 de noviembre de 2006

Se me notaba que andaba muy inseguro y por eso que en las discos no ligaba. Las chicas se reían de mí, pensaban que estaba borracho. Después de tantos años, ya perdono a estas chicas que me daban calabazas. Tampoco podía seguir a los colegas, que a veces me dejaban atrás, por ejemplo, de vuelta a casa si no venía Toni, que no solía

hacerlo. Yo pasaba de ellos, aunque pienso que eran unos puñeteros por no tener más consideración conmigo. Cuando alguien de la peña proponía ir por Galerías Preciados a mangar, pues se olvidaban de mí porque les daba corte acompañar a un cojo, no querían que la gente fuese a fijarse en ellos por mi tembleque. Por supuesto que yo no podía correr si nos descubrían mangando, pero esto para ellos tenía menos importancia porque al que cogerían sería a mí. Me dejaban solo muchas veces y yo me sentía mal. El abandono me producía un rencor sordo que no era capaz de expresar. Solía estar callado como un mudo y este silencio me aislaba todavía más. A pesar de todo, salí con ellos mucho tiempo, bien a Galerías, a chorizar, o al barrio chino, a pillar droga. Una vez, en un bar de alterne, vi a una profesional hacerle un servicio a un tío, hasta que se fueron a terminar a un reservado. Por las tabernas, los camellos, tipos ya maduros, nos ofrecían costo más barato. En una ocasión, buscando pastillas, un tipo se metió la mano al bolsillo y nos ofreció un tripi. Preguntamos el precio y nos dijo que a talego la estrellita. No teníamos mucho dinero y le compramos dos. Era la primera vez que iba a tomar LSD, aunque a mí me tocó medio tripi, pues éramos cuatro a repartir. Yo comencé con las pastillas, pero después de un rato, por ver si mejoraba la noche, me metí el medio tripi. El subidón fue sensacional, pero de a poco, y yo era un tipo muy macho y muy guapo en medio del harén. Los amigos se enrollaban con aquellas tías, aunque esta vez no eran tan redondas, como si tuviesen la cara deformada, y yo miraba. Tampoco pillé cacho, aunque estaba pedo total. Cuando por fin bajé del pedal, las piernas me continuaban temblando y seguía siendo el mismo desgraciado.

12 de diciembre de 2006

Era fiesta en el barrio y había feriantes. Estábamos la peña sentados en un banco escuchando la música de la noria y los gritos de la tómbola. Cerca de nosotros vimos a la banda del Moni en los coches de choque. El Moni era hermano del Mono, un mangui que había estado varias veces en la cárcel y al que controlaba la policía. El Moni, de repente, se metió en un citroen que acababa de dejar con las llaves puestas un tipo que había bajado a llamar por teléfono en una cabina. El hombre se dio cuenta de que había volado su coche antes de terminar la llamada. Salió de la cabina, dejó el teléfono colgando y se puso a gritar: -¡Ese hijo de la gran puta! Los compañeros del Moni, al loro en la pista de los coche de choque, se estaban partiendo. Se iban a correr una buena juerga mientras durase la gasolina del depósito. Me quedé impresionado. Cuánto no hubiera dado yo por subir a aquel coche en el lugar del Moni. Me lo hubiera pasado de pelotas. Siempre deseaba hacer lo que veía hacer a mis compañeros y que yo no podía. Lo que deseaba de veras, en realidad, era ser uno más entre mis amigos y hacer lo que ellos hacían. He soñado hasta con ser el número uno de la peña. Lo hubiera sido si no me hubiesen fallado las piernas. Yo era un buen mangui, y aunque no hice muchas fechorías, en alguna ya participé. En fin, el único coche que manejaba yo era aquel coche de choque, donde terminamos por fin los colegas. Y ni siquiera, pues lo conducía Toni.

13 de diciembre de 2006

Una tarde, estaba en el bar del barrio viendo jugar a

los colegas (no tenía pasta) y se presentó el Moni con un R-5. Nos invitaba a dar una vuelta. Aceptamos todos menos uno, que tenía que recoger a su hermano a la salida del cole, y nos fuimos hasta el centro de Alicante, y después por el campo de fútbol del Hércules, donde estaba puesta la feria. De repente, nos pitó un coche que venía detrás de nosotros. El Moni se las sabía todas y se percató en seguida de que se trataba de la secreta. Dejó que nos rebasasen y, haciendo un trompo, se giró en dirección contraria y salimos a toda leche por donde habíamos venido. Pero la pasma no perdió el rastro, aunque por fin el Moni metió el coche entre las caravanas de los feriantes, paró y cada cual salió del coche en un pispás. Yo lo hice lo más rápido que pude y mis compañeros ya había desaparecido cuando conseguía meterme debajo de una roulotte. Pero tanto ruido había hecho que salió el dueño. No se le ocurrió mirar debajo del vehículo y allí estuve más de un cuarto de hora descansando y reponiéndome del susto. Salí por fin, más tranquilo y más discreto, preguntándome qué habría sido de los colegas. Me dirigí hacia el barrio y cuando llegué al rincón del bloque, allí estaba el Moni con los tres de la pira. El Moni llevaba ahora un chándal completo nuevo, y los otros la sudadera, también nueva. Lo acababan de mangar. Decididamente, mis amigos vivían más deprisa que yo. Me daban envidia. Lo que no hubiera dado por ser uno de ellos y poder correr. Me sentía un desgraciado, no era más que el espectador de las hazañas de los compañeros.

21 de diciembre de 2006

Supe que mi padre había sido ingresado en Alicante,

en el hospital San Juan de Dios, cuando el agravamiento de su enfermedad ya era alarmante. Cada día que pasaba se ponía peor. Cuando fui la primera vez a verlo, estaba con él su hermano de Orihuela. Me impresionó mucho el gotero del suero. Lo vi tan débil, postrado en la cama. Pero es que también le habían tenido que practicar una traqueotomía porque se ahogaba, y ya no podía hablar. Al verlo tan impedido sentí mucha tristeza y temí que fuera a morir. En el fondo, yo siempre lo he querido mucho, siempre fue mi padre. Sentía mucha pena, aunque ya me había acostumbrado a vivir sin él. En aquel momento, sin embargo, era como si el cielo se me viniese encima. Iba solo al hospital la mayoría de las veces. Mi madre sabía que mi padre estaba ingresado, pero no quiso saber nada de él. Lo mismo que Tomás y Toni, que tampoco iban a verlo. Mi madre trabajaba y tenía poco tiempo libre, y los hermanos también. Pero yo iba todos los días a verlo. Me puse de acuerdo con mi tío para quedarme también por las noches, que por aquellos días aún podía valerme un poco. Con unas gasas le limpiaba la mucosidad que expulsaba por la herida de la tráquea. A veces me echaba en la otra cama que había en la misma habitación, cuando no estaba ocupada, pero no podía dormir porque casi toda la noche me la pasaba limpiándole. Parecerá mentira, pero para mí aquellos fueron momentos de felicidad. El simple hecho de estar con mi padre y poder ayudarlo me hacía sentirme satisfecho. Me sentía tan feliz que me daba la risa, como si no me lo terminase de creer. Fue muy breve, sin embargo, este reencuentro. Se lo volvieron a llevar para Orihuela y yo temía que se muriera. Todavía hoy no comprendo por qué mi tío no fue capaz de avisarme cuando se lo llevaron. Ni siquiera me avisó, más tarde, de

su fallecimiento. Supe que había muerto por mi hermano José Antonio, el de Barcelona, cuando volvía del entierro en Orihuela. A él sí le había avisado mi tío. Ni mi madre ni Tomás ni Toni se habían interesado por mi padre cuando estuvo ingresado en Alicante y nadie los avisó. Y a mí tampoco. Me hubiera gustado ir a su funeral, pero nadie se molestó en decirme nada. José Antonio me contó que, en su tumba, como mi padre no tenía medios, sólo pusieron una cruz con su nombre.

2 de enero de 2007

Estos días de Navidad son más tristes que alegres. Me vienen a la cabeza las viejas Navidades en el pueblo, llenas de un cariño caliente como el tazón de chocolate que tomábamos los domingos. Los malos momentos también me acompañan, están ahí como la caja de cerillas que usas para quemarte las yemas de los dedos. Los días que me encuentro más solo me lleno de angustia. Me siento muy solo. ¿Por qué me tocó esta clase de vida, que no entiendo? Y, además, sin la silla eléctrica, estoy condenado. Me la quitaron y ahora ya no puedo llevar ninguna vida, soy como el pájaro sin las alas. Hoy mismo he decidido dejar de vender lotería, le tenía un poco harto a Manuel Herrera. Me siento igual que el preso entre sus cuatro paredes. Sólo cuatro paredes para mí. Un preso tiene una vida más divertida que la mía. Estas Navidades me deprimen. Las familias se reúnen y se abrazan. ¡Cómo echo de menos los abrazos de mis hermanos! Aquella noche del 24 de diciembre fue especialmente oscura y fría en la casa de mis abuelos Alfonso y María. Tenían un brasero debajo de la mesa que por la noche, en un descuido,

quemó las faldillas, pero la cosa no pasó del susto. Del pavo asado me tocó una parte del muslo, por lo menos éramos catorce a la mesa. Estos momentos son parte de mi vida y de mi cuerpo, nada que ver con la tristeza y angustia de los días presentes. Siempre o casi siempre me rodea ahora la soledad. Ni siquiera tengo ganas de gritar o protestar. Tengo compañeros que se pasan estos días tiritando. El frío no nos abandona. Durante unas Navidades murió de frío en Alcuéscar Lisa, a quien tanto he querido. Nadie, ningún familiar, ningún amigo, nos viene a dar calor. Frío y soledad, así es nuestra vida. Saray se los ha pasado estos días en el hospital y los médicos han dicho que ya no podrá comer sino con la sonda. Y con la sonda ha comenzado a comer tres veces al día en mi propia mesa, en el comedor. Saray es mi amiga. Y Rosa se ha pasado las fiestas en la cama, en su habitación. No sé si habrá tenido visitas, pero me temo que ningún familiar haya venido. Así son las Navidades para los que estamos residiendo en este maldito centro, que más que residencia es una lata de conservas donde vives mal conservado. Y otra nota: Juan Manuel Zaragoza murió ayer mismo, a la hora que nacen los primeros niños del año, al poco de las uvas y de la media noche. En el hospital Severo Ochoa. Juan Manuel Zaragoza es un genio, un pintor genial y un escritor genial. Era marino y perdió las dos piernas y sabía vivir y sabía desesperarse.

3 de enero de 2007

Mi hermano Toni, con catorce años, comenzó a trabajar en el bar Penique, en el puerto pesquero. Él salía de casa a las siete de la mañana y yo me quedaba en la

cama. Muchas veces era yo el que tenía que despertarlo, sin embargo. Por entonces ya nos habíamos cambiado a los pisos de COVENSA y vivíamos en un bajo. Toni no se enteraba cuando llegaba el coche del hijo del jefe, que venía a recogerlo, y yo me acercaba hasta su habitación y lo llamaba. Mi madre ya había muerto. Un día, Toni no volvió del trabajo. Era él quien me ponía la comida, pero dieron las tres y las cuatro y no volvió. Luego me enteré de que, al salir del curro, se había ido con un colega por el puerto y echaron el ojo a una chupa de piel muy chula que había en un coche. Se les ocurrió hacerse con la chupa y, de paso, pillar también el radiocaset. Mi hermano abrió la puerta con una ganzúa que él mismo se había fabricado, cogió la chupa y se la puso. El amigo se tiró por el radiocaset y en ese momento pasó la lechera. La pasma los vio dentro del coche y ellos salieron de najas, pero los polis los adelantaron y los esperaron. Cuando iban más confiados, la pasma cayó sobre ellos. Los engancharon a los dos y terminaron en la cárcel. Aquella tarde me había quedado sin comer, pero lo peor fue no saber nada de mi hermano en varios días, hasta que un colega se molestó en pasar por casa para avisarme. Yo fui el que se lo dijo al padrastro. Tomás ya no vivía con nosotros. Menos mal que, a la semana de ser detenido, mi hermano estaba en la calle otra vez.

4 de enero de 2007

Siempre tuve buen rollo con mi hermano Toni. Se preocupaba por mí, siempre estaba al quite. Una vez, estaba yo sentado en las escaleras del mercadillo y un gilipollas me metió la pava del cigarro por el cuello de la camisa. Mi

hermano Toni estaba cerca tomando una caña y le conté lo que había pasado. Sin decirme ni una palabra busco al tipo y le dio una mano de hostias que lo dejó marcado. Me sentía protegido con él, más seguro. Aquel mamón, por ejemplo, no volvió a meterse conmigo, ni siquiera volvió a dirigirme la palabra. Toni entraba y salía del talego y, un día que la poli lo enchironó (lo supe por mi tío, que había ido a visitarlo), le dijo a mi tío que no quería que yo apareciese por la cárcel. Es una prueba, siempre lo he creído así, del cariño y respeto que sentía por mí. Otra vez que lo detuvieron, lo primero que dijo al poli fue que tenía un hermano inválido y que tenía que ir a hacerle la cena. Esto lo supe por un colega, que se lo habían dicho en la comisaría.

9 de enero de 2007

Cuando la peña me dejaba solo, los sábados por la tarde, yo me metía en el cine. No era caro, cualquiera podía pagarse una entrada. Estaba viendo una peli de amor, no recuerdo el título. Me sentaba en el centro del patio de butacas, los asientos eran muy cómodos, la pantalla se veía muy bien desde aquella fila. Un hombre se sentó en la butaca de al lado. Cuando la pantalla se oscureció, el hombre aquel comenzó a meterme mano. Con su mano derecha me buscaba la bragueta. Mi primera reacción fue de sorpresa, no me podía creer que aquello me estuviese pasando a mí. Pero el caso es que me gustaba que me acariciase y me quedé quieto. Él continuaba con su trajín y yo le dejaba. Consiguió que me corriese en unos minutos. No me lo podía creer, un hombre ya mayor jugando a esos juegos con un crío como yo. Cuando ter-

minó la peli pude hablar con él. El hombre decía que yo le gustaba y quería quedar conmigo para otro sábado. Estuvimos viéndonos durante tres semanas consecutivas, los sábados en la sesión de tarde. Según me contó, trabajaba en una fábrica de colchones. Yo le preguntaba si tenía pasta, porque se veía que era un hombre elegante, pero me contestó que no era rico y me aseguró que no estaba casado. Una de las veces que nos vimos me invitó a ir a otro cine en San Vicente, a unos kilómetros de Alicante. Íbamos en el coche y el tipo me soltó que tenía ganas de darme por detrás. Yo le contesté con miedo, pues no quería cortar con él, que aún era muy pronto y que no me iba a gustar. Vimos la peli en paz y Juan, que así se llamaba el tipo, volvió a meterme mano. Y me propuso quedar para el sábado siguiente en el cine del barrio donde nos habíamos conocido. Yo acudí al colega, a Chacopino, y le conté todo lo que me estaba pasando. Chacopino me propuso que le diésemos un palo al ligue el próximo sábado. Tendría que llevarlo a un descampado cercano al cine, junto a la fábrica de Danone y Chacopino nos sorprendería dentro del SEAT-132 y reduciría a Juan con un pincho. Pero el sábado Juan no se presentó y no volví a verlo nunca más. Al recordar a aquel hombre me vuelve la alegría de los años de la adolescencia, cuando mis piernas aún me sostenían y podía caminar por el mundo. Viví con él unos sábados en que no estaba tan solo. Con aquel hombre no me sentía desgraciado. Al menos alguien se interesaba por mí. Ahora me alegro de no haber llegado a robarle a Juan.

10 de enero de 2007

Mi sexualidad comenzó a despertar entre los once y doce años. La primera vez fue así, y no fue con una chica. Nos conocíamos desde niños. Carmelo era mi vecino. Vivía en la planta baja y yo en el cuarto. Era muy rebelde, sus padres no podían meterle en cintura. Nos veíamos mucho y nos hicimos amigos muy pronto. Al principio de conocernos, Carmelo cuidaba de su hermano pequeño. Un día, jugando al fútbol, sufrí una caída. Carmelo se acercó a mí y me acarició la pierna. Pero era muy sinvergüenza y no se paraba en la pierna sino que me acariciaba también los huevos y la pistola. Era la primera vez que alguien me metía mano y aquello me gustaba. ¿A quién no le gusta una caricia? Como yo no opuse resistencia, cuando terminamos de jugar, me llevó a un lugar más retirado. El jeta de Carmelo se echó en el césped y se bajó los pantalones y me propuso a mí que hiciese lo mismo y que me tumbase a su lado. La cosa no quedó en tumbarnos juntos sobre el césped y en pelotas. Llegamos mucho más lejos. Yo nunca había tenido fantasías sexuales de esa clase y no sabía qué hacer, pero Carmelo estaba ya de vuelta de esas batallas. Él era quien llevaba la iniciativa. Se encargó de excitarme hasta que consiguió que le penetrara. Para mí fue algo maravilloso, una sensación inolvidable. Aquello había que repetirlo. Cuando llegó el momento de que Carmelo me penetrara a mí, vimos a un hombre que se acercaba donde estábamos tumbados. Asustados, nos levantamos como locos y salimos corriendo. Yo todavía podía correr, aunque con esfuerzo. Llegamos a las inmediaciones de nuestro bloque y, cuando paramos de correr estuvimos sentados un rato en un desmonte. -Me tocaba a mí darte por culo. -Mejor así, que a mí no me gusta que me den. Nos veíamos con frecuencia y alguna otra vez ya

lo hicimos, pero yo no me dejaba penetrar. Un día estábamos la peña en el bar y Carmelo y yo nos escaqueamos. Nos fuimos juntos a los servicios y allí, por fin, me dejé y Carmelo lo intentó. Yo no me dejaba penetrar porque estaba convencido de que no me gustaría. Sin embargo, aquella sensación que inundó todo mi cuerpo fue muy agradable. Aunque muy corta, porque otra vez que nos interrumpieron. Cuando Carmelo comenzaba la penetración, un amigo que nos había seguido, encaramado en la pared del servicio, nos estaba mirando. Carmelo y yo nos asustamos y salimos de allí corriendo. El resto de la peña continuaba con las máquinas. La sorpresa fue cuando comprobamos que el colega no se había ido de la lengua. Nunca dijo nada a nadie de lo que había visto. Mi hermano Toni estaba allí, sentado con todos, y a lo mejor esto le cortaba. A los pocos días lo volvimos a intentar Carmelo y yo. Esta vez fue en el campo, en unos desmontes. Fui yo el primero que se bajó el pantalón y, con el culo al aire, esperé a que la función comenzara. Carmelo se desnudó y se echó encima de mí con la intención de penetrarme. Pero esta vez sentí un dolor tan agudo que casi me mareo y tuve que apartar a Carmelo. Le expliqué lo que me había ocurrido y él me dijo que por qué lo rechazaba. Se enfadó de veras. Yo le expliqué que me había hecho daño, pero no se convenció. Aquella vez fue la última. Ya no volvimos a repetirlo.

11 de enero de 2007

Buscaba a las tías, pero las tías pasaban de mí, que yo no hacía lo del Santo Tomás de Aquino de Velázquez, que rechaza a las tías y hace manitas con los muchachos

más bellos de la pintura universal -el cuadro está en el museo diocesano de Orihuela. Los tíos me buscaban a mí. Una tarde me fui a Galerías Preciados con la intención de mangar un cuchillo eléctrico para mi madre que me había gustado. En la segunda planta, me entraron ganas de mear y me fui al servicio. Allí dentro había un tío que se estaba lavando las manos. Me puse a mear y, cuando terminé, me largué de allí. No me había alejado mucho cuando vi que el mismo tipo había salido detrás de mí y me seguía. Me puse a curiosear y, para estar más seguro de que me seguía a mí, bajé a la primera planta. El tipo también bajó, me estaba siguiendo. Continué por las escaleras hasta la planta baja y él no me perdía de vista. Sospeché que sería un vigilante y salí a la calle por la primera puerta. Al momento el tipo también salió y se dirigió hacia donde yo estaba. Me dijo que si quería irme con él a pasar un buen rato. Con la intención de sacarle algún dinero, le pregunté cuánto estaría dispuesto a pagar, pero me contestó que no tenía dinero. Lo miré mejor y le dije que si no me pagaba no me interesaba irme. Al día siguiente, desde el bus, vi al mismo tipo en las escaleras de una plaza del centro de Alicante enrollado con otro chico, que también llevaba gafas como él. Nunca supe por qué los tíos se fijaban en mí, pues cada vez yo andaba más torpe.

23 de enero de 2007

Le había mangado a mi madre unas quinientas pesetas que tenía en el monedero y se lo dije al Titi, que me lo encontré en el rincón. El Titi era un colega y me propuso que nos diésemos un paseo a caballo. Él conocía un pica-dero donde los alquilaban, que estaba en las afueras de

Alicante. Alquilamos dos, el suyo era más rucio y el mío, más ruano. Yo había montado en burro algunas veces en Orihuela y no tenía miedo. Estuvimos dando vueltas por el cuartel de Rabasa y en un momento del paseo (cruzaba una acequia el sendero que seguíamos con los caballos y el mío saltó el regato) estuve a punto de caerme. Pero a pesar del susto, encima del caballo me sentía como una persona nueva. De andar como andaba sobre mis piernas, tambaleándome como un borracho, a moverme con la elegancia de un jinete, esa diferencia me sentaba bien. Parecía el Zorro camino de sus aventuras, o el mismísimo John Wayne. El ritmo del animal me producía un gran placer. Sobre el caballo me sentí un hombre de verdad y no el paria que comenzaba a sentirme a causa de mis piernas. Pronto se pasaron las dos horas y tuvimos que devolver los caballos. Me tocó pagar a mí las cuatrocientas pesetas, que el Titi no tenía ni un duro. Como ya era tarde, volvimos para el barrio. Las afueras de Alicante eran una escombrera por aquellos años y nos salieron al paso unos chavales que vivían en las chabolas. Empezaron a tirarnos piedras y los dos nos asustamos, pero el Titi comenzó a correr. Yo lo intentaba, pero las piernas no me obedecían. El compañero poco a poco fue alejándose hasta desaparecer de mi vista. Los chicos no tardaron en alcanzarme. El mayor de ellos me amenazó con un cuchillo. Yo estaba demasiado asustado para hacerle frente, y demasiado solo, como solía ocurrirme cada vez que me encontraba en peligro. Eché mano al bolsillo, saqué los veinte duros que me quedaban y se los di. Se fueron contentos y me dejaron seguir mi camino en paz. Cuando llegué al rincón me encontré al Titi fumándose un cigarro y contando a los colegas que a Alfonso lo habían sirlado en las escombre-

ras unos niños. Me acerqué, pedí un cigarro, me senté al fin y le dije: -Mañana me vuelves a pedir que te alquile un caballo.

24 de enero de 2007

No sé qué me pasa con mi amiga Saray. Saray ya no mueve ninguna parte de su cuerpo. Ni siquiera puede hablar, la esclerosis la ha paralizado y tampoco puede comer. La alimentan con sonda desde hace unos días. No sé por qué, pero la he cogido mucho cariño. Come junto a mí desde que ingresó en el centro, hará ocho o diez años. Me da mucha pena verla tan sola, sin poder hablar ni comunicarse con cualquiera. Hay muchas veces que la veo en la mesa con el cuello colgando, completamente vencido por el peso de la cabeza, y sentada en muy mala postura. Nadie la ayuda a enderezarse durante toda la comida. Yo hablo con Saray largos ratos. Hablo e insisto hasta que contesta afirmativa o negativamente a mis preguntas apretándome la mano. Me pongo a su lado, las dos sillas en paralelo, y así nos pasamos las tardes. A veces, con la poca fuerza que tengo, empujo su silla hasta la puerta para que vea el jardín. Cuando Saray ingresó en el centro aún hablaba un poco. Era una mujer con cara de inocente, muy graciosa y muy comunicativa. Se reía de mí, señalándome a la chica con que yo estaba enrollado aquella semana cuando pasaba cerca. La mandaba callar pero no me hacía caso. Y la amenazaba con cambiarme de mesa para que no me diese la turra, pero no me hacía caso. Sólo dejó de meterse conmigo cuando ya no podía hablar. Ahora se enfada mucho porque no estoy con ella todo el tiempo que quisiera. Saray ha llegado a significar

algo importante en mi vida. Si yo pudiera irme de aquí y encontrara un sitio mejor, sería capaz de llevármela conmigo. Siempre está encerrada entre estas cuatro paredes. Los cuidadores se limitan a levantarla y acostarla y a tenerla mañana y tarde en el pasillo. Unas voluntarias que me ayudaban a vender lotería, se me ocurrió pedirles que, por favor, sacasen a Saray de paseo, y los viernes la sacan por el parque. Yo le tengo a Saray un cariño tremendo. Es más, yo diría que es amor. Alguna vez ya estuve enamorado, y con Saray siento la misma necesidad de compañía, la misma necesidad de presencia, de abrazos, la misma necesidad de compasión. Ella está impedida y yo me atrevo a acariciarle la mano. Sé que ella me lo agradece porque se pone muy contenta. Cuando estoy a su lado, sonrío. Cuando Saray se enfada conmigo es porque alguna tarde no he ido a verla.

25 de enero de 2007

Estaba oscureciendo y mi madre había dejado preparada la cena en la mesa de la cocina. Yo estaba solo en casa y cené los huevos fritos y el bacon. Mi madre tardaba mucho en volver aquella tarde, no solía faltar de casa a esas horas, aunque salía muchas veces con el padrastro a pasear y al club. Serían las doce cuando volvió. El padrastro la traía cogida del brazo. Mi madre me saludó y en seguida se metió en su cuarto. Era un comportamiento muy extraño en ella, que siempre se entretenía conmigo. Cuando me enteré del problema lo comprendí todo. Unas horas más tarde, aquella misma noche, sobre las seis de la mañana, se levantó el padrastro y fue a llamar por teléfono desde la casa del vecino. Yo estaba dormido y no me había

enterado de nada. Había llamado a una ambulancia. Desde mi cama, alcancé a escuchar todavía el ruido de la camilla por el pasillo de la casa. Fue cuando me levanté a ver lo que estaba pasando y descubrí que a mi madre se la llevaban. No pude despedirme de ella, ni tan siquiera llegué a ver su cara. Volví a echarme en la cama, pero no podía dormirme y me levanté muy preocupado. Arreglé mi cama y tuve que prepararme el desayuno, que no era tarea fácil, pues mis dificultades de equilibrio habían aumentado y tenía que caminar apoyándome en las paredes. Conseguí calentar la leche y echarme el colacao y comerme las galletas María.

30 de enero de 2007

No era la primera vez que me preparaba el desayuno. Mi madre ya había estado ingresada en la Residencia unos meses antes. La habían operado de un cálculo en el riñón y, como yo no me hablaba con el padrastro a pesar de vivir en la misma casa, por no tener broncas sólo había ido a verla una vez durante los casi treinta días que estuvo ingresada. En realidad, yo nunca supe de la gravedad de sus achaques, no quería saberlo. Un día me enteré, porque me lo dijo el padrastro al ir al trabajo, que por la tarde volvería mi madre a casa. Recuerdo que me puse muy contento y poco faltó para que no diera hasta saltos de alegría. Me propuse limpiar y ordenar toda la casa y comencé a barrer y a fregar como un loco. Era un trabajo que me exigía mucho esfuerzo, porque me costaba mantener el equilibrio. Incluso limpié la mecedora donde ella solía sentarse, que el padrastro le había regalado. Cuando llegó mi madre a la casa fue directamente a la salita de

estar y se sentó en aquella mecedora. -¿Quién ha limpiado la casa, que está todo en su sitio? Sus palabras me llenaron de satisfacción y me puse a reír con ella, que me estaba acariciando la cabeza. La madrugada que salió mi madre en la camilla de casa fue la última vez que la vi. En realidad no pude ver su cara, pero no me había importado, pues tenía la sensación de que volvería otra vez y volveríamos a reírnos. Este era mi deseo al menos. Desayuné y con esta ilusión pasé aquel día y los siguientes. Pronto volvería. Ya digo que por aquella época no podía andar como antes lo hacía. Para salir a la calle alguien me tenía que acompañar. Un vecino me había regalado una silla de ruedas pero no me gustaba sentarme en ella. Fue mi primera silla, y me producía una sensación de derrota definitiva que no podía aceptar. Por eso no la usaba. Estuve saliendo durante más de un año con unos amigos, que me iban a buscar en coche. Ellos venían a casa y bajaba las escaleras subido a sus espaldas. Estas dificultades eran la razón de que no fuera a la Residencia, además de no querer encontrarme con el padrastro. Sólo podía hablar con Toni de mi madre. Hablábamos cuando venía del trabajo, que muchas veces ni venía. Yo le preguntaba muy nervioso por ella, porque Toni sí iba a verla algunas veces. Pero mi hermano estaba tan ciego como yo mismo. No podía creerse que estuviera tan grave. Me contaba las visitas, que mi madre preguntaba por mí, que hoy estaba mejor, que ayer estaba un poco harta de aquello, y esas cosas. Un día me dijo Toni que ella me pedía que hiciese la casa y aquel recado fue para mí señal de que pronto volvería.

31 de enero de 2007

Qué equivocado estaba. A los pocos días me enteré por el padrastro de que mi madre había fallecido. La noticia me pilló completamente desprevenido. Ni me lo había imaginado. Fue muy doloroso, fue el día que más he llorado de toda mi vida. Después, ya casi sólo he llorado por mí. Cuando murió mi abuela María lo pasé fatal y recuerdo que también lloré. Yo era más crío y recuerdo que el velatorio se hizo en casa, en su misma habitación. Allí estuvo un día entero la abuela en el ataúd. Yo estaba convencido de que a mi madre también la traerían para casa. Pero no sucedió así. Se pasó la noche en el tanatorio de la Residencia. Y desde el tanatorio la llevaron a la iglesia del barrio. Entre el padrastro y mi hermano Toni me subieron al coche y me llevaron hasta la iglesia, que no estaba lejos. Cuando llegamos allí, yo continuaba llorando. Ante las puertas abiertas del templo, no quise continuar y me negué a entrar. El dolor que me producía la muerte de mi madre era insoportable y no sabía más que llorar. No conseguía hacerme a la idea de que ella nunca regresaría a casa y de que no volvería a verla. Que los vecinos me viesen en semejante estado de derrota también me cohibía. Y verlos allí mismo, despidiéndose de mi madre, era una certificación de su muerte que no soportaba. Me quedé a la puerta de la iglesia como un tonto que no sabe más que llorar. Cuando sacaron a mi madre en el ataúd hasta el coche fúnebre, Toni y el padrastro volvieron a subirme al coche. Íbamos detrás del furgón, que cogió camino del cementerio. También iban en el cortejo mis hermanos Tomás y José Antonio, con su mujer y el sobrino mayor, que era muy chico, y mis tíos con la familia. Le dábamos el último adiós a mi madre. Cuando los enterradores sellaron el nicho, tuve la sensación de que con las lágrimas se vaciaba

también mi vida. El nicho se llenaba y yo me estaba quedando vacío. Como no hacía más que llorar, recuerdo que mi tío Pepe me acariciaba la cara. -Ya pasó todo, me decía. Yo tenía la sensación de que todo empezaba ahora, sin embargo. Estuve durante más de tres meses poniéndome un jersey negro, que no me quité ni para lavarlo. En realidad, nos habíamos quedado sin nadie que lavase la ropa en casa. Toni pronto se hizo cargo de eso. Lo hacía después del trabajo. Tenía tanta pena por mi madre que aquel jersey negro no quería quitármelo. Me sentía bien con aquel jersey, como si estuviese haciendo algo por ella.

1 de febrero de 2007

La muerte de mi madre me cambió la vida. Hasta entonces, ella se había ocupado de mí, me daba de comer y me atendía. Era la que me había llevado de médicos y había peleado con ellos. Nunca me había fallado, lo supe cuando murió. Siempre me había tendido su mano, aunque a veces no me prestara toda la atención que yo hubiera deseado. Nunca entendí del todo que se hubiera separado de mi padre. Y por lo mismo, tampoco entendía que viviese con un hombre que no era su marido. Todo esto provocaba que me sintiese un poco abandonado. Pero nada que ver esto con lo que llegué a sentir cuando ella murió. Mi soledad y mi abandono comenzaban ahora. El padrastro me estuvo atendiendo durante un tiempo. Se limitaba a hacerme la comida y poco más. Se llamaba Joaquín. Después de la muerte de mi madre su vida cambió también. Dejó de ir al club, y a jugar a la petanca. Antes lo hacía con mi madre frecuentemente y en el club tenían amigos. Ahora no se veía con nadie. Se había jubi-

lado, pero no salía de casa. Yo tenía una perra que me había regalado Toni. Mi madre la bautizó Vanesa. Mientras pude, me encargaba de ella y la sacaba a la calle. Cuando ya no pude hacerlo, la perra se hacía sus cosas en casa. A Joaquín no le gustaba esto y un día la metió en el coche y se la llevó a la perrera. Cuando eché de menos a la perra, le pregunté por ella a Joaquín. Me contestó muy áspero que se la había llevado a la perrera. Busqué a un amigo con coche y me acerqué hasta allí. Vanesa estaba metida en una jaula. Me la sacaron y estuve un rato jugando con ella. Estaba llena de pulgas y de garrapatas y la bañé. Me quedé con ganas de llevármela para casa, pero tenía miedo del padrastro. A veces se ponía tan violento que me acorjonaba. Cuando ordené a Vanesa que entrase en su jaula, se resistía, se echaba a mis pies y me miraba. Pero al fin, ante mi insistencia, agachó las orejas y entró resignada. Al cabo de unos días volví a la perrera y me dijeron los encargados que mi perra había muerto. El incidente de la perra fue otra cosa más que reprochar al padrastro. No quería tenerla con él, pero aquello fue una gran putada.

6 de febrero de 2007

Toni y yo teníamos mucho cariño a la perra. Muchas noches la perra dormía en la cama conmigo. En vida de mi madre, ella nunca me decía nada por esto. Para mí la perra era muy importante. Mientras pude, siempre la cuidé y la sacaba. Me apoyaba en la pared y dábamos una vuelta alrededor del bloque. Jugábamos con una pelota que yo lanzaba. En una ocasión Vanesa mordió a un vecino. Al muy imbécil no se le ocurrió otra cosa que cogerle la pelota y Vanesa se le tiró a los huevos. Menos mal que

sólo le agarró del pantalón y no puso denuncia. Aquel mismo día le compré un bozal y siempre sacaba a la pobre con el bozal puesto, aunque a ella no le gustaba y se lo intentaba quitar con las manos. -Tienes los dientes muy largos, le decía yo. Que el padrastro se la llevase a la perre-
ra me sacó de mis casillas, pero me tuve que aguantar. Me sentó fatal que fuese precisamente él quien tomase esa decisión. -Si viviese mi madre no te habrías atrevido a hacerlo, le dije.

7 de febrero de 2007

Por esta época, dentro de casa, para andar tenía que apoyarme en las paredes. Terminé manchándolas de negro a la altura de las manos. El padrastro, que no me pasaba ni una, comenzó a reprochármelo. Se pasaba el día diciendo que si no podía tener más cuidado, que estaba poniendo la casa perdida. -¿Y qué quieres que haga, si me caigo?, le contestaba yo. No era el único conflicto. Cuando tenía que usar el servicio, me sentaba torcido en la taza por mi falta de equilibrio. El peso de mi cuerpo terminó arrancando la taza de la base y esto a Joaquín le pareció fatal. Teníamos dos servicios y esta vez se le ocurrió traer un albañil y reforzar la base de la taza del segundo servicio con ladrillos y azulejos para que mis meneos no la volviesen a arrancar. No hubo más problemas con la maldita taza, pero todo eran broncas. Yo no podía aguantar mucho en aquella casa. Tomás se había casado poco antes de morir mi madre y desde entonces casi no nos veíamos. Y con Toni no podía contar. Aunque vivíamos en la misma casa, cuando no estaba detenido estaba desaparecido. Su dependencia de las drogas era cada vez más fuer-

te. No podía contar con él ni para salir a la calle. Por un tiempo tuvo novia, pero una de la veces que fue detenido, conoció en la cárcel a un hombre, un traficante, que se enamoró de él. Mi hermano le apreciaba mucho y, cuando salieron del talego, hacía de guardaespaldas y le ayudaba en el negocio de la droga. Fue cuando rompió con su novia. Yo había conocido a esta chica porque mi hermano la traía a casa los sábados. Cuando ella salía del cuarto de mi hermano parecía muy contenta. Un día me dio por arrimar la cabeza a la pared del cuarto y se oían sus gemidos. Yo sólo conozco a las chicas de la tele, pensaba mientras hacía oreja.

8 de febrero de 2007

El traficante amigo de mi hermano se llamaba Juan. Vivía en un ático en el centro de Alicante. O sea, tenía pasta. Toni me llevó en una ocasión a esta casa. Era de lujo, muy grande y muy bien amueblada. Los dos se pinchaban y aquella tarde, mientras yo tomaba una cocacola, ellos lo hicieron en otro cuarto, no delante de mí. La tarde se me pasó volando, sin embargo. Con mi hermano siempre me lo pasaba bien. Volvimos muy tarde a casa. Toni terminó yéndose a vivir con Juan. Vivían como pareja, aunque mi hermano nunca me habló de ello y yo nunca se lo pregunté. Guardo muy buenos recuerdos de este hombre, de Juan. Siempre que Toni venía a verme al IMSERSO, venía con Juan, en su coche. Por aquel tiempo comencé a verlo los fines de semana, cuando iba a buscar a mi hermano. Tocaba el automático y le contestaba yo por el telefonillo. Algunas veces me llevaban en el coche hasta un bar a tomar mi dosis de cocacola. Por esas fechas ya no

probaba el alcohol. Había notado que los cubatas me hacían mucho daño. Tenía un vecino, un crío, que solía enrollarse conmigo. Cuando subía de la calle, de vuelta del colegio, llamaba a mi puerta. Un día apareció con una moneda y me pidió que leyese la fecha de su acuñación: 1355. Me quedé un poco nota. -¿De dónde has sacado esto? -La acabo de encontrar en una de las casas viejas. Yo, que he coleccionado de todo, cromos, vitolas, llaveros, sellos, coches de juguete, chapas, soldaditos de plomo, cajas de cerillas y etc, me interesé por la moneda que me enseñaba el crío y él me la vendió por un talego. A los pocos días se la enseñé a Juan y me dijo que era una moneda de curso legal de Arabia Saudí que no valía una mierda. Le reclamé las mil pelás al crío y me dijo que se las había gastado. Como no soltaba prenda, terminé por decírselo a su madre y aquel mismo día el chico me devolvió el dinero.

13 de febrero de 2007

Cuando murió mi madre descubrí a dios. La fe me daba seguridad. El hermano mayor del crío que me timó con la moneda, un día me llevó a un culto. Tenía 16 años y se llamaba José María. Sabía que yo me había quedado solo después de la muerte de mi madre y quería echarme una mano. -¿Qué es eso del culto? Yo hacía unos meses que frecuentaba a los testigos de Jehová de mi barrio. Una pareja había pasado por casa un día y nos habíamos tirado hablando toda la tarde. Continuaron viniendo y yo comencé a ir a su salón del reino. Uno de ellos me iba a buscar y, agarrado a él, llegaba caminando al lugar. En una reunión de catecúmenos yo manifesté desacuerdo sobre el

tema de los milagros. -Yo creo en los milagros, me atreví a decir. Me leyeron algo de Pablo para convencerme de que los milagros se habían acabado. Cuando volví a casa y releí el texto, yo continuaba leyendo otra cosa. Además, yo necesitaba de los milagros y este incidente me fue alejando de los Testigos. El vecino José María me explicó, como respuesta a mi pregunta sobre el culto, que así llamaban ellos a las reuniones que celebraban los sábados por la tarde en la iglesia evangélica. Me bajé con él a la calle y, en el coche de un amigo suyo, me llevaron hasta la iglesia. Aquel grupo de gente me parecieron unos tontos adorando a dios. Cuando al pastor se le ocurría levantar las manos, todos los fieles las levantaban también. Aquello me parecía una forma tonta de rezar. Cuando el pastor me impuso las manos y comenzó a orar por mí, en esos momentos yo no sentía nada. Sin embargo, precisamente esa manera tonta de orar comenzó a gustarme y quedé con ellos en bajar el próximo sábado. Así comenzó mi relación con la iglesia evangélica. Ellos me han convencido de que realmente hay un dios para mí, un dios que me ama. El contacto con los evangelistas me sacó de mi soledad y de mi ensimismamiento. Comenzaba a tener compañía, mis hermanos me iban a buscar para asistir al culto. A veces me sacaban a los parques y a las terrazas a tomar algo o me invitaban a sus casas. Algunas noches me llevaban en una furgoneta hasta San Juan Playa y recogíamos cartones. La furgoneta se llenaba. Era la manera de financiar la comunidad. También teníamos una casa donde vivían algunos chicos que no tenían padres y había que ayudarles.

14 de febrero de 2007

Al pastor le hacía falta dinero para financiar el culto y se le ocurrió ponernos a vender bolsas de basura por las casas. Todos los hermanos que tenían tiempo para ello se pusieron manos a la obra. Le dije al pastor que yo también podía ayudar, pero que tendría que acompañarme alguien. Se ofreció un chico, Carlitos, decía que conmigo al lado sería capaz de vender hasta el Castillo de Santa Bárbara a una sueca. El primer día fuimos a Ciudad Jardín. Quedaba lejos de la iglesia y nos acercó un hermano. Llevábamos unos cien rollos de bolsas y aquello pesaba mucho, a pesar de ir colgados los paquetes de mi silla de ruedas. Tuvimos tan mala suerte al comenzar que, al tocar el timbre de la primera puerta, un chalet, nos salió un doberman ladrando como un condenado. Carlitos se asustó tanto que, si no le agarro bien de la mano, sale corriendo. Menos mal que la puerta estaba cerrada y el perro no sabía abrirla. Por fin apareció la dueña, calmó al animalito y nos preguntó qué queríamos. Carlitos ofreció un paquete de bolsas y la mujer nos lo compró y pagó veinte duros, un precio muy generoso. -Ese perro trae suerte, pronostiqué. En la siguiente puerta ocurrió lo mismo, pero sin perro. Estaba claro, íbamos a tener una mañana redonda. En los chalets de los ingleses nadie nos entendía, pero nos cogían las bolsas y las pagaban con generosidad. -Don de lenguas parece lo nuestro. Fue una mañana muy productiva y en un par de horas terminamos con los cien paquetes de bolsas. Habíamos recaudado una buena cantidad, el pastor se iba a llevar una alegría. Era la hora de comer cuando terminamos y volvimos andando, o sea, que Carlitos empujaba mi silla. Como íbamos contentos, los kilómetros nos parecieron un paseo. Le entregamos la recauda-

ción al pastor y no se lo podía creer: -Sois mejores fenicios que cristianos, nos dijo. Al día siguiente nos fuimos a San Vicente en autobús, y allí, una mujer nos amenazó con la escoba en la mano. Otro día, en Santa Pola, se me rompió la rueda de la silla y Carlitos tuvo que cargar conmigo. La guardia civil pasó de nosotros. A pesar de estos incidentes, las ventas no se daban mal.

15 de febrero de 2007

Un día que, por casualidad, estaba en casa Toni, llegó mi tío Pepe para invitarnos a la primera comunión de mi prima, la pequeña, Sonia. Faltaban quince días. Le prometimos al tío que no faltaríamos. A Toni incluso se lo hizo jurar, pues de sobra sabía mi tío cómo se las gastaba. El día de la primera comunión yo tenía que pasar por la iglesia evangélica. Me gustaba asistir al culto y los domingos había doble sesión, por la mañana y por la tarde. Fui a la oración de la mañana y, cuando terminó, les pedí a unos hermanos de más confianza que me acercasen a la comunión de mi prima, pues la casa de mi tío, donde se celebraba el banquete, estaba cerca. Me llevaron en el coche y quedé con ellos en que me recogerían a las seis, para asistir al culto de la tarde. Me dejaron en la misma puerta, sentado en una silla. A la primera que vi fue a mi prima, vestida de blanco, jugando con unas amigas. Se me acercó y me dio un beso. Pronto salió mi tío y los demás y nos saludamos. Mi tío me dijo que Toni estaba dentro hablando con su primo. Alguien me sacó una cocacola y unos sandwiches. La casa donde estábamos celebrando la fiesta la había comprado mi tío hacía poco y estaba situada justo enfrente de su bar, El Guapo. Mi prima la mayor

estaba con su novio. Cuando me lo presentó, el chico me contó que tenía un hermano en un colegio de la Telefónica que estaba enfermo de algo, quiero recordar que era algo de la cabeza. No sé cómo apareció en mi mano, en un momento, aquel pedazo de tarta descomunal. -Un poco grande, le dije a mi tío. -¿Qué? ¿Ya no te gusta el dulce? En un momento de la conversación, mi tío miró para otro lado y yo aproveché para mancharle el bigote con un poco de nata. -Mi parte ya me la comí, protestó él, y se fue a limpiar dentro. La prima Sonia me había visto y nos estuvimos riendo los dos un rato. Me puse ciego a cocacolas. Si no es porque vinieron a buscarme a las seis, todavía continuó allí, frente al bar El Guapo, comiendo tarta y bebiendo. Ya casi no me acordaba de lo que eran estas celebraciones en familia.

22 de febrero de 2007

Mi abuela María se vino también a Alicante, desde Orihuela, al poco de venirnos nosotros. Todavía vivía mi abuelo Alfonso por entonces y se vinieron los dos. Mi tío Pepe les buscó una casa en Rabasa. Cuando yo estaba interno en el Hogar José Antonio, iba los fines de semana a casa de mi abuela porque mi madre trabajaba. Era una casa pequeña, de una planta y dos habitaciones. Encima tenía una terraza donde guardaba todos los trastos viejos. Las escaleras eran muy estrechas. Menos mal que los abuelos no eran gordos. También teníamos un patio con unas conejeras. En medio había una higuera que en verano daba muy buena sombra. Por entonces todavía podía subirme a coger higos. Los que estaban muy maduros se los tiraba a mi hermano Toni a la cabeza. Cuando la abue-

la le veía chorreando pulpa me regañaba, pero no se enfadaba mucho. Mi abuelo se murió pronto. Mi madre iba a verlo al sanatorio. Un sábado fue a recogernos al Hogar, e iba llorando. Le pregunté qué pasaba y me dijo que mi abuelo Alfonso había muerto. Se había clavado un clavo y se le gangrenó el pie. Se lo tuvieron que cortar, pero no pudieron detener la infección, que terminó matándolo. Con mi abuelo tuve poca relación, pasaba mucho de mí y yo le tenía miedo desde que me contó que cobraba un duro en la legión por cada cabeza de moro que traía colgada al cinto, cuando estaba en la guerra de Marruecos. Con quien más me relacionaba era con mi abuela María. A veces la acompañaba a casa de mi tío, que no quedaba lejos. Recuerdo que, cuando empezó a fastidiarme la ataxia, hacía este camino agarrado a mi abuela. Ella me daba seguridad. Mi abuela tenía unas vecinas de mi edad que me enseñaron a saltar a la comba. Todavía me defendía bastante bien, a pesar de que algo ya me fallaban las piernas. De una de estas chicas terminé enamorándome, Marisa, pero nunca me hizo caso. Me la volví a encontrar en el Salón de los Testigos de Jehová y me hizo el mismo caso que de niña. Vecinos de mi abuela eran también una familia de mucha pasta. Vivían en un chalet con piscina y practicaban el golf en los descampados del barrio. Una vez, dos tipos mayores de esta casa le propusieron a mi hermano Tomás que parase las bolas, y mi hermano les aceptó la apuesta. Se puso debajo de una portería, en el campo donde jugábamos al fútbol, y le tiraban las bolas desde el medio campo, a unos treinta metros, y tenía que parar las que iban a portería. Todavía les paró unas cuantas bolas. Terminó con las manos moradas y perdiendo la apuesta, aunque le dieron cinco duros por el espectáculo.

27 de febrero de 2007

Mi abuelo Alfonso tenía una perra negra, que se llamaba Mora. Cuando murió mi abuelo, la Mora se pasó tres días aullando. Mora era una perra discreta, sin pedigrí. La Mora paría cada poco y mi abuela, que le tenía mucho cariño, dejaba que criase la camada hasta que los cachorros eran un poco mayores y después los repartía entre la gente que conocía. Los que no conseguía colocar los abandonaba en el campo. Nunca me dijo que los matase, aunque a lo mejor los mataba. La Mora era muy lista. En una ocasión yo me quedé con el cachorro que más me gustaba, un perro blanco y negro. Un domingo mi hermano Toni y yo nos metimos en un cine y dejamos al cachorro encerrado en una cabaña que hicimos con unas piedras y unas maderas, en el campo, cerca del cine. Cuando fuimos a recoger al perro, no estaba. La cabaña estaba destruida. Alguien se había llevado al cachorro. Estuvimos buscándolo por las cercanías pero el perro no apareció. Mi abuela María, una anciana de pelo blanco, ojos grises y nariz grande, siempre me trataba bien. Encontrarme con ella me hacía feliz. Yo la acompañaba cuando salía de casa para ir a ver a mi tío Pepe o a cualquier otro sitio. Me pasé muchos veranos con ella. Jugaba con las chicas, pero también con una pandilla de chicos vecinos. En una casa en ruinas, una vez tuve que atravesar una habitación por una viga muy estrecha. No me maté de milagro aquella tarde, pasé mucho miedo, pues mis piernas ya no andaban bien. Solía tenerla con mi abuela porque, cuando iban a buscarme estos chicos, ella no quería que me fuese con ellos. Decía que eran unos gamberros y unos sinvergüenzas. Pero a mí me gustaban precisamente estos sinvergüenzas

y no le hacía mucho caso. Cuando mi abuela por fin se vino a vivir a nuestra casa, en COVENSA, cuando ya vivíamos en el bajo, a veces se ofrecía a guardarme el poco dinero que yo ahorraba, pero se lo daba y ya no había manera de que me lo devolviese. Me lo hizo muchas veces. Mi abuela nunca me dio propina, era muy tacaña, pero a mí no me importaba. En Navidad, se guardaba los frutos secos en los bolsillos, nueces, almendras. Una vez le pregunté para qué se los guardaba y me contestó que los guardaba para mí. -Yo no puedo cascarlas, abuela. -Si puedo yo, puedes tú. Y se echó una almendra a la boca y la cascó con los dientes delante de mí, para enseñarme. Tenía ochenta años.

28 de febrero de 2007

Hacía poco que nos habíamos cambiado al bajo de COVENSA cuando vino la abuela. Mi abuela me cuidaba muy bien y se preocupaba mucho de mí. Yo creo que me quería ella a mí más que yo a ella, y eso que yo la quería un montón. En esta época ya las tenía con el padrastró, aunque las grandes palizas vinieron luego, cuando la abuela ya había muerto. Cuando mi padrastró me daba, yo me acordaba de ella. Estoy seguro que me hubiese defendido si hubiese estado allí. Llevaba algún tiempo con nosotros cuando un día dos camilleros se la llevaban a la Residencia. Vi como salía de casa en la camilla y pude despedirla, era por la mañana y le di un beso. Allí estuvo un par de semanas, mi madre me decía que tenía achaques propios de la edad. Mi madre era quien iba a verla. En todo este tiempo yo no fui a verla nunca, mi madre me contaba cómo estaba la abuela, pero no me llevaba. Una mañana se presentó

en casa mi tío Pepe con mi madre en coche, que venían de la Residencia. Mi tío estaba muy triste cuando me dijo que la abuela había muerto. Sentí que se me rompía el paraguas. Mi abuela me daba seguridad y siempre que tenía una pena ella me consolaba. Ahora no tenía a nadie para consolarme de su muerte. Porque lo segundo que sentí fue pena, mucha pena. Me puse a llorar. Desde el primer momento la eché de menos. Al poco de llegar mi madre con el tío, llegó también el furgón con su féretro. Organizaron el velatorio en la habitación donde había dormido. Yo la miraba allí, enmarcada por el negro de la madera sobre el blanco del forro, y alucinaba. Recuerdo sus ojos cerrados, sobre todo. Vinieron muchas vecinas a despedirla. No sé por qué, pero no hubo misa. La enterramos en un nicho alto. Las flores las dejaron fuera del nicho. Mi tío Pepe continúa poniéndole flores en un búcaro. Me dice que en el búcaro pone flores a todos los muertos, es su manera de seguir manteniendo unida a la familia.

8 de marzo de 2007

Aún no tenía veinte años cuando tomé la decisión más importante de mi vida. Fue una decisión equivocada, como es lógico. Una tarde, al volver del culto, me encuentro en casa con una asistente social que estaba esperándome. Lo primero que me dice es que ha gestionado una plaza en el IMSERSO para mí y que me la acaban de conceder en el CAMF de Alcuéscar, un centro de atención a diversos funcionales recién abierto en la provincia de Cáceres, el único de sus características en España. Lo primero que le pregunté fue quién le había pedido semejante

cosa en mi nombre. Fue cuando me enteré de que mi hermano Toni llevaba hablando con ella a mis espaldas desde hacía tiempo. La asistente me dijo que mi hermano había ido a informarse a su oficina porque se veía incapaz de proporcionarme la atención que yo necesitaba. Sus respuestas me dejaron de una pieza. No me podía creer que Toni no hubiese hablado conmigo de cosa tan fundamental. En vez de esto, había dejado en manos de aquella mujer la gestión de mi futuro. No estaba en condiciones de tomar ninguna decisión, a pesar de que la tía que tenía delante me apremiaba, pues decía que las plazas de aquel CAMF estaban muy solicitadas. Tenía que hablar con mi hermano, y después con mis amigos de más confianza, o sea, con el pastor evangelista. Aquella misma noche, al volver mi hermano del trabajo, le pedí explicaciones. Por lo que me contestó, Toni lo tenía muy pensado. Vino a decirme que en la residencia estaría mejor que en casa, puesto que él era un poco desastre para hacerse cargo de mí y, además, podían volver a detenerlo en cualquier momento y me quedaría solo. Yo continuaba viviendo con el padrastro, pero él no me hacía ningún caso o muy poco. -¿Pero por qué no me lo has dicho tú, en vez de mandar a esa tía? -No quería decirte nada si no tenía algo mejor para ofrecerte. -¿Y qué me ofreces, que me vaya de casa? Él me juraba que estaría mejor en la residencia y yo me sentía cada vez más solo. Cuando lo hablé con el pastor, Epifanio, me dijo que me podía quedar en la iglesia, a cargo de los hermanos.

13 de marzo de 2007

La comunidad evangelista tenía a su cargo algunas

personas necesitadas, pero que podían valerse. Por ejemplo, recuerdo a una mujer que vivía separada porque su marido la maltrataba. Vivía con sus tres hijos en una casa que la comunidad tenía abierta en el barrio de Juan XXIII, y allí vivían también algunos chicos abandonados. Uno de estos chicos, ya con 18 años, se casó con una hermana y el matrimonio se instaló en la misma casa, y pronto tuvo familia. Este era el lugar que me ofrecía el pastor para vivir. Y los que allí habitaban serían los que me tendrían que cuidar. Le pregunté al pastor si él me garantizaba que tendría la atención que yo necesitaba, y me contestó que eso no podía prometérmelo, que sólo podía garantizarme compañía y hermandad. Dejaba en mis manos la decisión de irme o quedarme. Lo que yo sentía en aquel momento era que el mundo se estrellaba sobre mí. ¿Qué iba a pasar conmigo? Mi padrastro no deseaba más que perderme de vista y yo tenía muy poca confianza en mi hermano. Él iba a su bola, yo suponía para Toni una carga excesiva. No podía contar con él, habían pasado los días en que compartíamos juergas y destino. Ahora él vivía su vida, bien que a trompicones, y yo necesitaba de los demás para vivir la mía. Con él no podía contar. Tomar esta decisión iba a ser para mí muy duro. Dejaría atrás toda mi vida para ponerme en manos de desconocidos. Atrás quedarían los hermanos evangelistas, mi último refugio. Y atrás dejaba mi adolescencia, los amigos más verdaderos, los lugares más vividos, mi casa, a mi familia, a los vivos y a los muertos. Me iría de Alicante y sabía que difícilmente volvería alguna vez a vivir en sus calles. Unos días antes, en una reunión informal de hermanos, el pastor nos había preguntado si alguno de nosotros había sentido la presencia de Mari Mar, porque él sí la había sentido. Mari Mar esta-

ba también en la reunión. Era una chica joven y un poco tímida, pero un cuerpazo, muy guapa, una bomba. Yo contesté que también había sentido su presencia cerca de mí muchas veces, y entonces fue cuando ella sonrió ruborizada. El día que, por fin, me iba para la residencia, sólo me despedí de esta chica. Fui hasta su casa en un coche y le dije lo que había decidido y que me iba de Alicante aquella misma mañana. No hablamos más, me dijo que me echaría de menos. Había ido a su casa con la esperanza insensata de que Mari Mar me dijera que me quedara, pero no me lo dijo.

14 de marzo de 2007

Llegué al CAMF de Alcuéscar rozando las siete de la tarde. Me llamó la atención la mucha gente en silla de ruedas. Nunca había visto tantas sillas juntas. Voy a tener compañeros de mi altura, me dije, aunque la idea de quedarme allí continuaba sin gustarme. Me recibió la responsable de personal de la residencia, Inés, y me acompañó hasta la habitación. La habitación era muy espaciosa, con una terraza que daba a las viñas y a los olivares. Me gustó el sitio, parecía alegre. -Espero que te guste esta habitación, porque pasarán unos días antes de que podamos cambiarte a otra, me dijo la responsable. -No necesito más, contesté. La habitación estaba situada en el módulo 6-Alto, o sea, en la planta de arriba y orientada al poniente, el sol pegaba fuerte en la siesta. Por aquellos días yo veía bien y me molestaba un poco la luz. En verano cantaban las chicharras como unas condenadas en los olivos. Yo llegué a Alcuéscar un lunes de mayo de 1982 y tenía 19 años. Mi silla de ruedas y una bolsa de viaje con ropa,

cosas de aseo y mi colección de sellos. Recuerdo que, mientras mi hermano Toni y mi tío Pepe vaciaban la bolsa y colocaban la ropa en los armarios, les hablé de mis olvidos al hacer el equipaje. Me había dejado en casa la colección de monedas y, sobre todo, las vitolas, que era mi colección favorita, la más inútil. Ellos no tardaron en irse, pues la hora de cenar en el centro ya se había cumplido y finalizado el horario de visitas. Me despedí de Toni con tristeza y con envidia. Él volvía a su vida y a sus rutinas y yo comenzaba la travesía del desierto. Peor aún que un desierto, pues la soledad no te mata de sed ni te consuela con espejismos. A mi tío Pepe le di un beso y me prometió que volvería a visitarme. Hasta hoy está cumpliendo su palabra, aunque cada vez distancia más las visitas, ya es casi un anciano. Me quedé solo.

15 de marzo de 2007

Era la hora de cenar. Me colocaron en una mesa con otros tres residentes. Uno de ellos era atáxico como yo, otro, un parálítico cerebral, y el tercero, un traumático un poco guarro. Había tenido un accidente de moto y siempre tenía los ojos fijos en el techo. Cuando lo vi que guardaba un bollo en los huevos no me lo podía creer. "Esto es lo que me ha regalado mi hermano", pensé. El panorama del comedor, mesa por mesa, era desolador. Tenía hambre y comencé a comer, pero cuando me fijé en el compañero de mesa, el traumático, en cómo comía y lo que hacía con la comida, me desapareció el hambre. Estaba realmente desengañado y comenzaba a cabrearme de verdad con mi hermano. A él le echaba la culpa de haber ingresado en esta residencia. Estaba rabioso y me

fui a la habitación. No quería hablar con nadie, no pregunté nada. Sólo quería irme de allí. Me sorprendí llorando de impotencia, no tenía a nadie para consolarme. Así estuve durante una hora o más, estaba hundido de verdad. Cuando me sentí un poco más tranquilo, se me habían acabado las lágrimas o yo qué sé, decidí que me iba a duchar. Ya era realmente tarde. Por aquel entonces, menos para caminar, yo me valía por mí mismo para todo. Podía vestirme solo, desnudarme, ir al servicio, acostarme, levantarme, comer, lavarme, peinarme, etc. Y por supuesto, ducharme. Lo que decidí en aquel momento de tristeza fue ducharme, para relajar un poco y por ver si mi humor mejoraba. Ya desnudo, me acerqué con mi silla de ruedas, me senté en la silla de ducha, me mojé y comencé a enjabonarme. Insisto en que era muy tarde y estaba haciendo bastante ruido. Cuál no sería mi sorpresa cuando abro los ojos entre el jabón de la cara y veo ante mí a una cuidadora joven que me mira fijamente. Por fin habló: -Alfonso, no son horas, pero te felicito, pues creí que necesitarías mi ayuda para ducharte. De la vergüenza que sentí al verla allí delante de mí, yo estaba completamente desnudo, no pude pronunciar palabra. Se ofreció para ayudar a secarme y al fin pude decir algo: -Gracias, pero puedo hacerlo solo. Lo único que estaba deseando era que desapareciera de mi vista de una vez. Por fin me dio la espalda y se largó. Pasaría mucho tiempo hasta que yo necesitara de la ayuda de los cuidadores para ducharme y hacer el resto de las cosas. La primera vez que necesité ayuda para ducharme fue cuando cambié de residencia, en Leganés. Las cuidadoras me enjabonaban y yo sentía una impotencia como nunca antes la había sentido. Me sentía realmente cansado, como derrotado. Ni ducharme podía ya. Esta primera

noche, sin embargo, terminé durmiendo como un lirón. Antes de dormir, aún pensé mucho en mi hermano y en la decisión que había tomado. No me podía creer que mi vida fuera a transcurrir a partir de ahora en este lugar, en esta soledad. No me sentía con fuerzas para un cambio de vida tan brutal.

20 de marzo de 2007

Lo primero que hice al abrir los ojos fue reconocer mi nueva habitación. Era la primera vez que me despertaba en una cama que no era la mía y sentí una gran tristeza. El sol ya estaba alto, me había despertado tarde. En realidad, nunca me ha gustado madrugar. Serían las nueve y por la ventana observé que había gente en silla de ruedas circulando por una carretera que rodeaba la residencia. Los olivos se estaban despertando también a esta hora, como yo, aunque ellos se despiertan de pie y no se lavan la cara. El frescor de la mañana entraba por la ventana. Me lavé, me afeité y me peiné. Por entonces yo tenía el pelo corto. No es como ahora, que me lo he dejado crecer y me lo peinan con coleta. Mientras me vestía, oía el ruido que por los pasillos hacían los cuidadores y los residentes. Para mí eran todavía ruidos desconocidos e inquietantes, que me ponían nervioso. Después de veinticinco años no he podido acostumbrarme a las voces y cháchara de los cuidadores en los pasillos de la residencia a todas las horas del día y de la noche, a los mil ruidos que hacen de puertas, de carros y de grúas y a su falta de consideración, que por el ruido que hace reconoces al dueño de la casa. Me propuse explorar el terreno. Bajé de la planta, salí del módulo seis y me dirigí al módulo central. La primera

dependencia en la que entré fue una biblioteca que había cerca del comedor. No sabía lo que era aquello hasta que crucé la puerta. Era un cuarto poco espacioso. En las vitrinas acristaladas había algunos libros, sobre todo libros de Historia de España, y algunas novelas, muy escaso todo. El recuerdo de los libros destrozados por mí en otro tiempo me avergonzaba ahora. Una gran mesa ocupaba la mayor parte del espacio, y sobre ella unos periódicos. La mayor sorpresa me la produjo una chica que estaba allí encerrada leyendo. Tenía en esos momentos una revista de El Jueves ante ella. Esta chica era Carmen Soria. Así la conocí. Ha compartido residencia conmigo durante estos veinticinco años. Con ella hice teatro durante algún tiempo en Alcuéscar y ahora compartimos en Leganés nuestra afición a la escritura. Carmen se estaba riendo a carcajadas mientras leía, creo que a Maki Navajas. Lo último que yo me hubiese imaginado era que alguien se lo estuviese pasando pipa encerrado entre aquellas cuatro paredes. Carmen era joven y su alegría me daba envidia. Yo no tenía ningún motivo para reírme. -¿De qué te ríes?, le pregunté intrigado y un poco áspero. Ella me contestó: -Si buscas, siempre encuentras algo que te hace reír. Con el tiempo, Carmen ha aprendido también a reírse de sí misma, pero se ríe menos que antes.

22 de marzo de 2007

Me fijé en el reloj de pulsera de Carmen Soria y marcaba las nueve y media. Le pregunté por el desayuno y me contestó que no tenía prisa. -¿Hasta qué hora se puede desayunar? -Hasta las diez. Yo tenía hambre y me largué. Para llegar al comedor había que bajar por una

rampa. Con dejar rodar la silla llegabas en un pispás. El problema era subirla, sobre todo para algunos de más peso y con más dificultades que yo. Volví a la misma mesa de la cena y me sirvieron un café con leche y unas galletas. Tuve la suerte de que me sirviera el desayuno la camarera más joven y guapa de todo el centro. Llegamos a hacer una buena amistad, me atendía muy bien y me hablaba de sus amigos. Poco a poco me fui enterando de cómo se enamoraba de uno de ellos, que vivía en Cáceres. Lo supe yo antes que ella misma. Cuando se casó con él dejó de hablarme de sus cosas y nuestra amistad se fue enfriando. Era una buena chica. En el desayuno conocí a otra cuidadora, Susana. Se acercó a mi mesa para conocerme. Me preguntó mi nombre y mi edad y me propuso entrar en su grupo de teatro. Yo no sabía de qué iba ese rollo y tampoco tenía muchas ganas de enterarme. Le contesté que no estaba allí para teatros, de momento. Susana era una tía simpática y maciza. Más tarde me di cuenta de que casi todas las camareras y cuidadoras eran jóvenes. Algunas estaban de muerte, como Susana, pero ninguna desmerecía. No es fácil tratar con las cuidadoras cuando andas matándote a pajas y más salido que un perro viudo. La verdad es que me estaba cambiando el humor. No sabría decir si estas chicas eran la causa o era más consecuencia del buen día que teníamos y de la cercanía de las viñas. En cafetería volví a encontrarme con Carmen Soria, que estaba sentada a una mesa con el tablero de las damas delante. No tenía compañero y me ofrecí para jugar una partida. La muy lista me ganó. No he vuelto a jugar con ella nunca más. Mientras jugábamos, me habló del grupo de teatro de Susana y me dijo que ella estaba apuntada y que ensayaban por las tardes. Me llamó mucho la atención la can-

tividad de sillas eléctricas que se veían. Era la primera vez que yo veía estos inventos. A más de uno le pregunté aquella misma mañana cómo la había conseguido.

27 de marzo de 2007

Charo era de Euskadi. Había venido con su marido a la residencia y aquí vivían los dos. Su marido tenía mucha afición a los pájaros y los criaba en la habitación. Tenía un par de jaulas en la terraza, que era muy grande, y allí estaban los pájaros muy bien, jilgueros, verderones y canarios. Conocí a Charo aquella misma mañana, durante mi paseo de reconocimiento. Me contó que su marido y ella habían tenido un accidente de coche y que el marido había salido mejor parado y se defendía mejor. Con un bastón podía caminar. Charo, sin embargo, estaba muy gorda y usaba silla de ruedas, había quedado parapléjica en el accidente. También me dijo que su marido se iba muchas veces al pueblo y eso me interesó. -Me lo tienes que presentar, le dije. Lo conocí a la hora de comer. Emilio era su nombre. Lo que más llamaba la atención de Emilio era su bigote. -¿Es grande este pueblo?, pregunté. -Barakaldo es más grande, me contestó Emilio, y se ofreció para sacarme de paseo. De pronto, aquella misma mañana comencé a sentirme a gusto, como si hubiera por fin encontrado un sitio para vivir, el lugar que yo necesitaba. Comenzaba a olvidarme por momentos de mi hermano Toni y del disgusto por lo que había dejado atrás. Entre tantas silla de ruedas, yo era uno más. Ellos me trataban con simpatía, al menos algunos, y este hecho me llenaba de satisfacción. No me costaba trabajo tomármelos en serio.

28 de marzo de 2007

Por la mañana asistía a terapia ocupacional, al gimnasio, al taller de carpintería, estaba ocupando casi todas las horas, si no era con una cosa era con otra. Por la tarde tenía menos actividades y aprovechaba para conocer a más gente. Algunos días nos ponían vídeos en una sala y allí coincidíamos unos cuantos. A veces los cuidadores organizaban partidas de bingo, que tenían mucha aceptación. Lo que a mí más me gustaba, sin embargo, era salir al pueblo, pero había muchas cuestas y con la silla manual se hacía duro. Si no tenía nada que comprar, me iba a dar una vuelta por la carretera. Los parajes tan solitarios me aburrían mucho. Solía llegar hasta el cementerio, que estaba lejos, y allí me echaba un cigarrillo, arrimando mi silla a los bancos de piedra. Para mí, la soledad que sentía en aquellos campos era como un dolor que se me fijaba en el pecho. Aquellas viñas me producían tristeza. A veces me encontraba con algún campesino que volvía para casa montado en su burro o con un carro cargado de leña, unos carros y unos burros que debieron de ser los últimos que circularon por los caminos de este país. En poco tiempo ya no se veía ninguno. Los tractores han acabado con ellos. La poca gente con la que me cruzaba no me daba ni las buenas tardes. Casi siempre salía solo de la residencia. No me gustaba el ambiente de los bares de por allí cerca y daba vueltas por la carretera o por el pueblo. Un día recordé lo que un compañero me había contado sobre una residencia que se llamaba La Misericordia. Era un centro para indigentes, de beneficencia. -Si te haces amigo de alguno de los chicos y le pagas el vino, te

da un paseo por el pueblo. Me fui hasta allí, que no estaba cerca, y lo primero que vi fue a otro chico en silla de ruedas como yo. Creo que era síndrome de Down, parecía chino. Hacía mucho calor y estaba vestido con unos pañales y una camiseta, nada más, y lleno de mocos. Tenía la mano metida en la boca. Su abandono era lamentable. Había más gente, todos sentados a la sombra en unos bancos bajo un alcornoque. Me acerqué a uno de ellos, el que tenía mejor aspecto, y le pedí que me acompañase hasta el pueblo. -¿Cuánto me vas a pagar?, me preguntó. Le ofrecí media libra y estuvo conforme. Se llamaba Tano.

3 de abril de 2007

Esta fue la primera vez que salimos juntos de paseo Tano y yo. Repetimos muchas veces, siempre por el mismo precio. Una tarde le propuse que me acercase hasta Montanches, que estaba a varios kilómetros de Alcuéscar. Íbamos por la carretera vieja, con curvas de poca visibilidad. Al llegar al pueblo nos esperaba una empinada cuesta. Yo iba en la silla sentado y llegaba descansado hasta allí. El que empujaba era Tano y cuando llegó al pueblo estaba reventado y sudaba como un cerdo. Nos dirigimos a la iglesia, que estaba cerrada. El chico aprovechó el momento para sentarse a la sombra de una higuera. Yo estaba contento. Saqué la cámara de fotos y le tiré unas cuantas. Le propuse que se acercara hasta el pórtico y allí le tiré otro par de ellas. Me llamó la atención aquel pórtico. Terminamos la sesión de fotos en una fuente, que era en realidad un pozo y el agua había que sacarla con un caldero.

10 de abril de 2007

Conocí al Canario en la cafetería, a Enrique, el Canario. Era canario, por supuesto. Yo estaba solo en una mesa tomándome una cocacola y delante de mí había un tablero de ajedrez. Se me acercó un tipo de nariz muy gorda en silla manual como la mía, un tipo muy feo, con gorra. Tenía mucha fuerza en los brazos y supuse que sería un traumático. El tipo, sin decir palabra, se situó frente a mí y comenzó a colocar en el tablero las fichas de las damas. Lógicamente, a mí me iban a tocar las negras. Cuando terminó de colocarlas, hizo la apertura con sus fichas blancas, se cruzó de brazos y esperó a que yo moviera. No le conocía de nada ni me había fijado en él durante los pocos días que llevaba en Alcuéscar. Lo que más me gustó fue su silencio. Y moví ficha. Lo estuve provocando toda la partida. -La gorra te favorece, tapa esa cara de patata vieja que tienes, dije, pero el Canario no perdía la concentración ni abría la boca. Y, como me ocurrió con Carmen Soria, volví a perder la partida. O en Alcuéscar había buena escuela de damas o yo era muy torpe jugando. Creo que era torpe, pues pasó mucho tiempo antes de ganar alguna vez. Terminamos el juego y habló el Canario al fin por primera vez: -Pringao, me vas a pagar una cocacola.

17 de abril de 2007

El Canario resultó ser un charlatán. A su lado yo estaba siempre riendo. Desde que nos conocimos, siempre íbamos juntos a comprar a los ultramarinos y al mer-

cadillo. Las cuestas eran duras pero tanto él como yo todavía teníamos fuerzas para manejar la silla por aquellos despeñaderos. La gente no era muy solidaria, desde luego, y a nadie se le ocurría empujarnos un poco. Paseábamos juntos por el pueblo, por la carretera hasta el cementerio o hasta la Misericordia. Los paseos que yo había descubierto solo, ahora los hacía con el Canario. Los domingos por la mañana íbamos a una misa que oficiaba en la Misericordia un cura de sotana. El Canario fue mi mejor amigo durante los años que estuve en Alcuéscar. A veces me pedía dinero y se olvidaba de devolvérmelo, pero ya me encargaba yo de recordarle la deuda. Siempre me pagó, aunque tarde. Era un poco mangui, como mis colegas de la adolescencia. Cuando íbamos a la romería del pueblo siempre me pedía dinero para chuches. Ponía cara de pobre y me daba tanto la vara que terminaba sacándome las cuatro perras que yo llevaba. Una tarde subimos al estanco, en la plaza del ayuntamiento, o sea, en lo más alto del pueblo. Iba con la idea de comprar sellos. Él se pidió un Fortuna, abrió el paquete y me ofreció un cigarro. Le dije que había dejado de fumar y me contestó : -Pues la jodimos, porque lo he pedido para ti, que yo no tengo ni un duro. Y tuve que pagar también su Fortuna. El Canario tenía mucha cara, pero era un buen tipo. Se quedó en Alcuéscar cuando me fui de allí, y a veces me acuerdo de él. Hace unos años fui a verlo y dormí en su habitación. Él me cedía la cama, pero al acostarme, estaba tan cansado que me caí. Le pedí que me echase por encima una manta y allí mismo me quedé roque. Dormí sobre las baldosas hasta la mañana siguiente.

24 de abril de 2007

Cuando paseaba por el pueblo con el Canario, observaba caminar a la gente, o a los niños corriendo arriba y abajo, y sentía una gran angustia por no poder hacer lo mismo. Mi frustración era tremenda. Me encontraba en el camino con alguna pareja de novios y lo que sentía no era esa envidia risueña que a todos nos produce la alegría de los otros, sobre todo si son jóvenes y saben divertirse, sino otra cosa, una incomodidad, como si su amor hiciera más presente mi soledad. Los veía disfrutar de la vida y su felicidad me producía un sentimiento de derrota. Ante su bella imagen me sentía vencido. El sol me resucitaba, sin embargo. Cuando salía al campo y sentía su calor, en esos momentos la vida volvía a mi cuerpo. Los rayos del sol entrando por mi ventana me hacían sonreír. Aunque a veces sí me sentía en medio del campo como un pastor, cordial y sereno, no estaba satisfecho con la vida de soledad que me había tocado. Para mí esta soledad siempre ha sido un gran peso, nunca la he deseado y nunca la aceptaré. Cuando dejé Alcuéscar y vine a Leganés, la ciudad disimuló la soledad por un tiempo y la vida parecía llenarse otra vez de color. A veces me sentía como un gigante bajo este arco iris de la ciudad cuando salía a dar una vuelta por el barrio de El Carrascal. Sentía el placer del aire en mi rostro mientras la noche me envolvía. Iba con mi silla eléctrica.

3 de mayo de 2007

Recuerdo a aquel chaval que le fallaban las piernas en Alicante y las imágenes que me vienen a la memoria me producen cierta sensación de alegría, a pesar de todo. En

aquellos días, mi problema era esa cierta frustración de no poder correr como mis amigos. Me sentía cada vez más incómodo al identificar mis limitaciones y no me quedaba a gusto con mi condición de diferente. Este vacío me producía una tremenda angustia. Los compañeros podían andar, correr, moverse y vivir como querían. En cambio, yo comenzaba a depender para todo de otros, y esto era muy incómodo para un adolescente que explora el mundo y que necesita de la energía y de la independencia del explorador. Sin embargo, mi ataxia comenzaba apenas a manifestarse y todavía corría para esconderme de la policía, para seguir a las chicas, para irme de juerga a las discotecas, etc. Si no bailaba era porque nadie quería hacerlo conmigo, pero las piernas aún me sostenían durante largos ratos. Estas imágenes son indelebles en mi memoria y continúan alegrando mi vida. A pesar de la angustia de aquellos momentos, a pesar de una cierta desesperación que se iba dibujando cada día con más claridad, mis recuerdos de adolescencia son alegres, y evocar aquellos días me tranquiliza. La imagen de una adolescente en la playa, una cría macizorra en topless cerca de mi toalla, todavía hoy me hace sonreír. Era la primera vez que yo veía a conciencia unas tetas. El mar azul con su música y sus olores ásperos me tranquilizaba. Mi imagen del mar es una imagen alegre. El sol fuerte me adormecía y me hacía sentirme bien. Corría para coger el autobús que me llevaría a la playa. Cada vez me costaba más subir la cuesta del Castillo. Pasaban los días, me fallaban las piernas y comenzó a gustarme más pasear el casco viejo de la ciudad que subir la cuesta. Cada día la ataxia me limitaba más y me desesperaba más. En la última juerga con los amigos, yo me había metido un tripi. Todos íbamos puestos. Terminamos

en un concierto y, del colocón que llevaba, yo me caía cada dos pasos. Aquel día decidí no salir más con ellos. Fue mi último tripi.

8 de mayo de 2007

Orihuela es el paisaje de mis sueños. Allí vivía un niño con sueños que se cumplían. El río Segura era mágico. A veces corría desbordado, a veces su cauce era una rambla pedregosa. El agua en el Segura era un misterio. Flotaban en ella los cadáveres de los árboles viejos, de los animales abandonados. Cuando recuerdo los neumáticos flotando en la corriente, las puertas viejas u otras porquerías, a mi nariz vuelve intensísimo aquel olor tan ácido que desprendía el río allí, donde desaguaban las cloacas del pueblo, un olor irritante a podredumbre. Es un olor que olvidaré difícilmente, como no olvido tampoco el olor de la tierra mojada o de la hierba cortada en las huertas, o el olor de la panadería. En Navidades, la panadería olía a mantecados, y en verano, a pan recién cocido. Las lentejas de mi madre olían a laurel. Los olores de la cocina de mi casa me devuelven a un mundo seguro. Algo de aquella cocina continúa marcado en mi cuerpo maltrecho.

15 de mayo de 2007

A día de hoy lamento no haberme puesto a escribir cuando la vida bullía a mi alrededor, cuando mi imaginación era un chorro de sueños y mis recuerdos todavía estaban frescos. Nunca se me había ocurrido sentarme a escribir. De niño, y aún de joven, mis sueños eran de comercio. Yo creo que nací más fenicio que poeta. He

estado muchos años vendiendo lotería en Leganés con mi silla de ruedas, más de doce, creo. Estas Navidades lo he dejado, llevaba mucho tiempo acompañándome Manuel Herrera con más paciencia que entusiasmo. Tenía la ilusión de que los beneficios de mis ventas me permitieran ser independiente y dejar la residencia, pero no fue posible. Mis proyectos se vieron frustrados por la evolución de mi ataxia. He ido perdiendo mucha vista en estos años, y también movilidad. Si a ello añadimos que me quitaron la silla eléctrica, mi castillo de fenicio independiente se derrumbó definitivamente. Esto de la vida independiente fue mi sueño desde que entrara en el IMSERSO. Cuando, hace ya más de ocho años y durante una comida, me dijo Juani Alonso, mi compañera de mesa, que un voluntario estaba montando un taller de escritura creativa con otros residentes, no lo dudé y comencé a asistir. Juani sabía que a mí me gustaba escribir cartas y por eso me lo sugirió. Era el taller de Andrés Mencía, al que ahora mismo dicto. A esas alturas de mi vida comenzaba a tener necesidad de comunicarme con mis iguales. Dentro de mí nacía un vivo interés por dar a conocer mi condición. Pensé que la escritura podía ser un buen vehículo y no me he equivocado. La escritura me ha enseñado a mirar la vida de otra manera. Cuando escribes, te atreves a soñar y todo a tu alrededor parece más interesante, incluso lo que no te gusta de la vida. La escritura me ha enseñado también a tomarme más en serio. Sólo se me ocurren cuentos de terror o aventuras del oeste sin ley con ladrones sinvergüenzas. La reflexión nunca fue mi afición más cultivada. Andrés desespera, pero desde que escribo estoy aprendiendo también a pensar. Aprendo o invento la vida de otros y a la vez aprendo e invento mi propia vida. La escritura significa

para mí hablar con todos desde mi silla, desde mi soledad, significa comunicarme, lo necesito.

16 de mayo de 2007

No me esperaba que alguien se acordase de mí, una vez aparcado en Alcuéscar. La sorpresa fue enorme cuando veo entrar en la cafetería, una mañana de julio, dos meses después de haber franqueado yo aquella misma puerta por primera vez, a Isidro, de la comunidad evangélica de Alicante, acompañado de Pepe y Joe, otros que tales. No me lo podía creer. -¿A qué venís aquí? ¿Qué ha pasado? Mi primera reacción fue de sorpresa e inquietud. No sabía nada de Alicante, de mi familia y, de pronto, su presencia me alarmó. -Venimos a verte, te echábamos de menos, me dijo Isidro y se me saltaban las lágrimas. Era la primera visita que recibía y la alegría fue tremenda. Cuando me propusieron que los acompañara hasta Alicante, que tenían organizadas unas vacaciones para mí, creí estar soñando. Irme de Alcuéscar había sido mi obsesión durante los primeros días, obsesión que terminó por convertirse en otra frustración. Pero ahora volvería a Alicante de verdad, volvería con los míos. Por supuesto, les dije que sí, que era un regalo y que no esperaba menos de ellos. Venían en coche y en coche nos volvimos todos. No me despedí de nadie. Fueron las mejores vacaciones de mi vida, las primeras en realidad. Dormía en mi casa, con el padrastro, pero casi no le veía. También venía a dormir mi hermano Toni. Me alegré mucho de volver a verlo. Los hermanos evangélicos me recogían muy de mañana en casa y me pasaba todo el día con ellos. Cada día hacíamos cosas diferentes y veía a gente distinta. De

noche, me devolvían a casa. Los sábados hacíamos una vigilia en un monte lejos de la ciudad. Nos juntábamos allí un grupo numeroso y cantábamos. Hacía fresco y Dios estaba cerca. Cuando me llevaron a Alcuéscar, después de un mes de estar con mis amigos, volvía a la realidad. La realidad de la residencia se había convertido en mi rutina, una rutina sucia, como descolorida. No tenía que haber vuelto.

22 de mayo de 2007

A los seis meses de estar en Alcuéscar, Lisa comenzó a buscarme. Quería estar conmigo a todas horas. Lisa tenía silla eléctrica, pero era tetrapléjica. Manejaba muy bien su silla. Para comer, necesitaba de asistencia. Hasta aquellos días yo no me había fijado en ella, aunque la había visto en el comedor algunas veces, o en la cafetería. Siempre estaba acompañada de dos o tres amigas. Era una chica muy comunicativa. Una tarde, después de comer, yo estaba en el patio tomando el sol y Lisa se me acercó. Me preguntó qué hacía allí, junto a la fuente, solo. No me molesté ni en contestar. Pero Lisa no era una chica tímida, precisamente. Me dijo que ya sabía mi nombre, que sabía que era de Alicante y que tenía que llevarla algún día hasta mi ciudad, pues ella era dominicana y no conocía España. Hablaba como una cotorra. Me cayó bien, le prometí darle conversación otro día y me largué a dormir la siesta. Aquella misma tarde, en la merienda, me abordó de nuevo. Quería saber si tenía novia y dónde podía estar. -Porque aquí en la residencia no está, me aseguró. -Pues yo te prometí conversación otro día. Y me fui a la calle. Por primera vez, durante aquel paseo iba pensando en

Lisa. A la mañana siguiente ella volvió a insistir con más preguntas, pero ya no me parecían tan indiscretas. Lisa era una chica muy agradable, muy bonita, y estuvimos hablando durante un buen rato.

24 de mayo de 2007

Con Lisa me colgué de tal manera que, a partir del primer día, era yo el que iba detrás de ella a todas horas. A su lado me olvidaba de mis limitaciones y las suyas. Era un hombre feliz. Perdía el culo por estar con ella. Lo malo era que no vivíamos juntos. Lisa estaba en un módulo y mi habitación en otro. Cuando le planteé este problema y propuse que viviésemos juntos ella pasó del asunto. -No quiero que un hombre invada mi vida. Lisa había sido bailarina y en España tuvo el accidente que cambió su vida. Tenía un hijo del que se hicieron cargo unos amigos. Se criaba con ellos y, cuando lo llevaban a ver a su madre, el crío la trataba fatal. Era su reacción al abandono, no había manera de hacerle entrar en razón. Ella sufría mucho por su hijo, le dolían mucho estas reacciones de desprecio del crío. También se preocupaba mucho por mí y abroncaba a los responsables para que yo estuviera bien atendido. Lisa, cuando hacía frío, no se atrevía a salir del centro. Yo la arropaba bien y la llevaba conmigo a comprar a los ultramarinos y a dar una vuelta por el pueblo. Un día, mi tío Pepe el Guapo y su mujer fueron a visitarme y no me encontraban. Preguntaron por mí y, al fin, alguien les indicó que podía estar en la habitación con Lisa. Se fueron para allá y no llamaron a la puerta. Al entrar, se llevaron la sorpresa de su vida, porque me encontraron acostado con Lisa en su cama. Empezaron a

reírse y continuaban haciéndolo cuando, al rato, nos encontramos en la cafetería. Yo me levanté todo lo rápido que pude y me fui a buscarlos. Estaba tan enamorado de Lisa que no podía separarme de ella. Por las tardes nos íbamos a su habitación, yo me ponía a su lado y nos metíamos mano. Yo la acariciaba más que ella a mí porque tenía más movilidad. Lisa apenas podía mover un brazo. Le desnudaba apenas los pechos para besárselos, le bajaba las bragas y le acariciaba el clítoris. Un día me dijo que no llegaba al orgasmo, que no podía. Pero yo observaba que, cuando nos acariciábamos, ella se excitaba y se humedecía muchísimo. Un día me desabroché el pantalón y Lisa observó mi tremenda erección. Me pidió que me lo lavase un poco en el baño y, cuando volví junto a ella, comenzó a chuparme como si mi pito fuera una piruleta. Era la primera vez que una mujer me quería hasta ese extremo. Me corrí enseguida en su boca. Luego, con la práctica, el juego duraba eternamente y ya no me corría dentro. Estuve con Lisa durante más de ocho años. Pero pasaba el tiempo y Lisa comenzó a cambiar. Yo percibía su rechazo, cada vez más obstinado.

29 de mayo de 2007

Un día de abril, que yo ensayaba con el grupo de teatro, Lisa se fue al pueblo sola a comprar un secador para el pelo. El dueño de la tienda de electrodomésticos abusó de ella. Era un tipo mayor muy desagradable, un perfecto cerdo. Lisa se asustó. No podía defenderse de la agresión y le entró el pánico. Ella me dijo, llorando de rabia, que únicamente le había estado tocando las tetas, pero para ella fue un momento tremendo. Se fue de allí

cuando el tipo la dejó, y se fue con el secador sin pagar. Nunca más volvimos por aquella tienda. Nunca pagó la compra. Lisa me había contado que en una ocasión había subido a la habitación del hotel con un tío y que lo había terminado echando. Lo había conocido en un bar y se habían enrollado. Ella estaba de gira con su compañía de baile. El tío, en el hotel, la pedía más de lo que ella estaba dispuesta a hacer y terminó tirándole el vaso de whisky a la cara y echándole de la habitación. Lisa tenía mucho carácter y mucha experiencia con los hombres.

30 de mayo de 2007

Toni se presentaba en Alcuéscar sin avisar. Una mañana, estaba yo en cafetería y lo vi llegar. Como siempre que venía a verme, me dio una gran alegría. Venía acompañado de su pareja, Juan. Y lo primero que me dijo mi hermano fue que Joaquín, el padrastro, había muerto. -Qué pronto, tío, fue todo lo que yo comenté. Nunca me llevé bien con Joaquín y no iba a llorarle ahora. -Murió de los bronquios, me dijo mi hermano. Le habían hecho una traqueotomía, como a mi padre. Fumaba mucho y comenzó a tener problemas de salud cuando murió mi madre. Al quedarse viudo, dejó de ver a los amigos y no salía con nadie. Recuerdo que cogía el coche, se acercaba a la sociedad de petanca como hacía cuando vivía mi madre, pero lo veía volver a los cinco minutos. Aquella mañana, Toni, Juan y yo terminamos en Cáceres, comiendo en un restaurante de la judería, cerca de la plaza del ayuntamiento, y en una feria de libros de viejo compré un Don Quijote para regalar a Lisa. La noticia de la muerte del padrastro no había afectado a mi ánimo. Pasamos un buen día. Es

ahora que me acuerdo de él y no sé por qué.

31 de mayo de 2007

Estaba solo en casa y llegó el padrastro del trabajo. Subía con mi madre. Me encontraron haciéndome un bocata. Iba a bajar a la calle en aquel momento y el padrastro me lo prohibió, diciendo que ya era tarde para salir. Mi madre no le contradijo. A mí no me gustaba que el padrastro se metiera en mi vida y protesté. Le dije que yo hacía lo que me daba la gana. Fue suficiente. Me dio unas cuantas bofetadas delante de mi madre. Entonces lo mandé a la mierda y me fui de casa. Encontré a unos colegas y pasé con ellos unas horas. Sobre la una de la madrugada me había quedado solo. Hice una hoguera en un descampado para calentarme y un coche de la pasma paró cerca. Me observaron y siguieron su marcha. Hacía mucho frío y me recogí en un portal y me acosté debajo de la escalera. Me estaba quedando helado y me fui también de allí. Me subí a un camión y me tapé con la lona, pero no me quitaba el frío. A las seis de la mañana volví a casa. Me había pasado toda la noche vagabundeando. Antes de subir a casa, esperé debajo de un balcón a que saliera mi padrastro a trabajar. Cuando lo vi desaparecer por la esquina, salí de mi escondite. Apenas podía caminar a causa del frío. Toqué el timbre de mi casa y mi madre me abrió. Mi madre siempre le daba la razón al padrastro y eso me cabreaba todavía más. Que mi madre no me defendiera me llenaba de ira, que descargaba en el padrastro a la menor ocasión. Las broncas eran permanentes. Rara era la semana que no me atizaba, bien a bofetadas, bien con su verga de camionero. La rabia que yo sentía ha

llegado a dejar en mí una marca que aún perdura. Con todos los que me dan órdenes tengo problemas. Mi tío dice que siempre fui un cabezón como mi abuela María, pero yo no creo que eso explique mucho.

5 de junio de 2007

En la época en que yo la conocí, Lisa había engordado un poco, no mucho, pero lo suficiente para que las braguitas que más le gustaba ponerse para mí le marcasen el culo hasta el extremo de dificultarle la circulación de la sangre. Las braguitas eran negras y tenían bordada una rosa roja con un tallo verde. -No te las vuelvas a poner, le decía yo, pero no me hacía caso. Pasó el tiempo y dejó de ponerse aquellas braguitas. Pasó más tiempo y comenzó a decirme que no fuese por su habitación esta noche, que estaba muy cansada. Yo notaba que ya no quería estar a solas conmigo como antes. Prefería que nos viésemos en grupo con otros compañeros. Tampoco de paseo quería salir sola conmigo. Comenzó a hacer risas con un compañero que no tenía piernas y que era un juergas. Este chico tenía buenos contactos en el pueblo y conseguía buen costo. Una noche me acerqué hasta la habitación 403, la de Lisa, y los encontré a los dos fumando y riendo. No volví nunca más. Pero no podía dejar de querer a Lisa. Llegué incluso a buscar al camello del costo, pero en el último momento me negué a comprar. Tenía demasiadas malas experiencias con la droga. Un amigo había fallecido hacía poco y Toni cada vez estaba más colgado. No podía jugar con la droga y decidí largarme de Alcuéscar. Me enteré de que abrían otro centro del IMSERSO en Madrid y solicité plaza. Ver cada día a Lisa me producía un dolor

tremendo.

6 de junio de 2007

Hoy me ha llevado la responsable al despacho del director. Los cuidadores se quejan de que por la noche me tienen que poner muchas veces la botella para mear, cada vez que yo les llamo porque tengo necesidad. Por supuesto, nunca les he oído quejarse de pasar las noches durmiendo en horas de trabajo. Desde que uso pañales, hará unos seis años, me niego a abrochármelos en la cama porque me producen irritaciones en la piel, urticaria y escaras. Son muchas horas las que me paso acostado, desde la nueve de la noche hasta las nueve de la mañana, aproximadamente. Es cierto que, desde que llamo para que me pongan la botella hasta que vienen a hacerlo, pasa mucho tiempo y la mayoría de las noches ya he meado la cama. Me ha dicho el director que se quejan porque me tienen que cambiar la ropa de la cama cada vez que me meo. Para lo que me había llevado al despacho la responsable era para decirme que me tendrían que poner el pitochín, un artilugio colector acoplado al pito, una especie de condón con un desagüe que termina en la bolsa de almacenamiento. Este pitochín, así lo llaman los cuidadores, lo he usado algunas veces durante una semana y siempre he terminado por negarme a continuar haciéndolo porque la goma se me sale del pito y entonces sí que me meo encima sin remedio. Se lo he vuelto a explicar al director y él me ha conminado al pitochín o a usar pañales durante la noche. -Los pañales abrochados no me los voy a poner porque son antihigiénicos, y el pitochín no sirve para nada. ¿Que cómo terminó la reunión? El director me dijo que tendría

que vivir sin pañal también durante el día. Y esta tarde, después de la siesta, ya no me lo han puesto. He preguntado la razón a la cuidadora que me atendía y me ha dicho que estaba escrito en el libro de incidencias, que desde hoy no me pusiesen pañal. O sea, que si no quieres pañal de noche, estarás meado todo el día. ¿Y para qué? Para que yo me convenza, como el perro de la campanilla, de que quien manda es el que pone la comida. Hace tiempo que estaba convencido de ello, de esto no me tienen que convencer. De lo que sí quisiera convencerme es de que aquí se me trata con el respeto y la consideración que merece cualquier ser humano. Y que atienden a mi salud, pues bebo mucha agua para ayudar a trabajar al corazón, y ahora, sin pañal, no podré hacerlo para no mearme encima.

12 de junio de 2007

Cuando empezaba a colgarme con Lisa, el Canario se reía de mí. Una tarde, después de la merienda, se me ocurrió decirle que no podía acompañarle hasta el pueblo y él, extrañado, me preguntó qué me pasaba. Tuve que confesarle que había quedado con una tía para jugar al parchís y él se cabreó muchísimo y se largó echando pestes. -¡Mierda de mujeres!, decía. Era cuando yo comenzaba con Lisa. El Canario terminó por aceptar la relación, pero siempre con recelo. No podía hablar con él de mis problemas con Lisa, no teníamos muchas confidencias sobre este tema. Sí, en cambio, hablaba con Carmen Soria. Ella era muy amiga de Lisa y siempre estaban juntas. Cuando yo me acercaba a Lisa, ella procuraba retirarse. Nos llamaba los pichoncitos. Si yo buscaba a Lisa y la

encontraba a ella, me decía dónde estaba en ese momento su amiga, siempre lo sabía. Cuando por fin rompimos, con Carmen era con la única persona que podía hablar de ello. Y le comenté mis planes para largarme de Alcuéscar. Carmen me apoyó en la decisión. -Tal como están las cosas, lo mejor para ti es largarte, me dijo, sufrirás menos lejos de aquí.

14 de junio de 2007

Carmen Soria me había hablado del teatro el primer día que llegué a Alcuéscar. La responsable del grupo, Susana, me propuso participar de inmediato y yo le di largas, pero terminé apuntándome al grupo. A los dos meses de llegar ya estaba ensayando, en pleno verano. No era buen actor, pero la directora era paciente con todos. Susana era buena gente. A mí me gustaba más aprenderme los textos que declamarlos. En la única obra que representé, recuerdo que hacía de ladrón y era el prota, o por lo menos el prota malo. Fuimos tres veces a Cáceres a representar la obra. La primera vez, en la biblioteca pública, fue todo un éxito. Oía las risas y los aplausos de la gente y no me podía creer que fuera yo el que estuviera allí, sobre el escenario, provocando semejantes reacciones. Terminada la representación, nos invitaron a cenar en un restaurante y, entre copas de champán, puros y un poco de tarta, Carmen Soria y yo no hacíamos más que reírnos. Luego nos fuimos todos a la discoteca hasta las tantas. Nos acompañaba la propia directora de la residencia de Alcuéscar con cinco cuidadores. Eran otros tiempos, estos centros del IMSERSO comenzaban por entonces y no estaban tan deteriorados como ahora, con el personal

y los sindicatos peleándose las funciones. Volvimos a Cáceres con la obra, a un colegio, y por fin a un polideportivo, en plan masivo. Me dio pena dejar el grupo, pero me había enrollado con Lisa y ella no quería más movidas de esas. Los escenarios la entristecían mucho. Su vida habían sido las tablas y echaba de menos aquella vida.

19 de junio de 2007

Durante largos años, más de los que yo hubiera deseado, mi cuerpo y mi memoria han registrado todas y cada una de las sensaciones que mi ataxia iba regalándome. Fue muy diferente para mí enfrentarme a los primeros síntomas, las piernas que me fallaban, la pérdida de equilibrio, habilidades que perdía con las manos (sin conocer por cierto la causa de estas anomalías) que enfrentarme hoy con la vida desde mi silla de ruedas. Cuando entré por primera vez a una residencia del IMSERSO yo no necesitaba de asistentes para desenvolverme en mis espacios. Todo me lo hacía yo mismo, comer, lavarme, vestirme, acostarme, etc. El hecho de ser independiente en la residencia me hacía sentirme satisfecho conmigo mismo y un hombre libre. Aquello era vida. Ahora, sin embargo, necesito de asistencia para todo lo que entonces podía hacer solo. Mi vida ha cambiado radicalmente. Ahora mismo apenas tengo fuerzas para mover mi silla y recorrer los pasillos. Pero algo ha ocurrido en mi vida, además, para que haya perdido la alegría de los primeros años. Se puede decir que ahora es cuando han comenzado los problemas de verdad. Mi ataxia me ha limitado, pero también mi entorno se ha hecho cada vez más duro. Cuando comencé a vivir en la residencia, la

asistencia que recibía se ajustaba a mis necesidades. Hoy el desajuste es grande, sobre todo por el trato que recibo de mis asistentes. En el conflicto actual de los pañales y el pitochín, nadie me escucha. Es muy desagradable estar asistido por personas cuya consideración hacia ti no es diferente de la que puedan tener a un saco de patatas que no es de su propiedad. El hecho de que los cuidadores me traten como un bulto para mí es una ofensa a mi honor y a mi dignidad. Si un cuidador me abofeteara no me haría tanto daño. ¿Por qué los trabajadores sanitarios han perdido hasta ese grado el contacto con la realidad, o sea, con nosotros? Su falta de consideración hacia mí y, en general, hacia los compañeros es tan grande que pone en cuestión su propia condición. Viéndolos actuar tan desanimados, tan lejanos y sin motivación, uno duda si no serán ellos los enfermos, si no serán ellos los que necesiten urgentemente de asistencia. Hay más lecciones que he aprendido en esta vida, pero de todas ellas no es la menor esta que me dan los cuidadores. Nadie podrá convencerme jamás de que mi infelicidad se debe exclusivamente a mi condición, a mi ataxia, a mi naturaleza. El trato que yo recibo en esta residencia me hace muy desdichado. -Para la desdicha también hay salidas, afirma Andrés. -Sí, por la puerta, le contesto. Siempre terminamos discutiendo.

20 de junio de 2007

Llegué al CAMF de Leganés en la primavera de 1991. Estaba deseando dejar Alcuéscar. La tristeza me consumía. En el fondo, venía huyendo. El hecho de salir de allí me iba a ayudar a recuperar un poco la razón, pues estaba como loco. La frustración o el desengaño con Lisa

me hacía sentirme más arrastrado que una lombriz. Vine a Leganés en el coche de un pastor evangélico con el que tenía relación, pues me llevaba una vez al mes al culto en su iglesia, que estaba en Cáceres. Por cierto, una tarde, de vuelta del culto, tuvimos un accidente. Un coche nos golpeó el costado y nos echó a la cuneta. No nos matamos de milagro, porque veníamos de rezar. No resultó difícil encontrar Leganés en el mapa de carreteras y, una vez en el pueblo, encontrar el CAMF. Llegamos sobre la una, para comer. Sólo una vez habíamos preguntado por el CAMF de la Avda. Alemania, 14. En la puerta del centro estaban tomando el sol varios residentes. Recuerdo que ni contestaron a mi saludo. Me presenté en recepción y en seguida llegó la responsable. Ella fue la que me asignó la habitación 224, en la segunda planta, habitación que ocupó desde aquel día, en abril hizo 16 años. El centro se inauguró en mayo. Por aquellos días estábamos llegando los primeros residentes. La habitación parecía un nido de gorriones comparada con la que había dejado en Alcuéscar, pero no me importaba, olía a nueva y me había hecho el firme propósito de no echar de menos nada del pasado. Además, estaba más cerca de Alicante y vería más a menudo a mi hermano Toni. Durante los ocho años que estuve en Alcuéscar, Toni había venido a verme pocas veces. La ventana de mi habitación da al parque de El Carrascal, cuatro árboles nuevos y polvo. Me despedí del pastor evangélico que me había traído y había subido mis cosas, dos bolsas y unos cuadros, que eran todas mis pertenencias. No he vuelto a ver a este pastor y no recuerdo su nombre.

26 de junio de 2007

Desde el primer momento, el CAMF de Leganés me pareció otro mundo. Había llegado a la gran urbe desde un pueblucho con cuestras, con todo lo que significan las cuestras para un cojo. De pronto, todo volvía a estar a mi alcance, la calle, la gente, la ciudad. Había vuelto a mi mundo, volvía a recorrer las calles. La primera impresión parecía favorable. Parecía que no me había equivocado en el cambio. Y todo me fue bien, razonablemente bien, mientras yo era independiente. Me monté una vida bastante soportable desde el principio, incluso entretenida. Comencé a vender lotería a los vecinos del barrio, en las tiendas, por la calle, en el rastrillo, etc. Las loteras de la administración nº 6 me ayudaban mucho y nunca tuve problemas con ellas. Esta actividad me mantenía ocupado y en contacto con la realidad. Estaba en la calle casi todo el día, era hasta divertido hablar con la gente. Tenía clientes fieles y por ellos me enteraba de otras posibilidades de trabajo. Una mujer me propuso en una ocasión hacer llaveros, pero no me animé, me pareció muy complicado. Lo que más repartí del gordo fue una terminación. Algunos clientes, cuando el número les tocaba, me daban propina. No vendía de los ciegos más que a los clientes que me lo encargaban y en una ocasión le di seis cupones premiados a un tipo, un millón doscientas mil, y me despachó con un caramelo. Era un tipo generoso. A una cuidadora le tocó el mismo cupón y ella me compró un chándal. Los problemas en este centro comenzaron cuando yo me hice cada vez más dependiente. Tenía que acostarme a una hora, levantarme a una hora. Antes había sido con la ducha, alguien decidió por mí que me lavasen los cuidadores. Perdía autonomía. Me acostaba solo hasta que un día

me caí al acostarme. Desde entonces me acuestan los cuidadores. Manejaba silla eléctrica hasta que alguien decidió que no veía y me la quitaron. Los últimos años no he tenido más que problemas. Y ahora me quitan los pañales. Ellos dicen que no me adapto, y yo digo que soy maltratado. Andrés insiste en que no identifico el problema más importante, y que ello me impide afrontar el resto, la silla, los pañales, etc, con una actitud más positiva. No sé cuál será ese problema, ¡cómo no sea la misma residencial! -No exactamente, dice él, sino que consientas ser tratado como enfermo. ¿Y qué soy, si no?

28 de junio de 2007

Saray es de esclerosis múltiple. Cuando llegó aquí, hará siete años, la pusieron a comer en mi mesa. Los primeros días no teníamos mucha comunicación, buenos días y poco más. Pasado un tiempo comencé a fijarme en ella. Hablábamos en la mesa y Saray se metía mucho conmigo. Cada vez que pasaba alguna amiga mía cerca, la señalaba y comenzaba a reírse de mí. Yo la amenazaba con cambiarme de mesa, pero no surtía efecto. Así estuvimos tonteando durante un tiempo. Saray cada vez me caía mejor. Desde aquellos días, hace ya por lo menos seis años, nos queremos y poco más. Ella siempre fue muy cariñosa conmigo y nunca rechazó mis caricias. Su cara se iluminaba cuando estábamos juntos. Ha pasado el tiempo y su deterioro físico ha sido enorme. Hoy día ya no come, no habla, apenas aprieta su mano derecha sobre la mía para decir sí, que quiere que la acompañe. Su rostro, sin embargo, continuaba iluminándose cuando me veía. ¿Por qué estoy contando ahora esta historia y por qué la conta-

ba en pasado? Porque desde hace un tiempo, las reacciones de los cuidadores cuando nos ven juntos a Saray y a mí hacen que me sienta sucio. Me reprochan que la acaricie y tengo que entrar a su habitación a escondidas, como si estuviera haciendo algo malo, como si acompañar a Saray (pues casi no podemos hacer otra cosa que acompañarnos, ni hablar podemos ya, pues ella no pronuncia palabra) fuera obsceno o un acto criminal. Saray, cuando yo no la acompaño, está completamente sola, aparcada en un pasillo contra la pared durante todo el día. A ningún cuidador se le ocurre, no ya sacarla a la calle y darle un paseo, ni siquiera ponerla a la sombra de algún olmo en el patio para que mire el verde del césped y oiga cantar a los pájaros. Dicen que mover a Saray no entra en la lista de sus funciones. Yo tampoco puedo hacerlo desde que me quitaron la silla eléctrica, ya no tengo casi fuerzas ni para mover mi propia silla. Ayer quería besar a Saray, pero a ella la cabeza no le obedece y a mí las manos tampoco mucho. Para acercarla hacia mí, debí de arañarle un poco el cuello. Lo sé porque hoy los cuidadores me han impedido ver a Saray. Dicen que tienen órdenes de no dejar que me acerque a ella. ¿La razón? Que tiene arañazos en el cuello y yo se los tuve que hacer. Es otra muestra más del trato y la protección que se nos dispensa en este centro.

3 de julio de 2007

Continúo teniendo necesidad de sexo. No es como antes, que podía tener sexo cada segundo día. Hace ya unos años que mi deseo es menor, pero mantengo erecciones regularmente, aunque no con demasiada frecuencia. Por la noche llego incluso a tener alguna polución

provocada por sueños eróticos. Mis orgasmos actualmente son menos satisfactorios que antes, son menos intensos, más breves. Ya no me masturbo, nunca lo hice con asiduidad por periodos largos, y, para correrme, necesito acariciar a una mujer. Estos deseos me vienen aproximadamente una vez al mes y, si los satisfago, tardan en volver a acuciarme. Desde que Lisa cortó conmigo, creo que no he vuelto a enamorarme. Desde aquellos años, he tenido relación con varias chicas, pero no he vuelto a colgarme con ninguna. Por cierto, tampoco ellas conmigo. Las relaciones me han durado poco en Leganés. Con la compañera que más tiempo he estado enrollado ha sido un par de años o menos. Con alguna no pasó la relación de una semana. En la residencia hay pocas parejas y suelen ser estables. Las relaciones esporádicas no son frecuentes. En el sexo, a mí me reprime mucho mi idea de dios. Mi dios no quiere sexo, aunque yo no le hago mucho caso. La relación más duradera que he mantenido durante estos últimos años ha sido con Saray. Pero nunca ha sido mucho más que piedad y compasión. Saray es el ser más abandonado que conozco, y el más solo. Hasta sus hijos la han abandonado.

4 de julio de 2007

Ahora mismo me he meado encima. No aguantaba más la tensión y accedí a ponerme el pitochín. ¿Qué pasó? Que me he puesto a mear, la goma se había salido de su sitio y todo el orín en la silla y en el suelo, ante el ordenador. Andrés me ha llevado a cambiarme y la cuidadora ha reconocido que el colector no es útil para alguien que, como yo, se mueve mucho en la silla. Dice que pida que

me pongan los pañales otra vez, que ella me apoya. Andrés ha aprovechado para preguntar mi opinión sobre el episodio, pero no quiero bronca, estoy demasiado cabreado con toda esta mierda. Nadie me entiende. -La cuidadora que te ha asistido dice que sí te entiende, ella no parece el problema, subraya Andrés sin embargo.

5 de julio de 2007

Mi hermano Toni era mi hermano. Y era mi hermano más cercano. Con él robaba en mi adolescencia coches, ropa y todo eso, y con él fumé mis primeros porros. Lo que para mí no era más que un juego, pronto se convirtió para Toni en una pesadilla. La droga lo enganchó. Entre nuestros amigos, fueron unos cuantos los que murieron a causa de la droga. Recuerdo a uno, el Titi, que era de los más colgados, que ha conseguido desengancharse. Mi hermano también lo intentaba, pero no consiguió dejar la heroína. Murió de sobredosis. Murió el día cuatro de julio. Yo ya estaba residiendo en el CAMF de Leganés. Una mañana vino a verme una amiga de Zarzaquemada. Estábamos hablando de sus vacaciones y me llamaron por teléfono. Ya era la hora de comer y la llamada me pareció bien inoportuna. Me llamaba mi tía Rosa, la mujer de mi tío Pepe. Nos saludamos y, de repente, me soltó que mi hermano Toni había muerto de sobredosis. Yo la oí y no me lo podía creer. Empecé a llorar, sentí como si algo muy mío se hubiese salido de mí, como si se me volase la última oportunidad de ser feliz, la última oportunidad de escapar de estas residencias del IMSERSO. Él había sido, sin embargo, quien me había traído hasta aquí, pero yo se lo perdonaba y continuaba confiando en él. El teléfono se

me cayó de las manos. Mi amiga lo recogió del suelo y volvió a ponerlo en mi mano. Mi tía me decía que estuviese tranquilo, que el tío Pepe vendría en dos o tres semanas y me contaría los detalles. Y me daba ánimos. Yo continuaba llorando y no podía hablar, hasta que colgué. Me fui a la habitación, la amiga de Zarza continuaba a mi lado, preocupada. Cuando llegamos, ella se sentó en la cama y me preguntó qué había pasado. Apenas podía hablar, pero recuerdo que repetí lo que había oído de boca de mi tía, que mi hermano pequeño había muerto de sobredosis. Yo me escuchaba diciendo aquello y sentía una pena tremenda. No paraba de llorar. Mi amiga hablaba de la muerte como algo inevitable, pero sus palabras estaban vacías. Se me había muerto el hermano al que estaba más unido, al que yo más quería. Era el único que venía a verme. Solía venir acompañado de Juan, su pareja, y nos íbamos a comer a ParqueSur. Siempre pagaba Juan. Las visitas de mi hermano me devolvían a la época más feliz de mi vida, a mi adolescencia, a Alicante, y me hacían sentirme protegido y acompañado. A su lado yo era importante. Toni había prometido que me sacaría de aquí.

10 de julio de 2007

Hoy me ha dolido la cabeza durante todo el día. Esta mañana, al despertarme, no tenía la cabeza sobre el almohadón. Cuando, a las ocho, se pasaron los cuidadores por la habitación, no les dije nada, pues a esa hora andan con mucha prisa. Cuando vinieron a levantarme a las nueve, ya me dolía horrores. Durante todo el día he estado mal. Cuando Toni me decía que me iba a sacar de la residencia, yo le preguntaba siempre, algo incrédulo, que

dónde me iba a llevar. -A Alicante, tío, me contestaba Toni. -¿Pero vas a poder conmigo?, insistía yo. -Podemos pagar a un asistente. Yo le creía a Toni. La última vez que hablamos de ello fue unos días antes de su muerte. Lo habíamos hablado otras veces, pero aquella última vez fijamos el día que vendría a recogerme, lo recuerdo bien, el 1 de julio. Y murió el día 4. Lo estuve esperando el día 1, pero no vino. Yo le quería y le perdonaba estas informalidades. No siempre me fallaba. Toni me había defendido cuando algún listo había querido abusar de mi falta de movilidad. Además, Toni fue el primero que me asistió, después de mi madre. Aunque me hubiese dicho que había salvado a Jesucristo, yo le hubiese creído, cuanto más si decía que me iba a sacar de estas residencias del IMSERSO. Lo que más sentí fue no poder ir a su funeral. Mi hermano el de Barcelona, José Antonio, sí que fue, y Tomás. Los detalles del funeral me los contó mi tío Pepe. Mi hermano Tomás me ha recordado en alguna ocasión que lo enterraron junto a nuestra madre. Un día mi tío, pasados varios años, me preguntó si yo había encargado que se pusiera la foto en la lápida de mi hermano Toni, que cerraba el nicho. Él siempre me había dicho que su lápida no tenía foto. Yo no encargué ponerla. Ni mi tío ni nadie me han sabido explicar quién puso por fin su foto en la lápida. Continúa siendo un misterio.

12 de julio de 2007

-Escúchame, Andrés, yo en Alcuéscar era feliz, razonablemente feliz. Si aquí soy desdichado es porque todo cambió en este centro. He perdido la poca libertad que tenía. Todo el día aquí dentro, sentado en una silla,

desde que me quitaron la silla eléctrica. Me siento enjaulado, sin libertad, así me siento aquí. Me reprochas que sea tan desdichado, que no sepa aprovechar las pocas o muchas opciones que tengo de disfrutar de la vida. No tengo más que problemas aquí, casi todos derivados de intromisiones en mi vida o falta de respeto. ¿Y tú me preguntas por qué soy tan desdichado? No tengo posibilidad de defenderme, ya no puedo hablar, no tengo fuerzas para discutir (y si muevo las manos y en la agitación golpeo a algún interlocutor, para qué quieres más), nadie me defiende tampoco, me joden vivo. No soy feliz aquí porque no me dejan estar con Saray, porque yo la quiero. Se están metiendo en la vida íntima de un residente. Cierto que Saray está incapacitada y tutelada y ellos son responsables, pero no pueden ignorar sus afectos. Si ella quiere estar conmigo, por qué tengo yo que dar explicaciones, por qué no me dejan visitarla en su habitación.

18 de julio de 2007

A estas alturas del libro, Andrés y yo discutimos más que escribimos. Él pierde el tiempo intentando convencerme de no sé qué y yo estoy cansándome de contestar a sus preguntas. Hace más de un año que oigo decir al grillo en que se ha convertido Andrés eso de que no interpreto bien mi vida y mi mundo. Dice, por ejemplo, que vivo donde elegí y que me engaño cuando afirmo que vivo en una cárcel, transformando de un plumazo a todos mis asistentes en carceleros, o sea, en enemigos. Bien, esto no será una cárcel, pero yo no puedo salir de ella. -No puedes, me dice Andrés, porque tu naturaleza te lo impide. -Cierto, le contesto yo, las puertas del centro están abier-

tas, pero muchos de nosotros no tenemos acceso a ellas y nos sentimos prisioneros y somos infelices. Para Andrés, es justo esta respuesta la que desautoriza todos mis razonamientos sobre el comportamiento de los cuidadores, y por extensión, de todo el personal, pues afirma que mis cuidadores no son los responsables de mis limitaciones físicas ni de que exista la institución. -Si alguien es responsable de tu naturaleza y de tu vida eres tú mismo, no tus cuidadores, y si estás aquí es voluntariamente, nadie te obligó a elegir esta opción en su momento. Andrés tampoco me entiende. No comprende que mi grito contra los cuidadores y mi protesta contra el trato que recibo brota de mi percepción inequívoca de que no dispongo de mi propia vida, de que no está en mis manos mi destino y de que, mientras esté aquí, en el IMSERSO, nunca lo estará. -Sí, me contesta Andrés, justo es a lo que renunciaste cuando escogiste la residencia, en su momento, tu elección fue el error. -¿En qué quedamos entonces ? ¿Tengo yo razón o no ? Esto es lo que pregunto a estas alturas y Andrés todavía me contesta que no tengo razón, que podía haber elegido otra cosa.

25 de julio de 2007

Esta noche, a las tres de la mañana, entraron en mi habitación, como de costumbre, los cuidadores a cambiarme de postura. Yo he pedido que, por favor, enciendan la luz cuando entran, pues prefiero enterarme de que lo hacen, aunque sea a costa de despertarme. He ido a informar a la responsable más de una vez de que no me hacen el cambio postural y ella me dice que sí lo han hecho, pero que no me entero porque estoy dormido. Hoy

estaba despierto cuando entraron en la habitación y sé también los nombres de los cuidadores. Entraron a oscuras, se dijeron algo al oído que yo no pude descifrar y se largaron sin hacerme el cambio. Dejé pasar cinco minutos y llamé a control. Allí estaban los dos. Pedí que me hicieran el cambio y volvieron a mi habitación de inmediato, encendieron la luz, me cambiaron de postura y se fueron. Estoy tan cansado de broncas que hoy no se lo he dicho a la responsable ni al director. Había un turno que me hacía el cambio postural a las doce y a las tres y que nunca fallaba. Pero comencé a observar que no me cambiaban a las seis de la mañana. Un día que estaba despierto a esa hora y que estaba bien seguro de que no habían venido, los llamé. Me habían retirado el timbre, lo habían puesto lejos de mi alcance, para que no pudiese usarlo y, lógicamente, mi brazo no llegaba. Tuve que llamar a voces. Sabía que estaba molestando a los compañeros, pero no podía hacer otra cosa. Al fin vinieron, les dije que no me habían hecho el cambio postural y ellos dijeron que sí. Como yo insistía, llamaron a la enfermera, que es la responsable del centro a esas horas. También ella se presentó en mi habitación y preguntó por lo ocurrido. Se lo comenté y me respondió que los cuidadores afirmaban lo contrario. Era su palabra contra la mía. Todavía, a la mañana siguiente, algún residente me echó en cara el haberlo despertado con mis gritos.

2 de agosto de 2007

Nuevas discusiones durante toda la semana. Resumiendo, Andrés dice que mis críticas al trabajo de los cuidadores ocultan la verdadera naturaleza del problema.

Insiste en que mi problema más grave no son mis cuidadores, sino haber elegido ser tratado como enfermo y haber puesto mi destino en manos de los sanitarios. Vaya cosa, Andrés siempre encuentra la manera de hacerme responsable de todo. -Eres responsable de tu vida, dice.

6 de agosto de 2007

Excepción hecha de Toni, he mantenido muy poca relación con mis hermanos desde que ingresé en el IMSERSO. La razón es que ellos tampoco quieren saber mucho de mí y nos hemos distanciado. Con los sobrinos he tenido poca relación, dos hijos de José Antonio, chico y chica, en Barcelona y dos hijas de Tomás en Alicante. Tomás sólo ha venido una única vez a verme al IMSERSO. Vino con su mujer y una de las niñas. Los traía mi tío Pepe. Mientras comíamos en ParqueSur (la niña, Mari Mar, se había encaprichado con una muñeca y yo se la compré) mi cuñada me invitó a pasar unos días en su casa y aquella misma tarde nos volvimos todos para Alicante. Era agosto, había fiestas y yo dormía mal a causa de la música, pero me trataban bien. Estuve con ellos quince días. Repetí la visita diez años más tarde, en la comunión de mi sobrina. Fue en junio de 2002, se presentó aquí, en Leganés, sin previo aviso, mi cuñada con unos amigos para informarme de que su hija pequeña hacía la primera comunión. Me invitaban y venían dispuestos a llevarme aquel mismo día. Yo arreglé las cuentas de la lotería en la Administración nº 6 y me fui con ella. Estuve en su casa otros quince días. Siempre fue Tomás el que me asistió durante estas visitas, a veces lo ayudaba un cuñado. Siempre me trató con corrección. Dos invitaciones en

veinticinco años no es gran cosa, aunque se lo agradezco. Si algo le reprocho a Tomás es que no venga a verme, que me tenga tan olvidado. Tiene su vida montada y yo soy un cero a la izquierda para él. Con mi hermano José Antonio las cosas han sido peor. La primera vez que vino a verme fue en Alcuéscar. Venía con su mujer y su hijo pequeño. Me alegré mucho de verlos y no tuve con mi hermano ningún problema. Pasé un buen rato con mi sobrino. Unos diez años después, por el 96, volvió a visitarme, aquí, en Leganés. Comenzaba para mí una pesadilla.

7 de agosto de 2007

Mi hermano José Antonio vino a verme a Leganés con la intención de llevarme a pasar unos días a Barcelona, a su casa, con su familia. Nos fuimos en eurotaxi hasta la estación y todo iba bien, pues el taxista me había subido al coche con la silla y me había bajado. Mi hermano sacó los billetes para el TALGO y, a su hora, nos fuimos al andén. Los problemas comenzaron al intentar subirme al tren, de puertas especialmente estrechas e inaccesible para personas en silla de ruedas. Ante la puerta de acceso al vagón se atascó mi silla y mi hermano, hombre de escasos recursos, en vez de culpar a RENFE por aquello, la emprendió conmigo, comenzando a gritarme y a insultarme porque no era capaz de ponerme de pie y subir. Hacía años que yo no podía ponerme de pie, y menos para subirme a un tren. A rastras me subió, sin pedir ni siquiera ayuda, y a rastras me sentó en el departamento que me correspondía. Mi silla la había plegado, pues tampoco circulaba por los pasillos. Pasado Zaragoza, me entraron ganas de mear y se lo advertí a José Antonio. -Joder,

aguántate. Esta fue su respuesta. Yo no podía más e insistí. Me volvió a coger sin el menor cuidado y me llevó a rastras hasta el servicio. Aquel espacio era muy estrecho y mi hermano me tenía que estar sujetando mientras yo hacía por mear. No había dejado de insultarme desde que me había agarrado en el asiento. -Este cabrón no se mueve, me cago en su puta madre. No llegó a pegarme, pero tiraba de mí, arrastrándome por el pasillo como si fuera un fardo, gritando que yo pesaba mucho y que él no iba a tratarme con los miramientos que me trataban los cuidadores del centro, que estaba en la silla porque era un vago, lindezas por el estilo. A mí me hacía más daño lo que decía que lo que hacía conmigo. Hablaba sin ningún respeto hacia mí, sin la menor consideración. Hablaba para insultarme, sólo eso. Para coger el tren de cercanías hasta San Sadurni de Noya, donde mi hermano tiene su casa, se le ocurrió pedir ayuda y entre dos chicos me subieron a la plataforma. Para subirme al piso, un cuarto sin ascensor, José Antonio me subió a cuestras. Y me bajó a los quince días, para volver a Laganés. Todo el tiempo me lo pasé en aquel piso, los quince días, de la cama al comedor y del comedor a la cama, encerrado todo el tiempo. Estas fueron mis vacaciones en Barcelona.

13 de agosto de 2007

El año pasado, 2006, se casaba mi sobrino Cuqui, el hijo de José Antonio, un sábado de verano. El chico me invitó y mi hermano vino a recogerme el viernes por la tarde con un par de amigos. Hacíamos el viaje en coche. Cuando me sacaron del vehículo en Guadalajara, para cenar, ya comenzó mi hermano a insultarme. Esta vez yo

también me cabréé, no estaba dispuesto a aguantar más su estupidez. -Voy a la boda porque se lo he prometido a tu hijo, pero cuando termine, me metes en un avión en el Prat y me dejas, que ya me apaño yo. Estuve con él dos días y fueron de pesadilla. Cuando me dejó en el Prat, pude respirar al fin. Volví solo a Madrid y lo hice más tranquilo que si me hubiera acompañado él. Las azafatas me tratan mejor.

22 de agosto de 2007

Después de tantas discusiones con Andrés, algo comienzo a vislumbrar. La última bronca, porque él no considera oportuno incluir en mi libro los textos que le dicté sobre mis hermanos. No le he dado opción, también lo que cuento en ellos es mi vida, también eso soy yo. Pero Andrés sí me apoya cuando le explico que en esta residencia del IMSERSO no puedo disponer de mi propia vida y cuando afirmo que yo podría vivir de otra manera si tuviese recursos para ello. Esto sí que lo entiende Andrés. Es más, me reprocha, a mí y a mis compañeros de residencia, que hayamos puesto en manos de la institución nuestros destinos a cambio de nada o de muy poco, comida y techo, a lo que ya tenemos derecho por el mero hecho de existir. Dice, y ahora ya estoy de acuerdo con él, que nosotros deberíamos gestionar los recursos que el Estado presupuesta para nosotros, el colectivo de los diversos funcionales, como los cineastas gestionan lo que les toca del pastel de los presupuestos, o el rey mismo, que también vive de los presupuestos, o los agricultores o los sindicatos o las multinacionales o los propios curritos subvencionados de las multinacionales y de los bancos. A nadie se

le obliga, cuando el Estado destina recursos generales a facilitar su vida o a permitir su subsistencia, como ocurre con la iglesia católica y sus clérigos, que son otros que viven a costa de los presupuestos, a nadie se le obliga a renunciar a la libertad y a su autonomía a cambio de subvención, a cambio de comida y techo. Sólo el colectivo de los diversos funcionales estamos obligados, si queremos comer, a renunciar a decidir lo que queremos hacer con nuestra vida, dónde queremos vivirla, con quién hacerlo o cuáles serán nuestros asistentes.

24 de agosto de 2007

Estoy de acuerdo con Andrés en esto, los diversos funcionales no tenemos por qué estar condenados a vivir donde no queremos. Y no es problema de pasta. Con los recursos que el Estado despilfarra en este centro (el presupuesto de 2006 fue, para el CAMF de Leganés, de 5.723.200 euros, a lo que hay que sumar drogas, que no escatiman, y atención médica, a cargo del departamento de la sanidad pública) para 112 residentes, podríamos vivir cada uno de nosotros como nos diera la real gana y donde nos diera la real gana, y contratando tres asistentes personales diarios. O sea, con 139 euros diarios, más drogas, que es lo que corresponde a cada uno de los 112 residentes de ese presupuesto, podríamos vivir todos a voluntad, gestionando nosotros los recursos. Nosotros, cada uno o en cooperativa, pero no delegando vida y libertad en profesionales cuyos intereses nada tienen que ver con nuestro bienestar, sino con el suyo. Dice Andrés, y tiene razón, que en nuestra sociedad la libertad es libertad de decisión, de contratos, de dieta, de vivienda, de aficiones, de amis-

tades, y de gestión de los recursos que permiten tomar esas decisiones. Nosotros, los residentes, hemos renunciado a todo eso cuando entramos aquí, en el IMSERSO, y pusimos nuestra vida en manos de la institución, de los sanitarios. En ese momento dejamos de ser libres. A un cura, el estado le da su sueldo y el cura hace con el dinero lo que le da la gana. Hasta se va de putas. Y lo mismo a los campesinos, a los sindicalistas o a los estudiantes, a casi todos les subvenciona su arroz. Las personas de funcionalidad diversa, sin embargo, para poder vivir hemos de renunciar a la vida. Aquí está el problema, ahora lo entiendo, aquí está el problema de mi infelicidad y mi desdicha. De una gran parte al menos de mi desdicha. Y Andrés todavía asegura que no es tan difícil dar la vuelta a esto. Dice que el IMSERSO tiene planes para privatizar todos los servicios que presta en estos centros, comedor, limpieza, asistencia, etc. Pues bien, sería el momento de exigir la autogestión de espacios integrados, por ejemplo, una gestión en cooperativa, nuestra propia gestión de nuestra propia vida. El día 15 de septiembre por la tarde, dentro de unos días, Andrés me va a llevar a una mani convocada por el Foro de Vida Independiente en Madrid, desde la plaza de Benavente hasta Atocha. Las cooperativas formadas por los diversos funcionales en este país vendrán después de esta manifestación, dice Andrés, y de muchas como esta, cuando el colectivo haya tomado conciencia de su naturaleza, de su existencia y de su fuerza.

27 de septiembre de 2007

Nos hemos pasado el mes de septiembre corrigiendo todo lo escrito. Andrés me ha leído varias veces los

textos. Lo doy por cerrado, el libro. Él opina que faltan cosas y sobran otras. Yo creo que no sobra nada y, si algo faltara, no es lo que Andrés supone, pues de ello nada diré, pertenece a mi vida privada. En fin, puedo asegurarnos que hoy no sé más de Alfonso Gálvez que en aquella lejana tarde del veinticinco de abril de dos mil seis que comenzaba a dictar este libro a mi asistente. Continúo sin saber quién será el más verdadero Alfonso Gálvez, el niño, el torpe adolescente, el atáxico, el amante, el luchador, el creyente... En este repaso a mi vida de una cosa me he convencido. Ahora sé que he perdido la mejor oportunidad que la vida me brindó. Pude, en esta jaula de oro, viviendo como he vivido rodeado de iguales y compartiendo como he compartido mi destino con personas tan diversas como yo mismo, y tan originales, tuve la oportunidad de luchar en estos centros del IMSERSO por un régimen interno y unas normas de convivencia y de respeto que nos favorecieran a todos, o sea, a los residentes. Andrés tiene razón cuando dice que mis choques con los cuidadores y con la dirección del centro son poco eficaces. He comenzado tarde esta lucha, cuando ya no tengo fuerzas, cuando apenas puedo hablar y hacerme entender, cuando ya no oigo bien, cuando casi no veo. En mi estado nadie me da la razón, nadie se molesta siquiera en dármele. He llegado tarde a la pelea por el respeto y la dignidad, por romper el círculo vergonzoso de la marginación que provocó la institucionalización de mi vida, mi medicalización. He perdido la oportunidad de mejorar la cultura de solidaridad y de unidad de este colectivo de los diversos funcionales al que pertenezco, y que tan falto está de ella. Ahora que ya no tengo fuerzas descubro que estoy solo. Nunca me preocupé por hacer piña con los que

antes que yo se enfrentaron a los cuidadores por un trato más digno y nadie, entre mis compañeros, me apoya ahora. No haber sabido durante estos años ganarme ese apoyo fue el mayor error de mi vida. Los sindicatos nos han ganado la partida en estas residencias a los propios residentes, los trabajadores mandan aquí dentro a costa de no saber acaso para qué se levantan cada mañana y vienen a trabajar. Nos han ganado la partida y yo he perdido mi vida. "Nada sobre nosotros sin nosotros", gritábamos en la mani del día quince. Yo creo más bien que no se hará nada si no lo hacemos nosotros mismos. Ni los legisladores piensan en nosotros cuando hacen sus leyes ni los gobiernos piensan en nosotros cuando asignan recursos... ¿para quién?, ¿para el colectivo? Ellos creen que el problema lo tienen los que nos asisten. Ha llegado la hora de que el colectivo de los diversos funcionales tome su destino en sus propias manos, de que cada uno de nosotros agarre la vida como algo personal. Nuestra vida es nuestra para siempre, hasta la eternidad, y no podemos dejarla en manos de nadie. Y menos aún, dejar nuestra libertad a las puertas de una institución como el IMSERSO. No he aprendido otra cosa del esfuerzo de este libro.